
HARLEQUIN
Bianca
EL LEGADO
SECRETO AMARGO
CAROL MARINELLI



SECRETO AMARGO

CAROL MARINELLI





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Secreto amargo, n.º 5534 - febrero 2017
Título original: Di Sione's Innocent Conquest
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-9322-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

Matteo di Sione conocía muy bien sus defectos, no necesitaba que nadie se los recordara… otra vez.

Lo había llamado su abuelo Giovanni y conducía con cierto miedo hacia la magnífica residencia de los Di Sione en la Costa Dorada de Long Island. Giovanni, a la muerte de los padres de Matteo, se había hecho cargo de los siete huérfanos que habían dejado su hijo Benito y Anna, la esposa de este. Para él, que entonces solo tenía cinco años, ese lugar se había convertido en su hogar. En ese momento, tenía un ático en Manhattan con unas vistas impresionantes de la ciudad, pero aquel era su hogar. Para bien o para mal, allí era donde, de vez en cuando, se reunía su familia dispersa. En ese momento, daba por supuesto que lo habían llamado para echarle un sermón, otro sermón.

El fin de semana anterior había sido especialmente desenfrenado incluso para su propio criterio, que ya era bastante laxo. La prensa, que esperaba con avidez su caída, había estado atenta. Estaba deseando que un Di Sione se hundiera en el fango y había informado, con regocijo, que el sábado había perdido un millón de dólares en Las Vegas. Naturalmente, lo que no había dicho era que al amanecer ya lo había recuperado y había ganado otros dos. Sin embargo, lo que más le dolía era que un periódico prestigioso había escrito un artículo muy ácido. Esa mañana, cuando llegó a Manhattan en su avión, se montó en el coche que lo esperaba y el titular que había visto había sido el que más podía haber temido.

¡La historia se repite!

Había una foto suya saliendo del casino sin afeitar y con el pelo cayéndole por encima de los ojos. Estaba evidentemente… bebido y llevaba a una rubia del brazo. Al lado de esa foto había otra tomada hacía unos treinta años, el mismo año de su nacimiento. Benito di Sione salía de un casino sin afeitar, con el mismo pelo moreno cayéndole por encima de los mismo ojos azul oscuro, evidentemente bebido y con la rubia de rigor del brazo, y no era

su madre. Él dudaba que su padre hubiese recordado quién era aquella mujer, mientras que él siempre recordaba a sus amantes. La del sábado por la noche se llamaba Lacey y era impresionante.

Adoraba a las mujeres. A las delgadas, a las rollizas y a las intermedias. Tenía cierta debilidad por las recién divorciadas porque había comprobado que estaban deseosas de reavivar la llama apagada del deseo. Siempre dejaba muy claro que solo quería pasarlo bien y nunca estaba con ninguna el tiempo suficiente como para engañarla.

El artículo había repasado los parecidos entre el padre y su hijo menor, los riesgos que corrían, la vida disoluta que llevaban, y había advertido de que él se dirigía hacia el mismo final que su padre, la muerte, el coche estrellado contra una farola y su esposa muerta al lado.

No, no tenía ganas de hablar con su abuelo. Al fin y al cabo, Giovanni le había dicho lo mismo muchas veces. Sin embargo, entró en la finca y miró hacia delante, no se recreó con los espléndidos alrededores porque tenían pocos recuerdos felices. Aun así, era su hogar y, mientras aparcaba el coche y se dirigía hacia la mansión donde se habían criado los hermanos Di Sione, se preguntaba cómo lo recibirían. Llamó con los nudillos a la puerta por mera cortesía, pero, acto seguido, entró con su llave.

—¡Soy Matteo! —exclamó mientras abría la puerta.

Entonces, sonrió cuando vio a Alma, el ama de llaves, subida a una escalera de mano.

—¡Señor Matteo!

Alma no debía de haber oído que había llamado a la puerta porque se sobresaltó un poco. Estaba trabajando en un arreglo floral en el vestíbulo y fue a bajarse de la escalera, pero él le hizo un gesto para que siguiera.

—¿Dónde está él? —le preguntó Matteo.

—En su despacho. ¿Quiere que anuncie al señor Giovanni que está aquí?

—No, iré directamente —Matteo puso los ojos en blanco—. Creo que está esperándome.

Alma le sonrió levemente y a él le pareció una sonrisa de compasión. Naturalmente, ella tenía que haber visto el periódico cuando le llevó el desayuno a Giovanni esa mañana.

—¿Qué tal está? —le preguntó Matteo, como hacía casi siempre.

—Quiere hablar personalmente con usted.

Matteo frunció el ceño por la ambigua respuesta, recorrió el

largo pasillo, se detuvo delante de la compacta puerta de caoba, tomó aliento y llamó a la puerta. Su abuelo le dijo que entrara.

—¡Hola! —le saludó Matteo mientras abría la puerta.

No miró a su abuelo, sino al periódico doblado que había encima del escritorio, y dejó las cosas claras mientras cerraba la puerta.

—Ya lo he visto y no necesito un sermón.

—¿Qué sermón te he echado, Matteo? —replicó Giovanni.

Matteo lo miró al oír la voz cansada de su abuelo y se le cayó el alma a los pies. Giovanni no solo estaba pálido, parecía increíblemente frágil. Tenía el pelo blanco como la nieve y sus ojos, siempre azules y resplandecientes, parecían apagados. Entonces, cambió de opinión, ¡sí quería que le echara un sermón! Quería que su abuelo lo hubiese llamado para cantarle las cuarenta, para decirle que tenía que madurar, que tenía que sentar cabeza y olvidarse de una vez de esa vida licenciosa. Sin embargo, tenía la terrible sensación de que le esperaba otra cosa.

—Te he pedido que vinieras para decirte…

Giovanni empezó a hablar, pero Matteo no quería oírlo y, como dominaba el arte de cambiar de conversación, tomo el periódico del escritorio y lo desplegó.

—Se han olvidado de un dato esencial entre todas esas comparaciones. Él tenía responsabilidades.

—Lo sé —replicó Giovanni—, pero tú también tienes responsabilidades. Contigo mismo, Matteo. Estás buscándote problemas. Las compañías que tienes, los riesgos que corres…

—Los corro yo solo —le interrumpió Matteo mientras golpeaba la foto con un dedo—. Mi padre estaba casado y tenía siete hijos cuando murió. Bueno, ¡siete que hubiese reconocido!

—¡Matteo! —exclamó Giovanni. Aquello no estaba saliendo como él quería—. Siéntate.

—¡No! —él no rebatió a su abuelo, sino a sí mismo—. Cuando me comparan con él, omiten intencionadamente que yo no tengo esposa e hijos. Nunca haría que nadie pasase por ese infierno.

Era una decisión que había tomado hacía mucho tiempo. Estaba soltero e iba a quedarse así.

Giovanni miró a su nieto con preocupación. Matteo, carismático y amante de la diversión, no solo se comportaba como su padre algunas veces, también se parecía a él. Tenían los mismos ojos azul marino, la misma nariz recta y hasta el pelo les caía hacia delante de la misma manera. Él, Giovanni, nunca había estado muy unido a su hijo. Tenía sus motivos personales, que no

se los había dicho a nadie y que pensaba llevárselos a la tumba. Tras la muerte de Benito y Anna, Matteo, que tenía cinco años y era un calco de su padre, había sido un recuerdo visual absoluto y, en vez de aprender de sus errores, los había repetido. Él había mantenido la distancia con su nieto. Matteo se había desenfrenado y su personalidad incorregible se había descontrolado. Cuando abandonó la universidad, solo después de un año, tuvieron una pelea espantosa. Matteo había dicho que no necesitaba que le enseñaran nada sobre el mundo empresarial, que invertir en el mercado de valores era algo que llevaba en la sangre y que quería crear un fondo de inversión en vez estar en clase. Él le había dicho que era como su padre y que le daba miedo que llevara el mismo camino. Unas acusaciones que Matteo no necesitaba oír, y menos de su abuelo. La había gritado que ya era demasiado tarde para encauzarlo y Matteo se había revuelto.

—¡Jamás lo intentaste! —aquella había sido la única vez que había permitido que alguien vislumbrara el dolor que acarreaba—. ¡Jamás luchaste por mí! Me dejaste que deambulara por esta casa y que hiciese lo que me daba la gana. No hagas ahora como si te importara.

Efectivamente, se habían dicho palabras amargas y la relación todavía tenía aquellas cicatrices.

—Siéntate, Matteo —repitió Giovanni.

Él, alterado por el aspecto de su abuelo y lo que se avecinaba, no se sentó y fue hasta la ventana. Miró la finca que había sido su patio de recreo. Su abuela había muerto antes de que él naciera y Allegra, su hermana mayor, se había ocupado de sus hermanas menores mientras todos sus hermanos mayores estaban en un internado. Él había hecho lo que había querido.

—¿Te acuerdas de cuando vuestros padres todavía vivían y me visitabais de pequeños? —le preguntó Giovanni.

—No pienso en aquellos tiempos —contestó Matteo.

Hacía todo lo que podía para no mirar atrás.

—Eras muy pequeño, claro, y es posible que no te acuerdes.

Recordaba perfectamente la vida antes de que los hermanos Di Sione hubiesen ido a vivir allí. Todavía podía recordar, con una claridad dolorosa, las peleas que podían surgir en cualquier momento y el caos absoluto de aquella existencia. Naturalmente, entonces, no había entendido que había drogas por medio, solo había sabido que su familia vivía en el filo de la navaja, de una navaja muy lujosa.

—Matteo —su abuelo irrumpió en sus pensamientos sombríos

—, ¿te acuerdas de cuando te contaba la historia de Las Amantes Perdidas?

—No.

Él se encogió de hombros y desdeñó la conversación. Miró hacia el lago y se fijó en un árbol que era tan alto que se le encogió el estómago solo de acordarse de que trepó por él y se cayó. Una rama amortiguó la caída, si no, probablemente se hubiera matado. Nadie lo había visto ni se había enterado. Alma, el ama de llaves, le había reñido por las manchas de hierba en la ropa y le había preguntado qué había pasado.

—Me tropecé cerca del lago —había contestado él.

Le dolían las costillas y la cabeza y todavía tenía el corazón acelerado, pero no se lo había dicho a Alma, había sido más fácil mentir.

La sensación de la caída todavía lo despertaba, pero no era lo único que recordaba mientras miraba por la ventana. Había otro recuerdo más sombrío que no había contado a nadie y que todavía le producía sudores fríos; cuando suplicaba a su padre que parara, que fuese más despacio, que, por favor, lo llevara a casa. Desde entonces, no había vuelto a demostrar miedo. No llevaba a ninguna parte, si acaso, azuzaba a los demás.

—Tienes que acordarte —insistió Giovanni—. Las Amantes Perdidas…

—No —replicó Matteo sacudiendo la cabeza.

—Entonces, te lo recordaré.

¡Como si quisiera volver a oírlo! Sin embargo, no dijo nada y dejó que el anciano hablara.

—No me preguntes cómo las conseguí porque un anciano tiene que tener secretos —Matteo se quedó de pie e impasible mientras su abuelo empezaba a contar la historia—, pero cuando llegué a América tenía unas alhajas, mis amantes perdidas. No puedes ni siquiera imaginarte lo que significaban para mí, pero tuve que venderlas para sobrevivir. Mis amantes perdidas, el amor de mi vida, les debemos todo… —Giovanni dejó de hablar y miró la tez pálida de su nieto y las mandíbulas apretadas y sin afeitar—. Sí te acuerdas.

—No —Matteo estaba empezando a sentirse molesto—. Te he dicho que no —no soportaba escarbar en el pasado y no estaba dispuesto a hacerlo—. ¿Quieres salir? Podría llevarte de paseo, podríamos ir a tu club y…

—Matteo —le interrumpió Giovanni.

Sabía que estaba intentando cambiar de conversación. Quería

mucho a su nieto. Aunque habían tenido diferencias, Matteo seguía yendo mucho por allí y lo sacaba a dar un paseo. Él sabía que, sencillamente, no dejaba que nadie entrara en su caparazón. Sin embargo, tenía que enderezar las cosas mientras pudiera.

—Tengo que decirte algo.

—Vamos, daremos un paseo en coche —insistió Matteo.

No quería estar allí y tampoco quería oír lo que sabía que su abuelo estaba a punto de contarle.

—Estoy muriéndome, Matteo.

Miró a su nieto para ver su reacción, pero Matteo nunca dejaba entrever sus verdaderos sentimientos.

—Todos estamos muriéndonos.

Matteo intentó quitarle hierro a la noticia mientras tenía el corazón desbocado y la cabeza intentaba negar la realidad. No quería mantener esa conversación. No podía soportar la idea de que su abuelo falleciera y que toda la familia se reuniera en otro entierro. Las imágenes de los ataúdes de sus padres seguidos por sus hijos todavía aparecían de vez en cuando en las revistas y estaban siempre presentes en su cabeza. No quería que su abuelo muriera.

—La leucemia ha vuelto.

—¿Y qué pasa con el tratamiento que recibiste? —le preguntó Matteo.

Habían estado a punto de perder a Giovanni hacía diecisiete años. Se había necesitado un donante de médula, pero ninguno de sus nietos era compatible. Entonces, Alessandro, el mayor, había confesado que él sabía que su padre había tenido otro hijo. Habían buscado a Nate y había resultado que sí era compatible.

—No podría Nate…

—Un trasplante es imposible y no estoy seguro de que el tratamiento sirva de algo en esta fase. Según los médicos, podemos esperar que remita un poco, pero la realidad es que me queda un año en el mejor de los casos.

—Ya sabes cuánto desprecio la realidad —replicó Matteo.

—Lo sé —reconoció el anciano con una sonrisa.

Matteo eludía la realidad muchas veces, en casinos, en clubs, en aventuras temerarias. Llevaba su cuerpo, y el fondo de inversiones que había creado, hasta el límite. Cuánto le gustaría retirar todas esas palabras tan hirientes que había dicho y encauzar mejor a ese hombre tan complejo. Si bien había parecidos entre Matteo y su padre, también había diferencias. Matteo tenía una bondad innata que no había tenido Benito, una

bondad de la que él, Giovanni, estaba enormemente orgulloso. Además, aunque Matteo era inquieto por naturaleza, en otro sentido era el hombre más paciente que había conocido. Cuando su salud fue deteriorándose y fue perdiendo la fuerza, Matteo fue quien se pasaba por allí y lo sacaba, Matteo era quien se adaptaba a él y dejaba que divagara como acababa de hacer.

—Matteo, quiero que hagas algo por mí. Necesito que hagas algo para que pueda irme contento a la tumba.

Matteo tomó aliento y se preparó para lo inevitable, para el sermón. Estaba seguro de que iba a decirle que sentara la cabeza y que se apaciguara. Por eso, frunció el ceño cuando el anciano habló.

—Quiero que me traigas una de mis amantes perdidas.

Matteo se dio la vuelta, miró a su abuelo y se preguntó si ya habría perdido la cabeza.

—¿Puede saberse de qué estás hablando?

—¡Mi amantes perdidas!

Giovanni abrió uno de los cajones del escritorio y Matteo vio un brillo de emoción en los ojos de su abuelo mientras sacaba una foto y se la daba con una mano temblorosa.

—Este collar es una de mis amantes perdidas.

Matteo miró la foto. Era un collar con esmeraldas y era, sencillamente, precioso.

—¿Es de oro blanco?

—No, de platino.

Las esmeraldas eran increíbles, eran del tamaño de huevos de petirrojo, eran tan preciosas que Matteo pasó los dedos por la imagen de las piedras.

—Creíamos que era un cuento que nos contabas, que eran unas monedas antiguas o algo así.

—Entonces, ¡sí te acuerdas!

Matteo esbozó media sonrisa.

—Sí, me acuerdo de que nos contabas esa historia —dejó escapar un silbido mientras miraba el collar otra vez—. Debe de valer… —normalmente, él lo sabría a simple vista, pero esa vez no tenía ni idea— millones.

—Unos cuantos.

—¿Qué joyero lo hizo?

—Desconocido.

Matteo frunció el ceño porque una joya tan refinada como esa tenía que tener una historia fascinante.

—¿Así fue como empezaste?

Ya podía entenderlo un poco mejor. Di Sione había empezado como un emporio marítimo, pero, en ese momento, su nombre se extendía por todos los sectores. Si Giovanni había vendido piezas como esa, él podía entender cómo había ocurrido, pero ¿cómo era posible que un joven siciliano hubiese llegado a tenerlas? Sin embargo, Giovanni no era muy explicíto a la hora de dar respuestas.

—Solo quiero que me lo encuentres. No sé por dónde empezar. Se lo vendí a un hombre que se llamaba Roche hará unos sesenta años y se ha vendido más veces desde entonces.

Matteo notó que su abuelo estaba alterándose y supo que ese collar significaba algo de verdad para él.

—¿Cómo llegaste a poseerlo?

—No me preguntes como las conseguí porque un anciano tiene que tener secretos —contestó Giovanni.

Matteo esbozó otra media sonrisa y, entonces, aquella historia de otros tiempos tuvo algo más de sentido.

—Matteo, quiero el collar cueste lo que cueste. ¿Puedes encontrarlo y traérmelo?

Él miró a su abuelo. Le encantaría poder abrirse y decirle que significaba algo para él, que entendía lo complicado que habían sido todos esos años para él. Sin embargo, lo único que podía darle a alguien era esa sonrisa esbozada. Su cabeza era una puerta cerrada. Por eso, se limitó a asentir con la cabeza. Podía hacer lo que le pedía.

—Sabes que lo haré.

Giovanni se levantó, fue hasta Matteo y lo abrazó, algo que le gustaría haber hecho más veces hacía años. Su nieto dejó que lo abrazara un momento y se apartó.

—Ahora, vámonos.

—¿Adónde?

—A tu club —contestó Matteo sacando las llaves.

Entonces, cambió de opinión. Su abuelo estaba muriéndose y él no podría conducir. Giovanni llamó a su chófer.

Capítulo 1

A Matteo no le gustaba él, aunque tampoco se reflejaba en su expresión. Se sentó en el despacho de Ellison, miró los trofeos de caza que colgaban de las paredes y volvió a mirar a ese hombre.

—¿Acaso parece que necesito el dinero? —preguntó Ellison con una sonrisa arrogante.

Matteo se encogió de hombros porque no quería que el otro hombre se diese cuenta de que le había sorprendido su reacción ante una oferta tan generosa.

No había podido encontrar de qué joyería había salido el collar, pero sí había averiguado que Roche se lo había vendido hacía unos veinte años a Hugo Ellison. Conocía vagamente a Ellison de algunas galas benéficas y sabía que estaba loco por el dinero y el poder. Había estado seguro de que bastaría una generosa donación a su fundación política para conseguir el collar y había acudido a la reunión convencido de que saldría con lo que quería. En ese momento, no estaba tan seguro.

—Fue un regalo para mi difunta esposa —añadió Ellison.

Matteo sabía lo bastante de ese matrimonio como para estar seguro de que Ellison no lloraba todas las noches por su pérdida, pero le siguió el juego.

—Lo siento —Matteo se levantó y le tendió la mano—. He sido muy insensible al preguntarlo, pero gracias por recibirme.

Ellison no le estrechó la mano y, al no dar por terminada la reunión, Matteo supo que tenía la sartén por el mango, que era cuestión de tiempo.

—En realidad, sería una pena tenerlo guardado —Ellison miró a Matteo—. Siéntate, hijo.

Matteo no soportaba que la gente dijese eso. Solo era un intento de ganar la posición dominante, pero él sabía que tenía un as en la manga y se sentó. Ellison sirvió unas bebidas y Matteo pensó que, efectivamente, ese hombre no le gustaba nada.

—¿Por qué te interesa el collar?

—Aprecio la belleza —contestó él.

—Y yo —replicó Ellison con una sonrisa jactanciosa.

Naturalmente, Ellison sabía quién era Matteo. Todo el mundo

conocía a los Di Sione y sabía la reputación que tenía Matteo con las mujeres. Efectivamente, Matteo apreciaba la belleza.

—¿No saliste con la princesa…?

—No salgo con nadie —le interrumpió Matteo entre las risas de Ellison.

—Bien dicho. Entonces, ¿hasta dónde estás dispuesto a llegar?

—¿Cuánto quieres?

—No he dicho cuánto, sino hasta dónde —le corrigió Ellison—. Creo que te gustan los retos.

—Me gustan.

—Además, según lo que he leído de ti, los retos imposibles no te amilanan.

—En absoluto —confirmó Matteo.

En realidad, le apasionaban.

—Mira esto.

Ellison le pidió que se levantara y él se acercó para mirar un retrato de Ellison con su difunta esposa, Anette, y sus dos hijas.

—La tomaron en nuestra gala benéfica hace doce años.

—Tu esposa era una mujer muy hermosa.

Y muy rica, pensó Matteo. Gran parte de la fortuna de Ellison había llegado de la familia de ella y él se preguntó hasta dónde habría llegado la carrera política de Ellison sin los millones de Anette.

—Anette sabía guardar las apariencias —comentó Ellison—. Aquel día, antes de que sacaran la foto, habíamos tenido una pelea tremenda. Ella se había enterado de que me acostaba con mi secretaria, pero nadie lo diría por la foto.

—Es verdad —Matteo miró la cara sonriente de Anette, quien estaba al lado de su esposo—. Nadie lo diría.

La revelación de Ellison no le había sorprendido, le había molestado. Miró a las hijas de Ellison. Las dos eran impecables. Una llevaba un vestido gris y la otra uno beige y, además, ambas llevaban las perlas de rigor. Una llevaba un el pelo perfectamente recogido en un moño alto y la otra… Matteo sonrió levemente mientras miraba con más detenimiento a la hija menor de Ellison. El pelo oscuro y ondulado se rebelaba a pesar de la cinta de terciopelo y su mirada reflejaba rabia. Tenía una sonrisa forzada y parecía como si la mano que tenía su padre sobre uno de sus hombros no fuese una muestra de orgullo, sino un intento de mantenerla en su sitio.

—Esa es Abby.

El suspiro que había dejado escapar Ellison al decir su nombre

le había indicado que Abby le amargaba la existencia.

—Mira esta —Ellison pasó a la siguiente foto—. Tuvo que ser… —Ellison rememoró—. Creo que Abby tenía unos cinco años, hace unos veinte años.

Matteo se dio cuenta de que Abby tenía los ojos rojos. En realidad, eran de un verde resplandeciente, pero, evidentemente, había estado llorando.

—No conseguimos que se pusiera un vestido para la foto hasta que le regalamos un coche de juguete. Ya entonces estaba obsesionada con los coches.

Matteo no tenía ni idea de a dónde llevaba todo eso, pero también había aprendido hacía mucho tiempo que el conocimiento daba el poder y dejó que Ellison siguiera. También pudo ver en la foto que Anette llevaba el collar que Giovanni quería como fuese.

—Abby estaba enfadada porque acabábamos de despedir a la niñera. Las dos niñas la querían mucho —comentó Ellison—. Anette, sin embargo, se empeñó.

¡Ya estaban llegando a algo! Matteo supuso que no solo sus hijas querían a la niñera.

—Y esta es la última foto que tengo de mi hija con un vestido —siguió Ellison señalándole otra foto.

Abby estaba en una alfombra roja con un rubio muy apuesto.

—Es Hunter Coleman —añadió Ellison.

Matteo asintió con la cabeza cuando lo reconoció. Hunter era un piloto de carreras muy conocido y que tenía una reputación con las mujeres incluso comparable a la de Matteo.

—Abby salió un tiempo con él. En cualquier caso, como ya he dicho, ella siempre tuvo debilidad por los coches. Si no podía encontrarla, sabía que estaría en el garaje desmontando un Bentley o sacando el motor de un Jaguar. Intenté disuadirla, no es lo más adecuado para una joven de su posición. Fue a estudiar moda y empezó a salir con Hunter. Yo pensé que, por fin, el chicazo que había en ella había desaparecido. Lo malo es que mi querida hija, al contrario que su madre, no sabe mantenerse en su sitio y ofrecer un apoyo silencioso. No, Abby tiene que aconsejar a un piloto de carreras de alto nivel sobre su técnica de pilotaje.

Matteo se rio, pero se calló enseguida. Hunter agarraba con fuerza la mano de Abby y, una vez más, a pesar de la sonrisa, los ojos de ella… no reflejaban rabia, reflejaban cautela. No se le ocurrió nada mejor, pero no era una joven feliz a pesar de la sonrisa que le dedicaba a la cámara.

—En cualquier caso, ¡lo mandó a paseo! —exclamó Ellison

como si le asombrara—. Luego, dejó de estudiar moda y empezó a estudiar ingeniería automotriz. Ahora es…

—¡El equipo Boucher!

Matteo ya podía situarla. Bueno, no a Abby en concreto, pero sí sabía algo sobre ese equipo nuevo.

—Boucher era el apellido de soltera de mi esposa —Ellison suspiró—. Es una afición muy cara…

—Puedo imaginármelo.

—No puedes, te lo aseguro —Ellison sacudió la cabeza—. Sobre todo, cuando la propietaria del equipo se niega a seguir el juego empresarial y engatusar a los patrocinadores. La semana pasada ya le dije que va a tener que buscarse el dinero, que yo no voy a sacarla del atolladero.

—¿Lo ha pedido ella?

—Todavía, no —Ellison volvió a sonreír con arrogancia—. Sin embargo, el resto del fondo fiduciario de su madre está inmovilizado hasta que tenga treinta años o se haya casado. Es imposible que esa chica se case y eso significa que no tendrá ingresos durante tres años.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque, como habrás oído, voy a volver a la política. En julio voy a celebrar la primera recaudación de fondos desde la muerte de mi esposa. Le he dicho a Abby que, si va como Dios manda, con eso quiere decir que se olvide de los vaqueros y los trapos manchados de aceite, le haré una inyección de dinero para que no se ahogue.

—¿Ha dicho ella que acudirá?

—Todavía no —contestó Ellison—, pero necesito que esté allí. La imagen es vital en la política y no quiero que haya la más mínima duda de que mi familia está unida. Annabel, mi hija mayor, hará lo que tenga que hacer, pero quiero que Abby también esté allí. Quiero que mi hija esté con el collar de su madre. Quiero que, por una vez, parezca una mujer.

A Matteo le parecía una mujer de los pies a la cabeza.

—¿Puedes conseguirlo tú? —añadió Ellison.

—¿Cómo dices? —preguntó Matteo frunciendo el ceño.

—Dijiste que te gustan los retos y te gustan las mujeres. A lo mejor puedes embaucarla para que se presente como Dios manda. Si lo consigues, el collar será tuyo al final de la noche.

—¿Cómo voy a convencerla yo si tú no puedes…? —empezó a preguntarle Matteo. Sin embargo, sacudió la cabeza cuando supuso lo que pretendía Ellison—. Ni hablar.

—No te pido que la seduzcas —Ellison se rio—. No creo que llegaras a tanto. Según los rumores, a mi hija no le interesan especialmente los hombres.

Ese hombre la gustaba cada vez menos.

—No ha salido con ninguno desde Hunter y eso no ha pasado inadvertido —siguió Ellison mirando la foto con el ceño fruncido —. Quiero desmentir esos rumores. Quiero que Abby esté allí vestida como una mujer y con un hombre guapo al lado —Ellison miró a Matteo—. Podrías ser un posible patrocinador que se plantea invertir en su equipo.

—Estamos en abril y tu recaudación de fondos no es hasta julio. ¿Hasta cuándo debería… plantearme esa inversión? —le preguntó Matteo.

—Voy a darte el collar a cambio de nada. A lo mejor, podrías dedicar el dinero que habías asignado al collar a convencer a mi hija de que quieres patrocinar el equipo.

—¿Y si ella no acude a tu recaudación de fondos?

—Tú te quedas sin collar.

Matteo habría estado encantado de dejarlo fuera de combate, pero observó a Ellison, que fue hasta una caja fuerte, sacó una caja de madera resplandeciente y se la entregó. Él soltó el cierre labrado y vio el collar. Las fotos no le hacían justicia. ¿Cómo habría conseguido eso su abuelo? En ese momento, podía entender que quisiera recuperarlo.

—No creo que sea posible llevar a Abby allí —comento Ellison.

Matteo lo miró, miró el collar y se tomó las palabras de Ellison como un desafío, algo a lo que nunca se negaba. Además, su abuelo quería ese collar con toda su alma. No, nunca podría ser el hombre que su abuelo quería que fuese, pero eso podría servir de algo.

—¿Puedes darme los datos para que me ponga en contacto con tu hija? —le preguntó Matteo.

Había tomado una decisión; esa amante perdida volvería a donde tenía que estar.

Capítulo 2

Ellison había tenido razón en una cosa, su hija Abby era un desastre en los asuntos empresariales. Había tardado dos semanas en contestar el correo electrónico de Matteo y su respuesta había sido tibia. Él, naturalmente, había estudiado con más atención al equipo Boucher. Le gustaba correr riesgos, pero ese equipo era demasiado arriesgado incluso para su propio criterio. Llevaba dos años corriendo y su mejor resultado había sido un quinto puesto. Lo más frecuente era que terminara el último o penúltimo. En ese momento, participaba en la Henley Cup, una prestigiosa competición internacional que constaba de tres carreras, y nadie hablaba de ellos siquiera.

Al final, había decidido llamarla, aunque no pudo decir que fuese efusiva cuando le contestó que no podía reunirse con él porque estaba de camino a Dubái.

—Yo también —había replicado él impulsivamente.

—¿Cómo dice?

—Tengo un par de caballos de carreras que quiero ir a ver y mi hermana Allegra celebra un acto benéfico en mayo… Espere un segundo —Matteo comprobó su agenda—. Sí, el siete, que es sábado. ¿Le parece bien que almorcemos el viernes?

—No podré ir a almorzar.

—¿A cenar entonces? —insistió Matteo. Ella se limitó a contestar con un silencio—. ¿A desayunar?

—Pásese por el circuito.

—Claro. Estoy deseando…

Ella ya había colgado el teléfono.

Hacía un calor y una humedad espantosos en Dubái. Matteo, con la resaca que tenía, preferiría estar en la habitación de su hotel, con el aire acondicionado, que un circuito de carreras, donde todo el mundo podía verlo. Era como si el sol lo atacara desde todos lados mientras se dirigía hacia los boxes del equipo Boucher.

Llevaba tres días en Dubái y habían sido tres días increíbles. El

primero había sido un recibimiento desenfrenado en el yate de su amigo el jeque Kedah. Fue como si su amigo hubiese querido devolverle la semana de desenfreno que había pasado con él durante un viaje reciente a Nueva York. El segundo día lo pasaron cabalgando a galope tendido por la playa. Él se había caído y se había dislocado un hombro. El jeque había llamado a su médico privado para que se lo pusiera otra vez en su sitio. Con el brazo vendado y un poco inutilizado, habían ido a las carreras de camellos y habían apostado un poco. La amenaza de dos años de cárcel por apuestas ilegales solo había servido para estimularlo más.

Había sido una presentación vertiginosa de Dubái, pero, en ese momento, había vuelto a la cruda realidad. El olor a gasolina era nauseabundo y el ruido hacía que le dolieran las muelas. Había perdido el cabestrillo que le habían proporcionado los médicos y el hombro estaba matándolo. Además, no veía a Abby Ellison por ninguna parte. Ya eran más de las cuatro y se preguntó si habría dado por terminada la jornada. Un grupo de hombres observaba mientras Pedro, el piloto de Boucher, probaba el coche. Sabía que era Pedro porque había reconocido el color verde oscuro del coche. Naturalmente, se había informado a fondo sobre el equipo. Se había inscrito en la prestigiosa Henley Cup, una serie de tres carreras en Dubái, Milán y Montecarlo. La última se celebraba en julio, una semana antes de la recaudación de fondos de Ellison. Nadie tomaba en serio al equipo Boucher, que eran unos recién llegados y, sobre todo, era propiedad de una mujer. Todos pensaban que solo era una joven rica que jugaba con el dinero de su padre. Sin embargo, sí se tomaban en serio a Pedro Sánchez, el piloto, y un par de equipos lo seguían con atención.

El grupo de hombres no le hizo ningún caso y eso le pareció perfecto. Bebió de una botella de refresco y observó con cierta indiferencia, o, mejor dicho, observó con cierta indiferencia al principio. Los coches nunca le habían gustado, y no solo porque sus padres hubiesen muerto en un accidente de coche. Su padre lo había llevado a dar un loco viaje en coche cuando tenía cinco años, y ese recuerdo no tenía nada de divertido. Aun así, eso era distinto. Pedro estaba poniendo el coche al límite, se ceñía en las curvas y aceleraba a tope en la recta. Cuando pasó por delante, el rugido del motor fue… algo excitante.

—¡Caray! —exclamó uno de los hombres.

El coche derrapó, pero Pedro lo controló con destreza y él lo observó mientras iba aminorando la velocidad y se dirigía hacia

ellos.

—Hola…

Matteo se dio la vuelta y parpadeó con cierta sorpresa.

—Pedro… —lo saludó él estrechándole la mano—. Perdona mi sorpresa, pero creía que estaba viéndote a ti. No sabía que tuvieseis dos pilotos.

—No, no… —replicó Pedro—. Pronto me verás pilotar. Esa es Abby, que está comprobando algunas correcciones que ha hecho.

Él miró hacia el coche otra vez y, efectivamente, quien se bajaba con un mono de cuero muy ceñido no era un hombre, ni mucho menos. La excitación algo imprecisa que había sentido antes ya no era nada imprecisa. Decidió que el mundo de las carreras estaba poniéndose interesante. Ella se quitó el casco y agitó la melena oscura. Si sonreía, él le devolvería la mejor de sus sonrisas. Sabía que su sonrisa podía ser devastadora, pero se recordó que no estaba allí para seducirla y mantuvo una expresión profesional.

—He oído decir que tienes una reunión con Abby —comentó Pedro—. Perfecto —él captó cierto retintín en el tono de Pedro—. Entonces, creo que ha llegado el momento de que te demuestre algo de lo que puedo hacer —Pedro se dirigió a Abby, que estaba acercándose—. ¿Qué tal está ella?

—Ya va como la seda.

¡Hablaban del coche como si fuese una persona!

—Te la he calentado un poco —siguió Abby mientras Pedro se dirigía hacia el coche y se fijaba en él—. ¿Di Sione?

—Sí —contestó él con una sonrisa—, pero puedes llamarme Matteo.

Abby no le devolvió la sonrisa. En vez de eso, lo dejó de lado y volvió a centrar su atención en Pedro, que estaba montándose en el coche. ¿Siempre era así de amable con los inversores?

—¿Cuánto tiempo lleva Pedro aquí? —le preguntó Matteo.

Se preguntaba cuánto tiempo habría tenido para aclimatarse al calor y la humedad.

—Lo suficiente —contestó Abby antes de dejarlo de lado otra vez mientras Pedro empezaba a dar unas vueltas.

—¿Por qué no…? —Matteo no pudo seguir por el ruido del motor y esperó a que Pedro hubiese pasado—. ¿Por qué no vamos a algún sitio donde podamos hablar?

Ella siguió sin hacerle caso y miró fijamente la pista hasta que Pedro dio algunas vueltas.

—No creo —contestó ella dándose la vuelta hacia él.

—¿Cómo dices?

—No necesito un inversor que quiere apartarme de aquí.

—Pero Pedro ya ha terminado —replicó él.

—Estoy viendo a los competidores.

—Y sí necesitas un inversor.

Abby pensó que no necesitaba ese inversor. Naturalmente, conocía el apellido Di Sione y se había informado sobre Matteo. Había leído que era temerario, desenfrenado y licencioso, pero también había visto sus fotos, había averiguado algo más sobre su posible patrocinador y no había tardado en darse cuenta de que era increíblemente sexy… y a ella no le gustaban los hombres sexys. En realidad, la aterraban.

Había reconocido a Matteo nada más bajarse del coche. Era mejor todavía en carne y hueso y se le había encogido el estómago de una forma que no le había gustado nada. También había visto cómo la miraba cuando se acercaba a ellos y había notado que se sonrojaba.

—¿Podría conseguir unos tapones para los oídos? —le preguntó Matteo cuando otro equipo sacó el coche a la pista y la resaca hizo acto de presencia otra vez—. Creo que podríamos comunicarnos por señas si no podemos ir a algún sitio decente para hablar.

—¿Decente? —preguntó ella con el ceño fruncido.

¿Qué clase de patrocinador era ese? ¿Acaso no comprendía que ella vivía en los circuitos? Observó a Evan probar el coche. Llevaba todo el día esperando ese momento. Evan Lewis, piloto del equipo Carter, era uno de los mayores contrincantes del equipo Boucher. Su amiga Bella, que había estudiado ingeniería con ella, trabajaba en el equipo Carter y le había dicho que su motor y el conductor eran poesía en movimiento. Efectivamente, llevaba todo el día esperándolo, pero se dio cuenta de que no podía concentrarse en Evan y su coche azul marino. Matteo bebía de la botella al lado suyo y ella se pasó la lengua por los labios de sed. Él le ofreció la botella como si hiciera muchos meses que se conocían. Ella la rechazó con un movimiento seco de la cabeza y él se apoyó, un poco inclinado, en el guardarraíl. Entonces, se dio cuenta. Intentaba observar a Evan, pero sus ojos se desviaban hacia sus piernas, que eran muy largas, y su camisa blanca, que si bien estaba un poco arrugada, no estaba húmeda a pesar del calor. Tenía un moratón en el ojo izquierdo y quiso saber por qué. Él dejó la botella y ella pudo ver, de soslayo, que estaba desabotonándose la camisa. ¿Podía saberse qué estaba haciendo? Entonces, él se dio la vuelta y la miró con una sonrisa mientras

metía una mano por la abertura.

—Me he lastimado el hombro —le explicó él.

Ella ni sonrió ni comentó nada, se alejó de allí.

Matteo ya se había hartado. Tendría que encontrar otra manera de conseguir el collar de su abuelo porque, si ella trataba así a sus patrocinadores, no quería ni imaginarse cómo reaccionaría cuando le propusiera lo que tenía que ponerse en la recaudación de fondos de su padre.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó él cuando la alcanzó—. Has perdido el patrocinador menos entrometido que podrías haber encontrado —él miró esos ojos verdes que no lo miraban—. Me marcho. He decidido que no quiero tener tratos contigo. Eres maleducada —él observó que ella sonreía levemente—. No eres muy simpática.

—No.

Entonces, ella lo miró a los ojos y él cambió de opinión. Era posible que, después de todo, sí pudieran tener tratos.

—No pasa nada —replicó Matteo—. Me conformaré con la educación.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. Le había gustado lo que había dicho sobre no ser entrometido porque ese había sido uno de los mayores inconvenientes del patrocinador anterior, que había exigido mucho tiempo de Pedro. Además, también le había gustado que hubiese afrontado el problema de cara; ella había sido maleducada.

—Puedo ser educada.

—Perfecto —él terminó el refresco—. Necesito comer algo.

Ella dijo algo que él no oyó ni entendió por el rugido del coche y le miró la boca.

—No puedo oírte —siguió él mientras ella tuvo que mirarle la boca a él—. ¿Una cena? —propuso él antes de que hubiera un momento de silencio—. ¿Cenamos?

—¿Aquí?

Matteo miró alrededor. La carrera era la semana siguiente y todavía no había servicio de comidas.

—Bueno, yo preferiría comer algo tranquilamente en mi hotel de ocho estrellas, pero si insistes en que sea aquí, tendré que conformarme. ¿Hay perritos calientes en Dubái?

Abby señaló con la cabeza hacia una camioneta.

—No son perritos calientes exactamente… —ella tomó aliento. Iban a tratar un asunto importante y comer cualquier cosa en el box no parecía lo más adecuado—. Cuando hablas de tu hotel… —

vio que él fruncía el ceño, pero ella se cerciorаría de dónde iban a comer antes de aceptar ir a su hotel—. ¿Te refieres al restaurante?

—¿A qué crees que me refiero? —preguntó Matteo con una sonrisa—. Claro que me refiero al restaurante. No te creas todo lo que leas sobre mí, Abby. Soy rápido, pero no tanto.

Ella se rio, pero él no tenía ni idea de lo inusitado que era eso.

—¿Quieres que nos encontremos allí? —preguntó él dando por supuesto que tenía coche.

—Claro —aceptó ella antes de que él le dijera el nombre de su hotel—. Me cambiaré.

Sin embargo, se acordó de lo que tenía en la taquilla y se planteó pasar fugazmente por su hotel.

—Por favor…

Matteo se calló bruscamente porque había estado a punto de decir que no se cambiara. Estaba maravillosa con el mono de cuero verde del equipo Boucher, pero algo lo detuvo.

—Adelante —siguió él—. Nos encontraremos allí dentro de una hora.

Abby notó que se sonrojaba un poco otra vez.

—¿Puedo echar una ojeada antes de marcharme? —preguntó Matteo.

—Claro.

Uno de los mecánicos estaba pelando una pera y le ofreció la mitad a Matteo. Cuando la aceptó, también le ofreció enseñárselo todo. Era fascinante. Había una pila de neumáticos que solo durarían una carrera y él nunca había pensado en la complejidad de todo aquello.

Abby se preparó con tranquilidad. Como Matteo había dicho que se encontrarían dentro de una hora, no tenía tiempo de volver al hotel para cambiarse. Además, estaba increíblemente nerviosa. Naturalmente, había ido a cientos de almuerzos y cenas, pero no con alguien tan impresionante como él ni con alguien que la hiciera sonreír. También sabía que era arisca algunas veces, pero había sido especialmente desagradable con él. Aunque se perdonó a sí misma porque sabía el motivo.

Sin embargo, ¿qué se ponía para cenar en un hotel de ocho estrellas con un hombre impresionante cuando no tenía ni ganas ni tiempo de ponerse un vestido pero lo único que tenía en la taquilla eran unos vaqueros que le quedaban fatal, una camiseta negra enorme y unas sandalias planas? Contuvo una sonrisa porque sabía perfectamente lo que había estado a punto de decir Matteo sobre su mono de cuero. Por eso se había sonrojado. Le había parecido

un ligero coqueteo y a ella se le daba muy mal eso.

Se puso unas gafas de sol y se pasó el peine por el pelo. Sacó el teléfono para llamar a un taxi mientras salía del vestuario y se quedó atónita cuando vio que Matteo seguía allí.

—Perdona, creía que tenías coche. ¿Por qué no me lo has dicho? —le preguntó Matteo.

—Es que… —empezó a contestar ella aunque se limitó a encogerse de hombros.

—Vamos.

Él se puso unas gafas de sol y salieron afuera. Entonces, mientras iban hacia su coche, él se preguntó qué había pasado. Parecía como si Abby hubiese hecho todo lo posible para parecer poco atractiva. ¡Los vaqueros y la camiseta eran enormes! Quizá hubiese sido mejor idea comerse unos perritos calientes. Miró hacia el suelo y creyó que nunca había visto una mujer con las uñas de los pies despintadas. ¡Media hora preparándose para eso!

—¿Les importará en el hotel que vaya con vaqueros? —preguntó ella mientras él conducía.

—No como los llevas tú —Matteo la miró y sonrió—. Estás muy bien.

Ella volvió a reírse.

—Eres un… —ella se rio otra vez—. No esperaba salir a cenar. Ya sé que voy mal vestida.

—¿Para quién? —preguntó Matteo encogiéndose de hombros.

Él la relajaba. Bueno, sabía que estaba nerviosa, pero, aun así, Matteo la relajaba en cierto sentido.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —preguntó ella.

—Me caí de un caballo. También me disloqué el hombro y debería llevar cabestrillo.

—¿Por qué no lo llevas?

—Lo perdí.

—Ah…

Él era increíblemente atractivo y ella se sentía increíblemente insulsa.

—Podría pasar por mi hotel para cambiarme —propuso ella.

—No hace falta.

No obstante, Matteo pensó que se dirigían a un restaurante especialmente elegante. Afortunadamente, había estado allí con el jeque y había dado generosas propinas durante los días anteriores y sabía que los recibirían con una sonrisa. Sin embargo, no quería

que ella se sintiera incómoda.

—Podríamos ir a Majils Al Bahar… —Matteo la miró y vio que tragaba saliva—. No estoy poniéndome romántico —la tranquilizó porque probablemente fuese el restaurante más romántico de la tierra—. Es que la etiqueta es más laxa y me gustaría conocerlo.

—No —contestó Abby—. El hotel está bien.

Llegaron al hotel y Matteo pidió una mesa para dos. Lo hizo con tanta seguridad que, naturalmente, nadie se inmutó y los acompañaron a su mesa. Matteo pensó que sin gafas, y sin verle esos vaqueros espantosos, era realmente hermosa. Tenía unos ojos verdes muy intensos y con unas pestañas muy tupidas, y era la primera mujer sin rastro de maquillaje con la que había estado en un restaurante. Ya sabía el aspecto que tendría por la mañana. Entonces, se recordó a sí mismo que no estaba allí para eso y miró la vista del Golfo Pérsico.

—Me encanta —reconoció él—. No me lo esperaba, aunque la verdad es que no sabía qué esperar.

—Yo no he visto gran cosa —comentó Abby—. Llegamos ayer…

Matteo tuvo la astucia de fruncir el ceño.

—Entonces, ¿qué tal lleva Pedro el calor?

A ella le gusto que él comprendiera que era importante.

—Habría estado bien que hubiese tenido unos días más para aclimatarse.

—¿Pedro es tan temperamental como dice la prensa? —le preguntó Matteo.

—O más —ella suspiró—. Aunque no puedo reprochárselo. Tiene un talento inmenso.

—Estás dándole una oportunidad desde muy pronto —Matteo se acordó de que Pedro tenía veintiún años y de que llevaba con Abby desde los—. ¿No debería seguir corriendo en karts?

Abby sonrió, pero fue una sonrisa reservada.

—Va a ser increíble, ya lo es.

Él captó su sonrisa tensa y supo interpretarla. Alguien con más dinero se lo quedaría enseguida.

—Entonces, trátalo como a una estrella. Consigue que no quiera marcharse nunca —Matteo vio que ella apretaba los labios —. ¿Cuál ha sido su última queja?

Ella se rio levemente por su perspicacia.

—Bueno, algunos pilotos tienen suites con gimnasio y piscina —ella miró a Matteo, quien no dijo nada—. Esos tíos están en una forma física impresionante. Tienes que estarlo para conducir a esa

velocidad. Sé lo agotador que es dar unas vueltas a velocidad moderada,

—A mí no me pareció nada moderada —replicó Matteo—. ¿Cómo es? ¿Qué se siente?

Ella sabía lo que solían decir los hombres, pero podría parecer que coqueteaba con él.

—Es increíble —contestó ella en vez de decir que era mejor que el sexo.

Además, tenía que serlo. Su única experiencia había sido espantosa. No, no iba a coquetear.

—A Pedro no le gusta utilizar el gimnasio y la piscina del hotel —siguió Abby—. Yo lo entiendo, pero… —no le gustaba hablar de dinero, pero para eso estaban ahí—. Nuestro presupuesto es… limitado.

—¿Y Pedro no quiere oír hablar de eso?

—Él ha sido estupendo. Todos lo han sido. Es hiriente ver que todos van a restaurantes de moda mientras nosotros vamos a una hamburguesería. Todos queremos mejorar y sabemos que tenemos que trabajar para conseguirlo, pero es complicado hacer juegos malabares con la vanidad. Además, también sé que Pedro tiene razón, que le iría mejor si tuviese más recursos y que a mí también me iría mejor si tuviese más tiempo para centrarme en el coche y los oponentes.

—¿En vez de hacer de contable?

Ella se rio en voz baja.

—Y de secretaria, agente de viajes…

—Lo capto.

—¿Por qué quieres invertir? —le preguntó ella.

—Bueno, creo que puedes llegar lejos y quiero estar ahí cuando llegues —contestó Matteo—. Tengo cierta debilidad por los riesgos —él miró la carta de vinos—. ¿Qué vamos a beber?

—Yo beberé agua…

—Esta cita va a salirme barata.

—No es una cita, Matteo.

—No, no lo es.

Él dejó la carta con un gesto serio. Estaba interesado en patrocinar el equipo. Le gustaba apostar y esa era una apuesta enorme. Ya no estaba pensando en el collar ni en el padre de ella. Estaba centrado en esa partida y, si iba a ser el patrocinador, tenía que haber reglas.

—Mis relaciones duran horas, no días. Te lo aseguro, no querrás saber…

—¡Ya lo sé!

—Entonces, si queremos que esto dé resultado, ninguno se meterá en los asuntos del otro.

—Por mí, perfecto.

—En cualquier caso —añadió Matteo—, yo no salgo con mujeres.

—Y yo no bebo.

—¿Nada?

—Nada —contestó ella sacudiendo la cabeza.

—¿Nunca?

—Nunca —ella sonrió por su curiosidad—. Bueno, lo intenté y no me gustó.

—De acuerdo, agua para los dos.

—Tú puedes…

—Ya sé que puedo, pero voy a mantener la cabeza despejada contigo —Matteo miró la carta y gruñó—. Vieiras con costra de trufa. Ya sé lo que voy a comer.

Él gruñido de él hizo que se le encogiera el estómago y contuvo el aliento por ese sonido grave. Entonces, él levantó la mirada. Tenía los ojos azul marino y, cuando sonrió, ella hizo lo mismo.

—Eso está mejor —comentó él.

Matteo era agradable, le dijo el corazón. Nada más.

La comida era fantástica y la compañía también. Además, él se tomaba en serio las preocupaciones de ella.

—El año pasado tuve un patrocinador, aunque no era especialmente generoso —le explicó Abby—. Llamaba todo el rato y pedía informes de los progresos a todas horas. El día de la carrera era infernal. Quería que lo acompañara, a él y a sus amigotes, a aperitivos con champán y que Pedro fuese sociable…

—Mira, ya sé que no quieres que haya alguien metiendo las narices en todo y puedo comer solo. Además, por si sirve de algo, no voy a presionaros ni a ti ni a tu equipo. No espero gran cosa de esta temporada…

—¡No! —le interrumpió Abby—. Vamos a ganar la Henley Cup.

—Solo quiero decir que soy paciente.

—Pedro se marchará enseguida —reconoció Abby—. Es un valor en alza y alguien la hará una oferta que yo no podré igualar.

—Seguramente —él había pensado lo mismo, pero, en ese momento, podía ver el problema de verdad—. Hunter va a retirarse al final de esta temporada y supongo que el equipo Lachance… —él hizo una pausa al acordarse de que Abby había salido con él—. ¿Vosotros no…?

—Vamos a ganar este año —Abby no contestó su pregunta—. Quiero la Henley Cup. Primero Dubái, Milán después y Montecarlo para terminar.

—Entonces, tienes que conseguir que tu piloto esté contento. ¿Cómo de limitado es el presupuesto?

Nadie sabía hasta qué punto lo era y ella tampoco estaba muy dispuesta a decírselo. Matteo la observó mientras ella daba vueltas a la copa de agua.

—Lo único que quiero de una relación es la sinceridad —siguió él antes de reírse—. No paro de decir lo mismo en los negocios —hasta Abby se rio—. Entonces, ¿qué te parece si somos sinceros el uno con el otro? Me digas lo que me digas, no saldrá de aquí. Decidamos lo que decidamos.

Ella lo creyó y pensó que podría ser un alivio decirle a alguien la verdad. Nadie sabía lo apurada que era la situación. Todo su equipo creía que estaba especialmente tensa, pero no sabían que se despertaba aterrada todas las noches. Incluso, estaba planteándose ceder al absurdo chantaje de su padre y asistir a la recaudación de fondos para recibir la inyección de dinero que le había prometido si lo hacía. La mera idea le daba náuseas y se preguntó si la foto de Hunter y ella seguiría colgada de la pared de su despacho.

Cerró los ojos un instante y sintió pánico. No, no iba a mendigar a su padre. Abrió los ojos, vio la mirada expectante de Matteo y decidió contarle la verdad.

—No puedo llevar al equipo a Italia.

Matteo no dijo nada.

—Me llevan el coche y el material, pero no puedo llevar al equipo.

—¿Se ha acabado el dinero?

Abby asintió con la cabeza. Él no se levantó y se marchó y tampoco la criticó. Se quedó pensando. Dejó de beber agua, pidió una copa grande de coñac y siguió pensando. No pensaba en el collar que lo había llevado hasta allí, estaba pensando en coches y en un equipo y eso le producía un cosquilleo que últimamente había echado de menos en los casinos. No le gustaban las carreras de coches. Los coches veloces eran el único vicio que no tenía, los asociaba con muchos recuerdos dolorosos. Sin embargo, estaba empezando a pasar por el aro. Al ver a Abby y a Pedro probando el coche, al hablar con los mecánicos que evaluaban a los oponentes… Ese deporte tenía un atractivo que no había previsto cuando había aceptado el desafío.

Pidió las cifras exactas y ella se puso roja como un tomate,

pero se las dio y lo observó mientras pulsaba las teclas de una calculadora, no del teléfono. Además, no era una calculadora de un par de dólares. Pensó que tenía unas manos preciosas y le gustó cómo sacaba la lengua al concentrarse.

Matteo supo que debería dar por terminada la reunión en ese instante. La cantidad que se exigía era mucho mayor que la del collar y, además, era casi seguro que la perdiera.

—¿Por qué crees que eres una buena oportunidad? —le pregunto Matteo.

—Yo construí el coche —contestó Abby—. Tengo el piloto más intrépido que he conocido. Pedro está un poco verde, pero eso es bueno. Es impredecible. Nadie, menos yo, sabe de lo que es capaz. En realidad, ni yo lo sé…

Matteo siguió mirándola.

—Sin embargo, necesita la herramienta adecuada y mi coche lo es.

Él no dejó de mirarla, pero su rostro serio no dejaba entrever nada. Sin embargo, le había pedido sinceridad y ella estaba omitiendo algo bastante importante.

—Además, llevo nueve años esperando esto —añadió ella sin decirle por qué.

Entonces, él captó algo, y se llamaba decisión. Las cuentas no salían, pero lo que sintió en las entrañas desequilibró la balanza.

—Te diré lo que vamos a hacer —Abby se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración—. Si quedáis entre los cinco primeros aquí, en Dubái, yo me ocuparé de llevar al equipo a Italia.

—¿Vas a quedarte a verlo?

—Desde luego —contestó Matteo—. Y lo siento si no te gusta, pero, si lo conseguís, también estaré en Italia. Sin embargo, no te preocupes, no sentirás mi aliento en el cogote.

Entonces, por primera vez en su vida, Abby se imaginó exactamente eso, que sentía el aliento de un hombre en el cuello… y no de un hombre cualquiera, de él.

Él esperó que ella negociara, que intentara conseguir un puesto más bajo, pero se limitó a mirarlo fijamente.

—Vamos a quedar mejor que los quintos.

Él lo esperó sinceramente, y ella también.

—Perfecto.

Matteo pidió la cuenta y luego le pidió a ella los datos de su banco.

—No hemos quedado en lo más alto todavía.

—Solo quiero cerciorarme de que lo hacéis.

Matteo pagó y luego pidió un conductor que la llevara a su hotel.

—Mi hermana Allegra celebra un acto benéfico mañana. Creo que deberíamos asistir.

—Dijiste que… —empezó a decir Abby antes de que Matteo la interrumpiera.

—Todo el mundo asistirá, y la prensa también. Los contrincantes podrían inquietarse si creen que cuentas con un Di Sione —él se dio unos golpecitos con el dedo en el costado de la cabeza—. Es una partida psicológica.

Efectivamente, los contrincantes se inquietarían mucho y ella iba a aprovechar todo lo que pudiera. Se acordó de Hunter y de aquella noche espantosa y tenía que derrotarlo esa temporada. Era la única ocasión que tenía de vengarse.

—Abby tienes que irradiar seguridad en ti misma —siguió Matteo—. Independientemente de cómo te sientas por dentro.

—Por favor… —ella puso los ojos en blanco—. Es fácil para ti…

—No me conoces —le interrumpió él—, pero créeme cuando te digo que no les dejes percibir el miedo.

Abby asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿vendrás? —le preguntó Matteo.

—Sí.

—Perfecto. Pasado mañana te dejaré sola para que hagas lo que quieras. ¿Te parece bien si te mando un coche a las diez?

—No hace falta. Nos veremos allí.

—Muy bien.

Cuando llegó el coche, fue Matteo, no el conductor, quien le abrió la puerta y hablaron un momento antes de que ella se montara.

—Hasta mañana —ella asintió con la cabeza y él agitó una mano—. Y tienes que ir bien vestida.

—¿Cómo dices? —preguntó ella en tono airado.

—Me da igual cómo vayas vestida en tu tiempo libre —contestó Matteo—, pero, si quieres llevar el nombre Di Sione en tu coche y en los monos, tienes que ir arreglada cuando salgamos.

—Vaya, y yo que creía que tomar aperitivos en el día de la carrera era una imposición…

Abby estuvo a punto de decirle que se fuese al infierno, pero no podía permitírselo ni quería. Él tenía razón. Si quería que su equipo llegara a alguna parte, quizá hubiese llegado el momento

de entrar un poco en el juego empresarial y quizá pudiese hacerlo con él. Él no se había inmutado por sus vaqueros, había hecho que se sintiera cómoda y relajada y ella le había contado el embrollo en el que estaba metida.

—Mañana vamos a trabajar —comentó él mientras Abby se montaba en el coche. Sin embargo, le dirigió una sonrisa radiante antes de que cerrara la puerta—. Eso no quiere decir que no podamos disfrutar mientras trabajamos.

El coche se puso en marcha y ella se dio cuenta de que tenía el corazón acelerado. Habían dejado muy claro cuáles eran las reglas y ella sabía que tenían las manos libres. Matteo solo había dicho que disfrutarían provocando a la prensa y a los contrincantes. Era su imaginación la que le decía que, por primera vez, iba soltarse la melena, o, al menos, que no iba a esconder la cabeza como el avestruz.

Capítulo 3

Abby durmió mal. Su conversación sobre el dinero debería haberla tranquilizado, pero sabía que había mentido a Matteo. La verdad era que no tenían ninguna esperanza de acabar los quintos. Sin embargo, tenían que hacerlo, y no solo para que Matteo invirtiera en el equipo.

Le llevaron el desayuno y decidió que desayunaría en la cama. Tomó el ordenador portátil y leyó las noticias, las noticias deportivas, claro. No hablaban casi del equipo Boucher. El equipo Carter estaba en forma y también hablaban mucho del equipo Lachance, o, al menos, de Hunter.

Lo miró vestido con el mono de cuero amarillo y con esa sonrisa arrogante. Si existía el odio en estado puro, eso era lo que ella sintió en ese momento. Ya no la asustaba. Habían pasado nueve años desde aquella noche atroz y, en ese momento, estaba rabiosa, no asustada. Era una rabia tan abrasadora que exigía venganza.

Hunter tenía treinta y cuatro años y había ganado nueve de las últimas diez Henley Cups. La única que perdió fue la noche que ella decidió acabar con su breve relación. Quizá hubiese sido casualidad, pero ella había llegado a Montecarlo, se había sentado en la habitación de un hotel y había sabido que ya no podían seguir juntos. Solo habían salido juntos cuatro semanas, pero Hunter quería avanzar y la había invitado a Montecarlo. Hunter le había asegurado que tendrían habitaciones separadas porque él necesitaba su propio espacio antes de la carrera, pero ella sabía muy bien lo que pasaría después. Había empezado a tomar la píldora, pero, incluso mientras volaba hacia allí, había sabido que los nervios que sentía no eran los que debería sentir una cuando estaba a punto de perder la virginidad. Hunter la ponía nerviosa de una manera que ella no podía definir.

Al principio, se habían sentido unidos por los coches, pero no tardó en darse cuenta de que él no quería conversar. Hunter hablaba y ella debía escuchar. Él había despreciado todo lo que había dicho ella sobre coches. Claro, a los dieciocho años, ¿quién no se sentiría halagada por estar saliendo con una estrella y por

que la llevara a Montecarlo en su avión privado? Sin embargo, ya había perdido todo su atractivo para entonces. Ella no había querido ir, pero su padre se había quedado horrorizado cuando ella había insinuado cancelarlo. ¡El avión de Hunter ya estaba de camino!

Había ido. Había bebido un par de copas durante la carrera para darse valor y había vuelto al hotel mientras Hunter había atendido a la prensa después de su sorprendente derrota. Ella había bebido un par de copas más. Él la había llamado por teléfono para decirle que ya estaba en el hotel y ella tomó el ascensor para subir a su habitación y decirle que no quería salir esa noche, pero que tampoco quería quedarse. En realidad, ya había reservado un billete e iba a volver a Nueva York esa misma noche.

Como le había recalcado su padre más tarde, no se le dice a un hombre que acaba de perder una copa que vas a dejarlo. En aquel momento, ella había pensado que daba igual. No había querido acostarse con él y sabía cómo habría acabado la noche si se quedaba. No había querido que Hunter fuese su primer hombre, había sido tan sencillo como eso. Además, había añadido su padre, los abogados de Hunter la harían picadillo porque, al fin y al cabo, ella había ido a su habitación… borracha.

—No estaba borracha, papá, solo estaba…

Sin embargo, había dejado de intentar explicarle cómo se había sentido aquella noche, cuando llamó a la puerta de su habitación. En realidad, no podía acordarse de cómo se había sentido antes de que sucediera, no podía recordar quién era la mujer que entró en la suite de un hombre con la intención de decir lo que pensaba. Efectivamente, le había dicho que habían terminado.

—Todavía no —había replicado él.

Según su padre, ella no se había resistido lo bastante. Al fin y al cabo, Hunter no tenía ni un arañazo. Ella se había quedado paralizada cuando él la agarró. Luego, había intentado huir, pero solo consiguió dar unos pasos antes de que él la empujara y la metiera en el cuarto de baño.

Cuando él acabó, cuando estaba tirada en el suelo del cuarto de baño y creía que no podía estar más destrozada por dentro y por fuera, Hunter se había levantado y había orinado encima de ella. La había destrozado total y absolutamente.

—Te arrebataré la copa —juró Abby dirigiéndose a la pantalla —. Acabarás siendo el fracasado que eres de verdad.

Matteo tenía razón, era una partida psicológica. Ese día,

Hunter y los demás equipos averiguarían que Di Sione estaba pensando entrar en su equipo y eso los inquietaría. El emporio Di Sione era impresionante, desde navieras hasta informática, tenían influencia y dinero en todos los sectores.

Matteo tenía razón otra vez; tenía que irradiar seguridad en sí misma, no miedo. Quizá no fuese el momento de gastar dinero en ropa cuando le preocupaba la cuenta del hotel, pero tenía algunas cosas en el armario. Había un vestido que podría haber sido adecuado para la cena de la noche anterior, pero no para una gala. También estaba el vestido que había jurado que se pondría si alguna vez subían al podio. Era sexy, de un color plateado con un leve tono verdoso, y excesivo para ese día. La verdad era que no podía imaginarse con suficiente seguridad en sí misma para ponérselo. Supo que tendría que comprarse algo. Entró en su cuenta bancaria y parpadeó cuando vio el saldo. ¡Santo cielo! Matteo había hablado en serio cuando dijo que quería cerciorarse de que tenían la posibilidad de ganar.

Nerviosa, emocionada y más que aliviada, se ocupó de los asuntos serios antes de vestirse para ir de compras y llamó a la recepción del hotel. Una vez organizado todo, llamó a Pedro.

—Hola —le saludó Abby.

—Abby, no tengo tiempo para hablar —replicó Pedro en un tono algo cortante—. Estoy bajando a la piscina y luego me meteré en el gimnasio.

—Quería hablarte de eso. Pedro, acabo de hablar con recepción y van a trasladarte a una suite con gimnasio y piscina.

—¿De verdad?

—De verdad. Ya está yendo alguien para trasladar tus cosas.

—Gracias, Abby. Eso me ayudará mucho con mi entrenamiento.

—Perfecto.

Parecía un lujo innecesario, pero ella sabía que no lo era. Las instalaciones en Dubái eran increíbles y ella sabía demasiado bien que los demás equipos punteros estaban utilizándolas. Pedro tendría que salir a correr con el calor de mediodía. Haría todo lo posible para prepararse físicamente para la carrera y a ella le gustaba poder concederle eso.

Ya podía concentrarse en prepararse para ese día. En teoría, ir de compras en Dubái era maravilloso, pero ella no tenía ni el tiempo ni las ganas de explorar. Había algunas boutiques en la planta baja del hotel y una le había llamado la atención cuando se registraron. No era de uno de los diseñadores de fama

internacional, sino que era una boutique de un diseñador local y entró un poco titubeante. Los vestidos eran preciosos y, cuando la empleada se entero de adónde iba a ir, la tomó bajo su tutela. Ella había estudiado moda durante un año y podía vestir mentalmente a cualquiera, siempre que no fuese a sí misma. Aunque lo había hecho porque se había empeñado su padre, había disfrutado moderadamente y sabía lo que le gustaba.

—Este —dijo la empleada enseñándole un vestido de color coral claro.

Era de una tela muy fina y muy femenino y vaporoso, pero no era el tipo de vestido que habría elegido ella.

—¿Y este? —preguntó Abby sacando un vestido parecido, pero gris.

La empleada negó con la cabeza.

—Pruébese el de color coral.

No podía soportarlo. Era como si estuviese vistiéndose para una foto familiar, se dijo a sí misma mientras entraba en un probador enorme. Sin embargo, se recordó a sí misma que era un asunto de trabajo y se puso el vestido.

—Está muy elegante —comentó la empleada después de pedirle permiso para vérselo puesto.

—Es un poco excesivo.

Abby se lo imaginó con tacones. La empleada desapareció.

—Pruébese esto —le pidió cuando volvió con unas sandalias planas.

Tenían unas tiras finas con bisutería, pero, aun así, eran muy sencillas y cuando se las puso, comprobó que la empleada tenía razón. El vestido parecía más sofisticado que con tacones.

—Me gusta —reconoció Abby.

—Tiene que alisarse el pelo y recogérselo detrás —le recomendó la empleada.

Ella se acordó de lo que había comentado Matteo la noche anterior y se preguntó si la gente de Dubái decía todo lo que pensaba.

—Le verdad es que no tengo tiempo de ir a la peluquería —replicó Abby porque ya eran más de las nueve.

—Puedo llamar a la peluquería si tiene poco tiempo —insistió la empleada.

—Claro.

Abby esbozó una sonrisa tensa mientras pagaba. Luego, fue a la peluquería, donde le alisaron el pelo y compró una barra de labios del mismo tono que el vestido.

No tenía tiempo para estar nerviosa, ya estaba llegando demasiado tarde. Sin embargo, consiguió ponerse nerviosa cuando entró en el vestíbulo de hotel y lo vio esperándola.

—¡Caray! —exclamó él—. La espera ha merecido la pena.

Él la saludó y la regañó por haberlo tenido esperando.

—Tenemos que irnos —añadió Matteo.

Matteo no tenía ni idea del esfuerzo que había tenido que hacer para estar así y eso era algo que le gustaba de él. Aun así, no estaba tan nerviosa mientras se dirigían hacia el coche, estaba excitada. No por esa vestimenta a la que no estaba acostumbrada, sino por el hombre que la acompañaba. Estaba muy excitada y no se le ocurría una manera mejor de describirlo. Le excitaba la calidez de su mano en el brazo mientras la llevaba al coche y le excitaba su presencia mientras se sentaba al lado de ella y se tomaba dos analgésicos sin agua.

—¿Te duele la cabeza? —le preguntó ella suponiendo que habría salido por todos los clubs después de dejarla la noche anterior.

—El hombro —contestó Matteo.

—Deberías llevar el cabestrillo.

—Lo sé —él se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor, pero cambió de conversación mientras el coche se ponía en marcha—. ¿Qué tal está Pedro?

—Lo han trasladado a una habitación mejor, como hablamos. Está mucho más contento que ayer a esta hora.

—Y si Pedro está contento, todos estamos contentos.

—Gracias. Sirva de algo o no…

—Servirá de algo —le interrumpió Matteo.

Entonces, vio la ansiedad reflejada en sus ojos y supuso que a ella le preocupaba qué pasaría si no terminaban quintos.

—Disfruta preparando la carrera —siguió él—. Ya veremos qué pasa el día de la carrera y ya hablaremos después.

La gala benéfica que había organizado su hermana era un acto enorme y debería de haber costado muchísimo trabajo prepararlo. Había gente muy elegante por todas partes y no, ya no se sentía demasiado vestida. En realidad, se sentía muy aliviada por no haber elegido el gris. Era un día de verano precioso y fueron a buscar a la hermana de Matteo.

—¿Cómo es? —le preguntó Abby.

—¿Allegra? —Matteo puso los ojos en blanco—. Es una santurrona. No le digas que me he lastimado el brazo.

—¿Por qué?

—Se preocuparía. Allí está.

Él la llamó y la saludó con el brazo sano. Una mujer atractiva se acercó y los dos se saludaron dándose un beso en la mejilla.

—Te presento a Abby —dijo Matteo—. Mi última aventura.

—¡Matteo! —le regañó Allegra.

—Aventura empresarial —Matteo sonrió—. ¿Qué tal estás?

—Atareada —reconoció Allegra—. ¿Qué te ha pasado en el ojo?

—Me golpeé con una puerta.

—No te creo en absoluto. Además, tampoco puedo creerme que lleves aquí más de una semana y no te haya visto.

—Bueno, tenías que organizar todo esto.

—Ha sido un disparate y… —Allegra no pudo terminar la frase porque alguien la llamó—. Me encantaría quedarme charlando, pero me temo que tendrá que ser más tarde.

—Allegra, tengo que hablar contigo del abuelo.

—¿Ahora?

Matteo asintió con la cabeza y Abby vio que su expresión era muy seria.

—No está bien.

—Ya lo sé —replicó Allegra—. Bianca y yo ya hemos hablado con él.

—Creo que tienes que tomarte algo de tiempo para ir a verlo.

Allegra cerró los ojos y quedó muy claro que estaba molesta.

—Ya sé que no está bien, pero…

—Ven —Matteo agarró a su hermana del codo—. Será un momento —le dijo a Abby mientras llevaba a Allegra a un sitio más discreto.

Abby intentó no mirar, pero vio que Allegra agarraba a Matteo del hombro y se lo apretaba, el hombro lastimado. ¡Pobre Matteo! Él ni se inmutó, se limitó a tomar la mano de Allegra y a quitársela del hombro con delicadeza. No eran efusivos, ni mucho menos, pero ella notaba, incluso a esa distancia, que estaban hablando de algo que les afectaba.

Eran muy distintos a su familia. Annabel y ella podían pasar meses sin contarse su vida, y en cuanto a su padre y ella… Pensó que quizá debería hacer un esfuerzo. Efectivamente, su padre le había hecho mucho daño cuando le contó la agresión de Hunter, pero, si quería ser justa, aunque él lo había planteado mal, había sufrido. Nunca había echado tanto de menos a su madre, pero ella había muerto hacía tres años. Quizá fuese el momento de intentar ser una familia otra vez.

Dio un respingo cuando Matteo volvió a su lado.

—Lo siento —dijo Matteo—. Allegra ya sabe que nuestro abuelo está mal, pero creo que no sabía cuánto de mal.

—¿Está muy enfermo?

Matteo asintió con la cabeza y, por un instante, por un instante mínimo, miró a Abby y se preguntó si podría hablarle del collar y del verdadero motivo para haberse puesto en contacto con ella, casi le pareció que podría… Hasta que se acordó de la mujer arisca que había conocido el día anterior y decidió que era demasiado arriesgado. Estaba allí por el equipo, lo estaba de verdad, y no había que mezclar las cosas sacando a relucir el collar, todavía. Eso podía esperar.

—¿Vamos…? —preguntó Matteo.

—¿Adónde?

—Al cielo.

Había paseos en helicóptero y Abby, que solo había conocido el circuito de carreras, un restaurante y una boutique durante todo el tiempo que había pasado en Dubái, se encontró con el regalo de una vista de pájaro. Volaron sobre las islas artificiales con forma de palmera; no había visto nada parecido. También vio donde Matteo había propuesto que fuesen a cenar. La ciudad era como un resplandor dorado y plateado y también volaron por encima del circuito donde se correría la primera carrera de la Henley Cup. A la semana siguiente, a esa hora, ella estaría allí abajo, pensó con un cosquilleo de nervios y emoción.

Se bajaron del helicóptero y ella tardó un poco más que Matteo en recuperar el equilibrio.

—Te aturde un poco, ¿verdad? —comentó Matteo—. Vamos a buscar un sitio para comer algo.

No tuvieron que buscar mucho porque había muchos sitios donde elegir y, aunque comieron algo, fue muy deprisa porque Matteo ojeó un programa y decidió que quería ver los caballos de carreras que estaban desfilando.

—Mira ese… —dijo Abby.

Era un purasangre árabe impresionante y tan tenso que parecía como si fuese a salir disparado en cualquier momento.

—¡Desgraciado! —exclamó Matteo sin poder explicar que alguien le había tocado en el hombro lastimado —¡Kedah! —volvió a exclamar con una sonrisa cuando se dio la vuelta—. Abby, te presento a Kedah. Estudiamos un tiempo juntos en Nueva York.

—Hasta que te largaste.

—Sigo aquí —replicó Matteo—. Kedah, te presento a Abby, la

propietaria y directora del equipo Boucher.

—Me alegro mucho de conocerte.

Abby pensó que era increíblemente atractivo, que estaba impresionante con esa túnica de un dorado claro y el turbante, y, además, tenía el mismo brillo penetrante en los ojos que Matteo, lo que hacía que formaran una pareja indescriptiblemente cautivadora. Prefería no imaginarse en los líos en los que se habrían metido esos dos.

—Tu piloto quedó bien el año pasado aquí. Quedó el quinto si no recuerdo mal.

Ella asintió con la cabeza, sorprendida y complacida de que lo supiera y de que lo comentara porque Pedro, después de aquella carrera, no había hecho nada más.

—¿Qué tal tienes el hombro? —le preguntó Kedah a Matteo.

—Todavía me duele —contestó Matteo—. Amoratado…

—El médico ya te lo dijo —Kedah hizo un gesto con la cabeza —. Entonces, ¿todavía lo quieres aunque te tirara al suelo?

—Desde luego —contestó Matteo mirando al caballo—. Abby y yo estábamos admirándolo.

A las tres menos diez, se le pasaron dos cosas por la cabeza y las dos la desasosegaron. ¿Podía saberse qué hacía montado en el purasangre que lo tiró? Sin embargo, no pudo preguntárselo mucho porque la otra cosa se adueñaba de ella. Quería ver su hombro. Ella, que había sofocado todo lo relativo al sexo, que le daba náuseas pensar en la intimidad, quería, de repente, volver al hotel, quitarle la camisa y tocarle la piel amoratada… con la boca.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Matteo al darse cuenta de su repentina tensión.

—¿Cómo dices?

—Kedah estaba diciendo que le encantaría ir a la carrera…

—¡Ah!

—Sin embargo, no podemos hablar con Abby el día de la carrera —le advirtió Matteo a su amigo.

—Me encantaría estar allí —le dijo Kedah a Abby antes de dirigirse a Matteo—. Si el equipo Boucher sube al podio, el caballo es tuyo —añadió el jeque mientras se estrechaban la mano.

—¿Apostáis por todo? —le preguntó Abby cuando Kedah se había ido.

—No todo…

Matteo la miró a los ojos y, una vez más, no terminó de decir lo que iba decir.

Nunca habría apostado a que ese día se lo pasaría bien.

Normalmente, mejor dicho, siempre, ya estaría aburrido y se habría quedado sin nada que decir. Normalmente, mejor dicho, siempre, estaría mirando el teléfono y preguntándose por qué no volvían al hotel y se acostaban ya para poder devolverla a su hotel y salir con Kedah por todos los garitos de la ciudad. Normalmente, mejor dicho, siempre, habría saludado a su hermana, se habría quedado media hora y se habría despedido. Sin embargo, ese día le parecía el mejor de los días y solo había un motivo.

—¿Puede saberse que hacías montado en él? —le preguntó Abby apartando la mirada y dirigiéndola al maravilloso caballo—. ¿Montas a caballo?

—No mucho —reconoció Matteo.

—Cuando dices «no mucho»…

—Nada.

—Podrías haberte matado —no lo decía en broma. Ese caballo pondría a prueba al jinete más diestro—. ¿Por qué corriste ese riesgo?

—¿Le dices lo mismo a Pedro cuando aprieta el acelerador?

—Pedro está preparado y tiene experiencia —contestó Abby—. Tú eres un poco alto para ser jockey.

Ella tenía las mejillas un poco sonrojadas y él estaba seguro de que no era por el sol. Quiso darle la vuelta y hablarle al oído para que se riera mientras le contaba que era un jockey fabuloso. También quiso que le advirtieran de que estaban prohibidas las muestras de cariño en público. También quiso…

—Vamos. Va a empezar el desfile de moda. Tú…

Matteo no siguió al acordarse de que había sido su padre quien le había dicho que Abby había estudiado moda.

—¿Yo…?

—Creo haber leído en algún sitio que estudiaste moda.

—Es verdad. ¿Dónde lo leíste?

—No me acuerdo —Matteo se encogió de hombros—. Lo habré visto cuando estaba documentándome sobre el equipo.

Había mentido, estaba sentado al lado de ella y él sabía que había mentido, y no como había mentido a su hermana. A Allegra había querido protegerla, pero, esa vez, había querido protegerse a sí mismo. Daba igual, Abby y él no iban a llegar a ninguna parte. Aunque se acostaran, algo que le parecía cada vez más probable a juzgar por la intensidad que había entre ellos, sabía que su relación no duraría. Él lo decía de verdad, nunca se uniría a nadie.

Abby no notó el silencio. Era muy agradable estar lejos de los coches y nunca se había sentido así. Los coches eran su trabajo y

su afición, pero era muy agradable tomarse un día libre, aunque, sobre todo, sabía que era por Matteo.

Vieron el desfile de moda y cada vez que salía un modelo Matteo le decía que estaría muy guapa con él. Hasta que salió la lencería y él no dijo nada. Los dos estaban haciendo un esfuerzo por comportarse y, para Abby, tener que *hacer un esfuerzo* por comportarse fue un descubrimiento. Por fin, cuando terminó el desfile, decidieron marcharse de allí.

—Me gustaría despedirme de Allegra…

—Muy bien, ve —dijo Abby.

—Gracias.

Él lo agradecía. Ella no era acaparadora y eso le gustaba, le gustaba ella.

Cuando se sentaron en el coche para volver al hotel, él le dio su teléfono y Abby vio una foto de ellos dos riéndose mientras veían el desfile de moda, como si no tuvieran una preocupación en la vida. ¿Trabajo o idilio? Decía el titular.

—¡No! —exclamó ella—. ¿Por qué mezclan las cosas?

—No te preocupes —contestó Matteo encogiéndose de hombros.

—Pero queremos que crean…

—Lo creerán.

El coche llegó a su hotel y Abby se preguntó si él propondría que cenaran juntos y si ella aceptaría. Sin embargo, Matteo se saltó el primer plato, el segundo y el postre. Después de un día tan maravilloso, el final era inevitable para él.

—Podríamos ir al mío…

Esa boca tentadora se movió para dar la estocada final y lo que más le sorprendió a ella fue que quería aceptarla, que quería cerrar los ojos y dejarse llevar por la felicidad que le ofrecía él, pero apartó la cabeza.

—Doy por supuesto que no estamos hablando del restaurante de tu hotel.

—No.

Para Matteo, el sexo era tan sencillo y claro como eso.

—¿Qué ha pasado con eso de que fuese estrictamente trabajo? —preguntó Abby.

—Yo puedo mezclar las dos cosas.

Él miró esos ojos verdes que habían estado sonrientes y relajados durante todo el día y que, en ese momento, eran gélidos.

—Nos veremos el día de la carrera.

Abby lo dijo en un tono tajante, sin disimular la rabia y la

indignación, y Matteo, que solo jugaba con quienes querían jugar, se dejó caer en el respaldo.

—Si sigue interesándote, claro —añadió ella.

Ella no esperó a que el conductor le abriera la puerta, se bajó y dio un portazo.

Matteo se recordó a sí mismo que no había ido allí para seducirla y el conductor se llevó al hotel a ese pasajero a quien no rechazaban nunca. Él, sin embargo, nunca interpretaba mal los indicios y los dos habían irradiado una pasión tan intensa como el sol de Dubái.

Era mejor así, se reconoció a sí mismo mientras se bajaba del coche y se dirigía hacia su lujosa suite. Si alguna vez se había alegrado de no haberle contado a Abby el origen de esa historia, era en ese momento, porque estaba muy interesado en el equipo Boucher. Además, lo que era mucho más preocupante para él, también estaba muy interesado en la propia Abby, algo muy alarmante para un soltero empedernido. En ese momento, se alegraba muchísimo de que Abby se hubiese negado.

Capítulo 4

Cómo había podido vivir sin eso?, se preguntó Matteo el día de la carrera. Hacía que el casino pareciera un juego de niños. El ruido, el gentío, el olor, todo el bullicio estaba hecho para que participara en él. Se dirigió hacia el box del equipo Boucher y se preguntó cómo lo recibirían, pero en seguida comprobó que no hacía falta. Era bastante estimulante que nadie le hiciera ni el más mínimo caso.

Pedro estaba jugando a un videojuego y se aislaba de todo el mundo. Abby, vestida como un hombre con un mono verde botella y una gorra de béisbol, hacía algunas comprobaciones de última hora en el ordenador. El equipo estaba trabajando en el coche y él sabía cuándo tenía que quedarse al margen.

Ella lo había visto, naturalmente. Se había pasado toda la semana preguntándose si habría tirado por la borda la ocasión de tener un patrocinador increíble. Sabía muy bien que había todo tipo de indicios durante el tiempo que pasaron juntos. Efectivamente, era un alivio verlo allí y era un alivio mayor todavía que se hubiese marchado sin pedir que nadie le dedicara un minuto de su tiempo.

Matteo y Kedah fueron a almorzar y luego hicieron sus apuestas. Matteo decidió apostar por una buena posición del equipo Boucher. Sin embargo, luego, mientras los coches ocupaban sus puestos y justo antes de que se cerraran las apuestas, apostó una cantidad ridícula a que ganaba.

Los coches salieron volando entre el estruendo de los motores y un amor nuevo entró en la vida de Matteo; las carreras de coches. Miró a Abby, que pasaría las próxima dos horas concentrada en la carrera y a él le parecía bien. Decidió que se disculparía más tarde y se alegraba de que ella le hubiese parado los pies. En ese momento, podía entender que estuviese obsesionada con ese deporte. Pasaron dos horas y Abby no había perdido la concentración ni un segundo. Iban a quedar muy bien, pensó Matteo cuando vio los tiempos y los cuatro primeros entraron en la penúltima vuelta. Incluso, podrían subir al podio. Pedro adelantó a Evan justo cuando empezaban la última vuelta. El

equipo Boucher estaba unas milésimas de segundo detrás del Lachance. Pedro estaba pisándole los talones a Hunter y esperaba la oportunidad. Entonces, cuando Hunter se la negó, Pedro se la inventó. Joven, valiente y necio, adelantó a Hunter en la última curva. El rugido del equipo Boucher silenció el de los motores y hasta Abby dejó de trabajar. Ya no podía hacer nada más, solo podía gritar con toda su alma. Pedro iba como un tiro y Abby solo podía gritar. ¡Habían ganado! No solo eso, Evan había adelantado a Hunter cuando intentó enderezar el coche después de la temeraria maniobra de Pedro.

El ruido era ensordecedor, pero Abby solo podía oír silencio. Le daban palmadas en la espalda, la subían en alto y ella gritaba, pero no podía ni oír ni sentir nada. Entonces, vio a Matteo justo delante de ella. Lo vio de verdad por primera vez en todo el día. Llevaba unos vaqueros y una camisa negros. Moreno, peligroso y sin afeitar, lo único que tenía tranquilizador era que esos labios rojos y carnosos estaban sonriendo, a ella.

—Lo has conseguido —comentó él acercándose para que ella solo pudiera oír su voz.

Matteo ni siquiera entendía lo que había conseguido, por fin había derrotado a Hunter, pero, en ese momento, hasta eso le daba igual.

—Siento lo que pasó la otra noche —se disculpó él mirándola a los ojos.

—Yo también —reconoció ella para su propia sorpresa.

La euforia daba pie a la sinceridad y había reconocido la verdad que no se atrevía a reconocerse ni a sí misma, sentía haberse negado. Entonces, se encontraron el uno en los brazos del otro y la boca que había deseado desde la noche que lo conoció estaba devorando la de ella. Cuando se había imaginado un beso, siempre había sido un beso delicado. Ese no lo era. Era un beso devastador, descarado y despiadado y ella, sin darse cuenta, abrió la boca. Su lengua entró directamente y ella la buscó con la suya como si fuese un combate de esgrima donde los dos eran los ganadores mientras se daban el más profundo y sexy de los besos.

Abby pensó que Matteo no tenía vergüenza. Él le quitó la gorra y le agarró la cabeza con una mano. También podía notar cada maravilloso centímetro de su erección. Había bajado las manos a su trasero y la estrechaba contra él, pero ella, en vez de apartarse, estaba tan ardiente y excitada como él. Entonces, se acordaron de las reglas y separaron las bocas, pero no los cuerpos.

—Cuando ganamos, nos besamos —comentó Matteo.

A ella no le parecía mal. Tenían la respiración entrecortada y se miraban fijamente.

—Cuando quedamos en un buen puesto, nos besamos —él la besó en la mejilla como si fuese la boca y ella se rio—. Y si perdemos —él le mordió el lóbulo de la oreja—, entonces tenemos que consolarnos…

Ella seguía notando la erección en el abdomen y también notaba una falta de miedo maravillosa, incluso cuando él se apartó y la miró a los ojos.

—¿Qué te parece ganar? —le preguntó Matteo.

—Mejor que el sexo —contestó ella sin importarle ya que pudiera parecer una insinuación.

Ella había esperado que él se riera o que la estrechara más para que notara mejor la erección, pero la miró a los ojos con más intensidad.

—Entonces, es que alguien no lo ha hecho muy bien —comentó Matteo.

Y pensaba remediarlo esa misma noche.

Capítulo 5

Hunter los vio. Se bajó del coche, miró alrededor y vio a la mujer a la que había dejado tirada, amoratada, ensangrentada y orinada en el suelo de un cuarto de baño. En ese momento, estaba libre y feliz.

—¡Caray! —exclamaron los periodistas en distintos idiomas cuando Hunter dio una patada a su coche, tiró el casco al suelo y se marchó apresuradamente.

Abby y Matteo no vieron nada. Estaban riéndose mientras Kedah les informaba de que Matteo ya era el dueño de un caballo tremendamente temperamental.

—Se llama Abby —comentó Matteo aunque ella no hizo caso de la insinuación.

—Yo no soy temperamental.

Aunque quizá sí lo fuese porque ella, que no lloraba, había estado a punto de llorar mientras veía a Pedro en lo más alto del podio.

—Casi me apetece una copa de champán —reconoció Abby mientras Pedro regaba a la multitud.

El equipo Carter había quedado segundo y Evan sonrió y saludó con la mano mientras recibía la ducha. Hunter intentó hacer lo mismo. Era un buen día, era un día maravilloso y todo el mundo estaba esperando la rueda de prensa. Los pilotos fueron entrando y sentándose y Matteo pensó que eran unos arrogantes. Pedro se sentó sonriente y lo mismo hizo Evan. Hasta Hunter se había recuperado de su pataleta y volvía a sonreír con seguridad en sí mismo.

—Tengo que felicitar a Pedro… —fueron las primeras palabras de Hunter.

Una periodista que estaba al lado de Matteo y Abby dijo que era atractivo.

—Los narcisistas suelen serlo —replicó Matteo.

—Me desconcentré un instante y Pedro aprovechó la ocasión —siguió Hunter.

Parecía como si hubiese perdido él en vez de que hubiesen ganado ellos y Matteo notó que Abby se ponía tensa.

—No te preocupes por él —comentó Matteo sin mirarla—. Tú sabes que ganaste.

Entonces, un periodista le hizo una pregunta a Hunter.

—¿Qué nos dices de tu reacción después de la carrera? Parecías muy enfadado.

—¡Ja! —Hunter se encogió de hombros y levantó las manos—. No estoy acostumbrado… —entonces, bajó las manos y miró directamente a Matteo—. Suelo ser el primero.

No le pasaba casi nunca, pero le bulló la sangre cuando vio que Hunter desviaba la mirada hacia la mujer que tenía al lado.

—Eso iba… por mí… —le explicó Abby.

Matteo frunció el ceño porque lo había dicho con la voz entrecortada. Todavía le bullía la sangre y rodeó a Abby con un brazo.

—No pasa nada.

Él no sabía qué estaba pasando, pero notaba que Abby estaba desasosegada y quería tranquilizarla.

Sin embargo, ella solo pudo oír bla, bla, bla… No se enteró de lo que dijo Matteo. Tenía un estruendo en los oídos y una opresión en el pecho

—No puedo respirar… —consiguió decir con un hilo de voz.

—Abby…

Ella dejó de oír otra vez su voz aterciopelada y consiguió hacerle un último ruego desesperado.

—No permitas que Hunter me vea así.

Matteo la sacó de la rueda de prensa y la llevó a un asiento de plástico espantoso. La sentó y le dijo que se tapara la cara con las manos.

—Tienes un ataque de pánico.

Él estaba sereno, por fuera. Nunca dejaba que nadie vislumbrara el miedo que sentía. Se acercó hasta un hombre que pasaba por delante, le pidió la bolsa de papel de la hamburguesa y volvió con Abby.

—Respira aquí dentro… —le dijo Matteo mientras seguía hablando con su preciosa voz grave—. Se te pasará enseguida. Mi hermana Natalia también los tiene y se le pasan, te lo prometo.

Él se quedó sentado a su lado. Abby estaba pálida y sudando, tenía los ojos muy abiertos y lo miraba mientras respiraba dentro de la bolsa de papel, hasta que la apartó de la boca.

—Él perdió.

Matteo supo que no estaban hablando de que Hunter hubiese perdido esa carrera. Se le revolvió el estómago, pero se limitó a

mirarla.

—Él perdió una carrera… —siguió Abby aunque no podía terminar las frases—. Yo iba a romper… Solo habíamos salido unas cuantas veces… No nos habíamos…

Él no sabía qué decir.

—Se enfadó muchísimo.

Matteo era incapaz de decir nada.

—Se lo conté a mi padre. Él me dijo que no lo denunciara —ella sacudió la cabeza—. Estaba bebida…

Matteo supo qué decir porque esa era su primera regla.

—Entonces, debería haberte acompañado a casa.

—Yo estaba en su habitación del hotel.

No iba a permitir que ella cayera en eso.

—Entonces, debería haberse ido a otra o acostarte y dormir en una butaca. No hay excusas para lo que hizo.

—Fue muy violento.

Abby lo revivió durante un segundo y vio que Matteo parpadeaba varias veces.

—Debería haberte tratado con delicadeza —comentó Matteo.

—Era mi primera vez…

—Entonces, debería haberte tratado como si fueses de cristal. Además, no fue tu primera vez, eso no es sexo.

—Es la única relación sexual que conozco.

Entonces, el pánico volvió a adueñarse de ella porque todo el mundo estaba saliendo de la rueda de prensa.

—No puede verme así.

—¿Qué te parece si hacemos como si fuese un momento íntimo? —le preguntó Matteo con delicadeza.

Abby asintió con la cabeza, él la abrazó y ella vio que el mono amarillo de Hunter pasaba de largo mientras el corazón y la respiración de Matteo se aceleraban. Notó su tensión y supo que Matteo quería salir corriendo detrás de él y hacer lo que debería haber hecho su padre hacía muchos años. Pero se contuvo. Entonces, cuando él se acordó de lo que había dicho Hunter, «suelo ser el primero», Abby notó que la tensión aumentaba en él.

—No, por favor —le pidió ella cuando notó que él se movía.

Sin embargo, la abrazó con más fuerza.

—No lo haré.

Aunque estaba deseando, casi no podía respirar. Abby notaba el esfuerzo que estaba haciendo para contenerse. Matteo no sudaba ni aunque tuviese resaca e hiciese ese calor, pero le rebosaba la adrenalina y le costaba respirar.

—A lo mejor te pido prestada la bolsa de papel…

Todavía podía hacerla sonreír. Ella esperó que empezasen las preguntas, pero, cuando se le apaciguó la respiración y apartó la mirada de su pecho, lo único que le preguntó Matteo fue si quería agua.

—Sí, por favor.

Él fue a una máquina expendedora y le llevó una botella. Ella bebió con cierta avidez y él tuvo razón; el pánico había pasado.

—¿Mejor? —le preguntó Matteo.

—Mucho mejor.

Sin embargo, estaba terriblemente abochornada por lo que le había contado.

—Entonces, ¿adónde quieres que vayamos?

Era lo último que se había esperado que le preguntara, pero Matteo se plantó delante de ella y la miró fijamente cuando ella, abochornada por su confesión, no podía mirarlo.

—Estamos celebrando tu victoria —Matteo miró hacia el equipo. Todos estaban hablando por teléfono y posando para las cámaras —Kedah estaba con ellos—. Supongo que no quieres salir con todos esos…

—No.

—Pero ganaste, y has ganado todos los días desde que ese malnacido te hizo lo que te hizo. ¿Sabes qué? Te mereces celebrarlo.

—Es verdad.

—Entonces, felicita a Pedro y dile que esta noche está invitado a lo que quiera.

—Mmm… Me parece que no sabes lo que estás diciendo.

—A mí me lo vas a contar —Matteo sonrió—. Sé lo que es una noche desenfrenada. Además, con la apuesta que hice, estoy más forrado que de costumbre. Le pediré a Kedah que los acompañe. También se desenfrena, pero es un buen tipo y los vigilará.

Abby se dio cuenta de que Matteo no le hablaba como si tuviese dos cabezas, le hablaba como si no le hubiese contado lo más bochornoso y lúgubre que podía contarle.

—¿Estás seguro? —le preguntó ella.

—Claro. Kedah lo pagará y yo se lo devolveré.

Matteo volvió a la máquina expendedora y compró un refresco para él y otra botella de agua para ella. Entonces, Abby hizo lo que quería haber hecho y no había podido.

—¡Pedro!

Se acercó a él y le dio un abrazo.

—¡Qué placer! —Pedro sonrió—. Hunter está vomitando.

—Ya lo sé. Estuviste increíble, Pedro. Todavía no puedo creérmelo, todavía no sé como lo adelantaste.

—Te lo contaré con todo detalle durante la cena de esta noche.

—No puedo ir a cenar, Pedro. Voy a salir para encandilar a nuestro patrocinador.

Ella notó que todos respiraban con cierto alivio porque no iba a salir con ellos, pero intentaron disimularlo lo mejor que pudieron.

—Venga, Abby… —insistió Pedro.

Ella negó con la cabeza. Todos se llevaban muy bien, pero era un mundo muy masculino y ella vio que sonreían un poco cuando se dieron cuenta de que no tendrían que comportarse como lo hacían siempre que ella estaba cerca. Eso hizo que se le formara un nudo en la garganta, pero esas lágrimas que estaba conteniendo le gustaban mucho. Efectivamente, ella ya sabía que se comportaban de forma distinta cuando ella estaba cerca, pero se dio cuenta plenamente en ese momento. Su equipo era increíble de verdad.

—Salid y disfrutad —les dijo Abby—. Todo está pagado, lo que queráis. Kedah se hará cargo de la cuenta y Matteo se la reembolsará.

—¿Estás segura? —le preguntó Pedro con el ceño fruncido.

—¡Sí! ¡Salid y pasáoslo bien! Sabe Dios que os lo merecéis, pero acordaos de que mañana tenemos un desayuno oficial.

—Dile a Matteo que la próxima vez lo sacaré a dar una vuelta en el coche.

—Se lo diré.

Abby abrazó otra vez a Pedro y luego volvió con Matteo.

—Muy bien, ¿adónde vamos? —preguntó él.

—No lo sé.

—Pues yo, sí —Matteo acababa de decidirlo—, pero antes pasaremos por mi hotel y me cambiaré.

—Yo también tengo que cambiarme.

Él miró su mono verde botella manchado de aceite.

—Desde luego.

—Cómprate un vestido —le propuso Matteo mientras entraban en el hotel—. Hay muchas boutiques y…

—No —le interrumpió ella—. Me compré un vestido hace siglos y prometí que si alguna vez subíamos al podio… —Abby sacudió la cabeza—. Nunca esperé que fuese esta noche.

No podía creérselo. El podio habría sido fantástico, habría demostrado que eran unos contrincantes serios, pero jamás, ni en su sueños más disparatados se había imaginado que quedarían primeros. Para los demás era una pesadilla, las casas de apuestas estaban presas del pánico y los otros equipos estaban recapacitando. Solo el equipo Boucher flotaba en una nube.

Matteo estuvo a punto de preguntarle si quería subir y beber algo mientras él se cambiaba, pero se contuvo. En ese momento, entendía que el primer día ella hubiese hecho aquel comentario sobre celebrar la reunión en el restaurante del hotel y no en su habitación. Podría fustigarse a sí mismo, pero la acompañó hasta un asiento y le sonrió.

—No tardaré.

Abby se sentó en el precioso vestíbulo y vio que tenía unas cincuenta llamadas perdidas, algunas de su padre, y montones de mensajes dándole la enhorabuena. ¿Dónde habían estado antes de esa victoria?

Apagó el teléfono, levantó la mirada y lo vio saliendo del ascensor. Llevaba pantalones negros, camisa blanca y corbata oscura, y llevaba la chaqueta en la mano. Además, se había afeitado… por ella. Se acordó del beso que se habían dado y de la reacción de ella. Tendría que analizar demasiados sentimientos en ese momento y decidió que se limitaría a intentar pasárselo lo mejor posible esa noche.

Matteo había dejado su coche y los condujeron al hotel de ella. Él, en vez de esperarla en el coche mientras se cambiaba, también fue al vestíbulo.

—Ahora me toca a mí esperar.

Matteo se sentó y la observó mientras se dirigía hacia el ascensor, pero el conserje la llamó, ella firmó algo y, unos minutos después, le entregaron un paquete y tomó el ascensor.

Abby entró en su habitación. Estaba aturdida por la euforia de haber ganado y su confesión sobre Hunter, pero si le costaba respirar un poco, era por el recuerdo del beso que se había dado con Matteo. Había sido increíble que Matteo la besara y le había mostrado un aspecto de sí misma que no sabía que tenía. ¿Importaba ya que le hubiese contado la verdad sobre Hunter? No había habido otro ni antes ni después de Hunter. Pensó en lo que había dicho él, que Hunter no contaba, y le gustó, aunque eso la convirtiera en una virgen de veintisiete años.

Sacó el vestido del armario y, dado todo lo que había pasado ese día, decidió que ese vestido era excesivo, muy excesivo. Era

insinuante, sexy y provocativo, todo lo que había esperado llegar a ser algún día, pero no todavía. Le asustaba su propia sexualidad, le asustaba que si se lo ponía esa noche, Matteo podría pensar que estaba tentándolo, para nada.

Sabía que estaba hecha un lío.

Abrió el paquete que le había dado el conserje y apretó los dientes cuando cayó una invitación de su padre para la recaudación de fondos. Era un tarjetón color crema que llevaba una nota.

Abby,
Como ya hemos hablado.

Ni una firma ni una despedida cariñosa, solo le recordaba que, si quería dinero para financiar el equipo, había una condición. Ya no necesitaba el dinero tan apremiantemente, pero su decisión de no asistir empezaba a flaquear. Al ver que Matteo y Allegra intentaban hacer lo que tenían que hacer por su abuelo, había caído en la cuenta de hasta qué punto se había desmoronado su familia, sobre todo, desde la muerte de su madre.

Desenvolvió el paquete y sacó un estuche de nogal. Soltó el pequeño cierre y la tapa se levantó. Se le doblaron las piernas y tuvo que sentarse en la cama mientras miraba el collar de su madre.

Era de plata con diamantes y esmeraldas, era hermoso, como había sido su madre. Lo levantó para que reflejara el sol del atardecer y pensó que, probablemente, era el mejor accesorio para el vestido. Era como una señal, no de que debería asistir al acto de su padre, eso ya lo decidiría más tarde, era como si su madre se hubiese acercado para felicitarla.

—Mamá…

Pensó en Anette, su madre, y en lo infeliz que había sido su matrimonio. Su padre era un hombre egoísta y despiadado y su madre, con toda su familia y respaldo en Francia, no había sido capaz de dejarlo. Había sabido que Hugo le amargaría la existencia si lo dejaba y se había conformado con una versión más soportable del infierno, un matrimonio por el bien de sus hijos. Había querido mucho a su madre, todavía la quería. Sabía que, si hubiese vivido, lo que había pasado con Hunter se habría resuelto de otra manera. Efectivamente, Anette había sido débil en lo relativo a su marido, pero no cuando se trataba de sus hijas.

Casi podía oír la voz de su madre que le decía que se pusiese el

vestido, que fuese quien era, no quien otros decían que fuese. Podía oír la voz de su madre. Tenía quince años cuando murió, pero recordaba una conversación muy larga y el consejo que le dio. No había tenido sentido ni en los momentos más sombríos, no había podido desentrañar las palabras de su madre. Había intentado ser ella misma y decir lo que pensaba, pero había que ver a dónde le había llevado eso. A los veintisiete años, sus palabras tenían mucho más sentido.

Se duchó, se recogió el pelo, se maquilló y, con las manos temblorosas, se puso unas bragas demasiado recatadas para ese vestido, pero que eran las únicas que tenía.

Luego, se puso el vestido y la sensación de la seda fresca en la piel hizo le ardiera la cara. Tenía toda la espada escotada y no podía ponerse ningún sujetador, así que se marcaban los pezones. No era indecente, era precioso. Se puso las sandalias planas que había llevado en la gala de Allegra y le quedaban mejor que los tacones con el vestido. No necesitaba tacones. Sacó el collar del estuche y supo que lo que necesitaba era eso. Distraía la atención de los pezones y hacía que sus ojos pareciesen más verdes todavía. Casi le asustaba ver su reflejo porque parecía sexy y no quería provocar al tigre, aunque confiaba en que Matteo no la mordería.

Era la sensación más contradictoria del mundo, pero, a pesar de todo lo que había pasado y de que solo contaba con la intuición, hizo caso a su propia voz. Iba a celebrarlo esa noche por todo lo alto.

Matteo esperó. Esa vez, esperó bastante más de media hora. Se preguntó si Abby estaría teniendo problemas para ponerse un vestido de tela vaquera y unas botas Doc Martens, pero, cuando empezaba a esbozar una sonrisa por la idea, se abrieron las puertas del ascensor y salió una belleza resplandeciente y algo cohibida. Llevaba un vestido de un tono plateado verdoso y alrededor del cuello estaba el motivo por el que se había puesto en contacto con ella en un principio, no en ese momento. La miró mientras se acercaba a él, demasiado nerviosa y cohibida para ser sexy, y ¿cómo le decía la verdad? Se olvidó de la amante perdida y se centró en el momento.

—Estás… —muchas veces, se quedaba sin decirle a Abby lo que quería decirle, pero no lo haría esa noche—. Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Además, él nunca se había sentido tan responsable hacia

alguien. Esa noche era la noche de ella.

Abby nunca había estado en un restaurante como ese. Tenía mesas con manteles blancos y velas en una playa privada. Era un restaurante al aire libre que combinaba la mejor comida con una puesta de sol tan roja como sus mejillas mientras los acompañaban a la mesa.

—¿Champán? —preguntó Matteo como si estuviesen empezando desde el principio.

Y estaban empezando desde el principio… Él ya sabía la verdad y, lo que era más importante, ella se sentía segura aunque bajara la guardia con él. Sabía que podía quedarse desnuda y bailar como una loca, y que él la dejaría sana y salva en su hotel.

—Me encantaría.

Les sirvieron champán y él levantó la copa para brindar.

—Por el equipo Boucher. ¡Enhorabuena!

Comieron un marisco delicioso y sus dedos se rozaron en los cuencos con agua perfumada. Coquetearon un poco, pero, sobre todo, charlaron y celebraron la victoria de ella.

—Pedro está contento —comentó Matteo.

—Por el momento —Abby asintió con la cabeza—. Llevo observándolo desde que él tenía unos dieciséis años. Sé que es bueno y está emocionado con la victoria porque no se quedará mucho tiempo en el equipo, y no puedo reprochárselo.

—¿Por eso tienes que ganar la Henley Cup este año?

Eso era Hunter. Abby titubeó y asintió con la cabeza.

—Se retira este año y quiero vengarme —reconoció ella—. Ya sé que, en teoría, es más sano perdonar…

Matteo resopló y le dejó muy claro lo que pensaba de eso.

—Vas a conseguirlo. Si no es este año, habrá otros. No centres tu vida en él.

—Lo sé.

—Concéntrate en que Pedro esté a gusto. Mímalo. Ya tienes una victoria.

—El año pasado quedó quinto aquí —comentó Abby—. Fue nuestra primera carrera y debería haber quedado muy rezagado, pero pasó algo, como hoy. Es un genio y ya lo sabe todo el mundo. A la noche siguiente, después de que quedara quinto, me llevó a cenar. Él tenía veinte años recién cumplidos y yo era su directora, pero él se hizo cargo de la cuenta y yo supe que iba a comunicarme algo. Me dijo que el equipo Lachance ya le había

tentado. Hicimos un trato y le pedí ese año, por la Henley Cup.

—Las cosas han cambiado —replicó Matteo—. Forma parte de un equipo ganador y es un equipo de verdad, un equipo que progresa. La chusma de Lachance sigue aferrada a la vieja fórmula. Recuérdaselo.

—Lo haré. Pedro quiere llevarte a dar una vuelta por el circuito cuando vayamos a Milán.

—No, gracias.

Abby arqueó las cejas por la sorpresa. Ella había pensado que, dada su personalidad temeraria, no desperdiciaría la ocasión, pero la había rechazado…

—Gracias por todo —replicó ella.

Abby se alegró de que estuviese oscureciendo y de que, con un poco de suerte, él no podría ver que le abrasaba el rostro.

—¿Por qué?

—No había tenido nunca un ataque de pánico. Creí que iba a morirme.

—Ya te dije que no te morirías.

—¿Dijiste que también le pasaba a tu hermana?

Matteo asintió con la cabeza, pero no dijo nada más.

—No me imaginé que reaccionaría así. Naturalmente, ya lo he visto otras veces por aquí.

A Matteo no le gustó y frunció el ceño.

—Participamos en las mismas carreras —siguió ella—. Siempre me cercioro de que estamos en hoteles distintos. Solo lo veo en el circuito y, normalmente, me da igual. Bueno, no tanto, pero nunca me había pasado algo así.

—Hoy estaba enfadado, aunque intentaba disimularlo.

—Sí.

—Y supongo que eso te recordó algo.

—Supongo —reconoció Abby—. No soporto que me haya traumatizado tanto.

—No lo creo. Tu equipo ganó y tú estás encauzándote.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Ella ya había hablado mucho, pero lo había dicho; no había habido nadie desde Hunter.

—Es cuestión de tiempo —replicó él.

—¡Han pasado nueve años!

—¿Cómo puedes dormir? —preguntó él con una sonrisa—. Yo necesito una copa o relaciones sexuales. A ser posible, las dos cosas —él se quedó pensativo un instante—. No eres frígida. Si no hubiese habido cien mil personas mirando, podría haberte poseído

esta tarde.

—¡Circunstancias excepcionales!

Él lo decía en un tono tan flemático que hacía que todo pareciera un poco más fácil, pero ella sacudió la cabeza por lo imposible que era.

—Él ha hecho que tenga un lío en la cabeza.

—Todos estamos hechos un lío, Abby.

—Tú, no.

—Claro que sí. Toda mi familia lo está.

—¿Porque tus padres murieron? —le preguntó Abby.

—Por cómo vivieron.

Entonces, fue Abby quien se quedó sin saber qué decir.

Matteo jamás se había abierto a nadie. Podía pasarse horas hablando sin revelar casi nada de sí mismo, pero, después de todo lo que ella le había contado ese día, le parecía mal contenerse. La miró, era impresionante por fuera y estaba deshecha por dentro, y le pareció injusto que creyera que ese hombre refinado y despreocupado que estaba delante de ella no tenía recuerdos sombríos.

—¿Sabes por qué no he querido que Pedro me lleve a dar una vuelta?

Ella negó con la cabeza.

—Porque me aterra la idea de que alguien me lleve en coche a toda velocidad.

—¿Y no te aterra montar en un caballo de carreras de pura raza? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Cuando yo tenía cinco años, mi padre me despertó una noche. Ahora, cuando lo recuerdo, sé que había inhalado cocaína, pero entonces no sabía nada de drogas. Solo sabía que había veces que lo evitábamos y que esa era una de esas veces. Había ganado un coche —Matteo se quedó un momento rememorando su desconcierto porque lo había despertado—. Teníamos un montón de coches, pero él tenía que enseñarme ese. Me llevó al garaje; recuerdo que era un coche plateado. Me contó lo veloz que era y todas esas cosas y me dijo que me montara. Yo me monté… —Matteo miró a Abby y, seguramente, estaba más aturdido que entonces—. Ni siquiera comprobó si me había puesto el cinturón de seguridad, lo puso en marcha y salimos disparados.

—¿Adónde?

—A todos lados —contestó Matteo—. Fue la noche más larga de mi vida, cambiábamos de carril, dábamos volantazos… Me oriné encima —reconoció Matteo—. Iba cada vez más deprisa

entre gritos y risas. Juro que supe que íbamos a morir, pero, no sé cómo, conseguimos volver a casa. Unas semanas después, tuvieron una pelea monumental y mi padre se puso hasta arriba. Mi madre se montó en el coche, al parecer, para resolver definitivamente las cosas. Dicen que el coche derrapó, pero siempre me pregunto…

—¿Si ella pasó tanto miedo como tú?

—Sí. Ella ya estaba… limpia por entonces, bueno, aparte de… —él vio que ella fruncía levemente el ceño—. Créeme, casi deseo que no lo estuviera. No puedo soportar la idea de que estuviera tan sobria y asustada como lo estuve yo aquella noche.

—¿Qué dicen tus hermanos?

—Hay cosas de las que no hablas. Hablamos de otras cosas, pero todos sabemos que el pasado está ahí. Estoy seguro de que ellos tienen sus recuerdos y sus cuestiones pendientes. Jamás le había contado a nadie nada sobre aquella noche —él esbozó una sonrisa forzada—. Por eso, dile a Pedro que se lo agradezco, pero que no voy a aceptar su oferta.

Matteo le sirvió a ella el champán que quedaba.

—Basta ya de cosas tristes —siguió él—. Deberíamos estar celebrándolo.

Bailaron en la playa y ella no celebró solo que hubiese ganado, que hubiese salido con su vestido sexy y el collar, que hubiese bebido champán tranquilamente, aunque alterada entre sus brazos, celebró que ese hombre, hermético en lo emocional, le hubiese contado algo sobre sí mismo, algo que no sabía ni siquiera su familia. Para ella era, sin duda, el final perfecto para un día perfecto.

A Matteo le pareció menos perfecto. No el día ni la noche, sino lo que había averiguado. Lo que le había pasado a Abby era imperdonable, no solo el acto en sí, sino las consecuencias que había tenido para ella. Por primera vez en su vida, que él pudiera recordar, quiso dar un paso al frente, pero eso supondría ofrecer más de lo que había jurado que haría. Recordó el beso que se habían dado y pudo sentir la atracción, pero también sería imperdonable hacerle creer que podía mantener una relación con ella, aunque fuese muy corta. Por eso, cuando la música termino, Matteo hizo lo que había prometido; la llevó a su hotel sin más.

Capítulo 6

Abby se despertó, se estiró, miró el vestido plateado que estaba encima de una butaca y se sintió más desconcertada que nunca. Matteo la desconcertaba casi tanto como ella se desconcertaba a sí misma. Lo deseaba, claro que lo deseaba, y la noche anterior había sido perfecta, completamente perfecta menos por una cosa.

Cuando terminó la noche, cuando la llevó al hotel, Matteo no le había dado ese beso sensual que le había dado después de la carrera. Le había dado un beso fugaz en la mejilla, como si estuviese despidiéndose de una tía anciana y con bigote.

Era posible que todo lo que le había contado hubiese sido un poco excesivo para él y Matteo no estaba dispuesto, ni mucho menos, a abrirle los ojos. Le había dejado muy claro que nunca tenía relaciones sentimentales y la verdad era que ella nunca se plantearía tener una relación esporádica, ¿o sí?.

Estaba tumbada en la cama, en pijama, y se preguntaba cómo sería acostarse con Matteo. La verdad era que lo había pensado muchas veces en la cama desde la noche que lo conoció.

Sin embargo, llamaron a la puerta y, en vez de seguir pensando en eso tan agradable, se tapó con las sábanas y dio permiso para que entraran. No era el desayuno, era solo el café que había pedido porque tenían un desayuno oficial al cabo de menos de una hora.

Se preguntó en qué estado estaría el equipo esa mañana.

Se vistió. Ser una mujer en ese mundo tan masculino tenía algunos inconvenientes y la indumentaria del equipo Boucher era uno de ellos. Pantalones de hombre verde botella, camisa verde botella, un cinturón negro y unos zapatos planos también negros.

Bajo al restaurante y allí estaba el equipo, con mala cara, pero también vestidos de verde botella.

—¿Qué tal anoche? —preguntó Abby.

—Kedah es una mala influencia —contestó Pedro—. Todavía tengo alucinaciones.

—No dejes de sonreír —le aconsejó Abby.

—¡Kedah también quiere patrocinarnos! —exclamó Pedro.

El desayuno fue muy largo, sacaron muchas fotos y, además, le

hicieron muchas entrevistas al pobre Pedro.

—¿Qué tal está Pedro?

Abby dio un respingo al oír la voz de Matteo.

—Muy bien —contestó ella—. No esperaba verte esta mañana.

—Hablaremos luego. Solo quiero charlar un rato con Pedro.

Tardó un siglo en decirle a Pedro lo que quería decirle, fuera lo que fuese, y por fin volvió con ella.

—¿Podemos ir a algún lado?

Abby asintió con la cabeza. Él tenía una expresión profesional y parecía cansado. Encontraron una mesa, ella pidió té y Matteo pidió lo mismo.

—Parece como si no hubieses dormido —comentó Abby.

—No he dormido —reconoció Matteo—, y mi abogado tampoco.

Abby frunció el ceño.

—Voy a participar —siguió Matteo.

—¿Oficialmente?

—Sí —él le entregó un contrato muy extenso—. En cuatro palabras, seré tu patrocinador durante los próximos dieciocho meses. Tú puedes echarte atrás cuando quieras, pero yo no. Sin embargo, estúdialo con calma.

Ella ojeó las primeras páginas, vio las cifras de las que estaba hablando y ni se le pasó por la cabeza la idea de echarse atrás.

—¿Qué sacas tú? —le preguntó Abby.

—El nombre Di Sione en tu coche, en Pedro y en tu espantosa camisa… —Matteo le miró la indumentaria—. ¿Podemos añadir una cláusula sobre tu ropa? Llevas la misma que los hombres.

—¡Sí, podemos! —Abby sonrió—. ¿Qué más?

—Hay mucho más. Abby, me encanta el mundo de las carreras, entiendo por qué estás completamente enganchada.

—No siempre es tan bueno —le avisó ella—. En realidad, nunca ha sido así y podría no volver a serlo.

—Lo entiendo. Acabo de hablar con Pedro y, cuando estemos en Nueva York, lo llevaré a que se compre un coche. Yo me ocuparé de su vanidad —Abby resopló con alivio—. Tú puedes concentrarte en los coches.

Le parecía demasiado bueno para ser verdad y esperó a que Matteo desvelara la trampa mientras seguía hablando.

—Ahora, estudia el contrato y coméntame cualquier duda que tengas, pero quiero que sepas que voy a participar independientemente de lo que pase entre nosotros.

Abby levantó la mirada del contrato que estaba leyendo. Hasta

ese momento, todo había sido un trato empresarial, pero la había trastocado.

—¿Nosotros…?

—¿Tengo que deletreártelo?

—Creo que sí.

—Yo no tengo relaciones sentimentales. No las he tenido nunca y no voy a tenerlas, pero creo que los dos sabemos que esto va a acabar en la cama.

—Yo no lo sé —replicó Abby en tono airado.

—Claro que lo sabes. Además, como te dije el día que nos conocimos, soy muy paciente. Tampoco te pongas nerviosa por ganar la copa. Quiero que sepas que, cuando hayamos terminado y no nos soportemos el uno al otro, yo seguiré ahí por el equipo.

Lo decía en serio. Se había pasado casi toda la noche y parte de la mañana hablando con su abogado e intercambiándose correos electrónicos con él. Además, también había estado pensando en Abby. Era imposible que los dos tuvieran un porvenir juntos, pero sí podía vislumbrar un porvenir para ella y sabía que podía ayudarla.

—Matteo…

—Tengo que marcharme. Me vuelvo a Nueva York. Mañana tengo una reunión importante. Ya sé que todo el mundo piensa que no hago nada, pero trabajo.

Acababa de ofrecerle millones como patrocinador y unas lecciones de sexo además y se largaba…

—Toma la píldora —siguió él—. Yo me haré un reconocimiento médico.

—¿Un reconocimiento médico?

—La verdad es que no hace falta —contestó Matteo—. Siempre uso preservativo, pero no lo haré contigo —él le sonrió y ella se estremeció entre las piernas—. No queremos interrupciones, nada de paradas en boxes para cambiar las gomas —ella tuvo que sonreír aunque fuese un tema que le incomodaba.

Entonces, Pedro se acercó a ellos.

—¿Te pasa algo, Abby? —le preguntó porque, con toda certeza, estaba roja como un tomate.

—No, estoy bien.

—Bueno, te he dado muchos temas para que los pienses —intervino Matteo en su tono más profesional—. Nos veremos en Milán.

¡Faltaba un mes!

—Como ya te he dicho, no vas a sentir mi aliento en el cogote

—añadió Matteo.

Le estrechó la mano, estrechó la de Pedro y desapareció.

—Matteo me ha dicho que podré disponer de su avión durante una semana si gano la Henley Cup —comentó Pedro—. Es mi hombre.

—Ni lo toques —replicó ella.

Los dos se rieron y fue la primera vez que ella se reía con un amigo por algo tan sencillo y elemental.

Capítulo 7

Matteo hizo exactamente lo que había prometido y no se entrometió lo más mínimo. Ella recibió algunos correos de una secretaria virtual con itinerarios de vuelos y cosas así. Firmaron el contrato. El jeque Kedah también quería patrocinarlos, pero lo que más le desconcertaba era que se había hecho un reconocimiento pélvico y que había salido de la clínica con seis paquetes de píldoras anticonceptivas.

Todavía no sabía qué pasaría entre ellos y no era porque fuese ingenua o tímida. Estaba completamente loca por Matteo, pero también lo estaba por su trabajo. Sabía que el vértigo de estar con Matteo sería maravilloso, pero también le habían advertido claramente de que sería esporádico. Era una mala perdedora y por eso había llegado hasta donde había llegado en el mundo de las carreras. Perder a Matteo, o, mejor dicho, el coqueteo, la amistad y la diversión… Bueno, era algo que valoraba mucho y no estaba segura de que quisiera enredar con lo que tenían. Además, él era temerario. Cuanto más lo conocía, cuanto más leía sobre él, más disoluta le parecía su vida.

Aun así, le alegraba saber que los vuelos estaban reservados y, sin ese peso encima, nunca se había centrado tanto en la próxima carrera.

Incluso, una mañana, mientras Matteo y Pedro iban de compras, había encontrado tiempo para tomar un café con su amiga Bella. Como era ingeniera en el equipo Carter, tenían la norma, muy estricta, de no hablar de sus coches, pero le encantaba verla.

—¿Todavía estás en una nube después de Dubái? —le preguntó Bella con una sonrisa.

—Creo que todos estamos intentando concentrarnos en Milán, pero sí —reconoció ella—. Todavía estamos maravillados.

—¿Y puede saberse cómo has conseguido que un Di Sione sea vuestro patrocinador? —Bella no pudo evitar preguntárselo—. No voy a contar los detalles, pero sabrás que todo el mundo está desconcertado. ¿Quién no querría tener a un Di Sione como patrocinador? Aunque sea uno tan desenfrenado como Matteo.

—Ha sido suerte —Abby sonrió—. Creo que le gusta correr riesgos y, dada nuestra nueva situación, somos el mayor riesgo de todos.

—Creo que él es el riesgo, no vosotros —Bella puso los ojos en blanco—. Una portada otra vez.

Abby frunció el ceño y Bella gruñó en voz baja.

—Lo siento, creía que ya habrías visto la noticia. Está en todos lados.

Bella le dio su teléfono a Abby. Allí estaba Matteo mirando a la cámara, pero en esa imagen, en vez de llevar el traje de rigor y la mirada de cansancio que llevaba cuando salía de un casino, le indicaba que medía un metro ochenta y ocho centímetros. Era la foto de una ficha policial.

Ojeó el artículo por encima y se enteró de que habían detenido a Matteo después de una pelea en un restaurante muy exclusivo. La dirección del restaurante no había tenido más remedio que llamar a la policía y los dueños estaban impresionados y desolados.

—Así es Matteo.

Abby se encogió de hombros, le devolvió el teléfono y consiguió esbozar media sonrisa mientras ponía los ojos en blanco aunque se sentía abatida. Matteo debería recoger a Pedro y el joven piloto había estado muy ilusionado de pasar el día con él. Sin embargo, no le abatía solo que hubiese defraudado a Pedro. Matteo creaba el caos. Por lo que parecía, no se conformaba con salir a cenar tranquilamente, tenía que acabar en una comisaría.

¡Y ese era el hombre con el que estaba pensando acostarse!

No, ya, no. No sabía qué decir. No podía contarle a Bella lo loca que estaba por él ni lo decepcionada que se sentía. En vez de eso, llamó a Pedro, pero, como no pudo hablar con él, tiró la toalla e hizo todo lo que pudo para olvidarse de Matteo y del último lío en el que se había metido. Hablaron de todos los equipos, menos de los suyos, y Bella también le contó que salía en serio con alguien.

—¿Del mundo de las carreras? —le preguntó Abby.

—¡No! —Bella sacudió la cabeza—. Tuve que cambiarle la batería del coche —Bella se rio—. No tiene ni idea y eso me parece perfecto. Dejo el amor completamente al margen del trabajo, ya he salido escaldada muchas veces en el pasado.

Abby pensó, mientras volvía en coche a casa, que le vendría muy bien recordarlo.

Al día siguiente volarían a Milán. Una vez allí, volverían a

montar el coche, que se había desmontado y enviado después de la carrera de Dubái, y empezarían los entrenamientos. Tendrían que poner a punto el coche y ella haría las modificaciones pertinentes para esa carrera concreta. En ese momento, sin embargo, tenía una noche para relajarse. Aunque no podía.

Puso el noticiario y lo primero que vio fue la foto de su ficha policial. Maldito Matteo. Apagó la televisión y se levantó de un salto del sofá cuando oyó que llamaban a la puerta. Allí estaba Pedro, un Pedro con un aspecto muy distinto.

Se había cortado el pelo, llevaba un traje impecable y, a juzgar por las llaves que tenía en la mano, era el propietario de un coche a la altura de alguien que pronto iba a convertirse en una leyenda de las carreras.

—Entonces, ¿has salido con Matteo? —Abby se olvidó de su enojo y sonrió mientras entraba Pedro—. ¿Qué tal fue?

—Fantástico.

—He intentado hablar contigo.

—Me dejé el teléfono en casa de Bernadette. Iba hacia allí.

—¿Qué pasó con Matteo? —ella no pudo evitar preguntárselo —. Vi en las noticias que lo detuvieron.

—Y lo soltaron sin cargos —Pedro se encogió de hombros mientras entraba en la sala—. Un tipo estaba discutiendo con su mujer y se puso agresivo. Matteo intervino y el tipo descargó toda su ira sobre él. Abby, quería pedirte una cosa. ¿Puede venir Bernadette a Milán?

Ella supuso que Matteo le había aconsejado a Pedro que se lo pidiera. Pedro había querido llevar a Bernadette la vez anterior, pero el presupuesto había sido tan increíblemente ajustado que las novias y esposas no habían podido ir. En ese momento, las cosas eran muy distintas.

—Claro —Abby asintió con la cabeza.

Quería que Pedro se quedara y que le contara todo el día que había pasado con Matteo, o, al menos, algo que Matteo hubiese mencionado de pasada. Sin embargo, se marchó enseguida para enseñarle el traje y el coche a Bernadette y para contarle la noticia. Ella se pasó el resto de la noche preguntándose si le llamaría Matteo. No la llamó.

Por eso, cuando el equipo estuvo preparado para volar a Milán, ella estaba nerviosa por verlo. Se sentía un poco como una profesora en un colegio de chicos mientras se montaban en el avión de Di Sione. Todo el mundo estaba muy animado, menos ella porque no había ni rastro de Matteo. Se sentó en una amplia

butaca de cuero y puso los ojos en blanco mientras Pedro recorría el avión.

—¿Quién se queda con la suite?

—¡Tú! —contestó la azafata con una sonrisa.

Entonces, Abby supo que Matteo no los acompañaría.

Echó una ojeada a Milán desde la lujosa furgoneta que los llevó del aeropuerto al hotel. Ella sabía en qué hotel se alojaba el equipo Lachance y eligió otro, como hacía siempre para tener una preocupación menos.

Todo el mundo se registró, pero ella se quedó hasta que se fueron a sus habitaciones y le preguntó al recepcionista si había algún mensaje para ella. No había ninguno.

—¿Ha llegado ya Matteo di Sione? —tuvo que preguntar ella.

—No.

—¿Sabe cuándo va a llegar?

—No podemos darle esa información.

—Soy compañera. Una buena compañera.

—Entonces, pregúnteselo usted —replicó el recepcionista con una sonrisa imperturbable—. ¿Puedo ayudarla en algo más?

Era una semana muy atareada y no tenía tiempo para pensar en Matteo y en cuándo llegaría, si llegaba. A pesar de la increíble victoria, sabía que era muy poco probable que fuese a repetirse. Pedro ya había corrido en el circuito de Dubái, pero no en el de Milán. Aunque lo habían repasado una y otra vez y habían visto una infinidad de carreras anteriores, notaba la tensión de Pedro.

—No debería haber traído a Bernadette —le reconoció antes de ponerse el casco para dar unas vueltas de reconocimiento—. Va a verme llegar el último.

—No pienses en eso —replicó ella.

—Acabo de recibir un mensaje de Matteo para desearme suerte.

Era más que lo que había recibido ella.

—Tengo la sensación de que no voy a quedarme su avión durante una semana.

—Escucha. Ganaste el mes pasado y eso no te lo quita nadie.

—Sí, pero ahora tengo que demostrar mucha más cosas. Hunter dice que fue de chiripa. Estaba hablando tan alto en recepción que pude oírlo.

Abby tomó aire para serenarse. Al parecer, había habido algún problema con la seguridad del hotel del equipo Lachance y se

habían trasladado al mismo hotel donde estaba el equipo de Abby. Aun así, su propio nerviosismo por eso no era el problema en ese momento.

—No escuches nada de lo que diga Hunter —le ordenó Abby con firmeza—. Ni siquiera lo mires. Llévate un dedo a la cabeza cada vez que lo pases. Es posible que no sea hoy, pero eso es lo que harás cuando lo pases a lo largo de tu carrera.

Lo mismo que haría ella.

Las vueltas de entrenamiento no salieron especialmente bien y ella tuvo que dedicar mucho tiempo a tranquilizar a Pedro, quien estaba especialmente inquieto. Sin embargo, a las seis él volvió al hotel para cenar algo y acostarse temprano. Ella se quedó trabajando y haciendo modificaciones en el coche hasta tarde. Cuando volvió al hotel, estaba hambrienta y cansada y, desde luego, no tenía el aspecto que le habría gustado tener cuando Matteo la viera, pero allí estaba, registrándose en la recepción.

Ella pasó de largo. Llevaban un mes sin contacto alguno y no sabía cuál era su situación. Fue hasta el ascensor, apretó el botón y esperó.

—¿Ya no saludas? —le preguntó Matteo.

Ella se dio la vuelta y sonrió mientras él se acercaba.

—No sabía si querrías subir a tu suite y tumbarte.

—Lo quiero —reconoció Matteo con un bostezo—. ¿Qué tal la preparación de la carrera? —le preguntó él mientras se montaban en el ascensor.

—No ha sido el mejor de los días —Abby suspiró— Pedro está convencido de que ha ganado demasiado pronto, aunque parece que ya está más tranquilo.

—Sí, ya vi la rueda de prensa. Parecía como si estuviese a punto de vomitar. ¿Qué has hecho tú?

—He estado trabajando en el coche —el ascensor se paró en el piso de ella—. ¿Quieres cenar algo?

—Voy a llamar al servicio de habitaciones —contestó Matteo —. ¿Quieres subir a mi…? —él no siguió—. Perdona, lo he dicho sin querer.

Le había parecido la solución natural. Él estaba hambriento y cansado y había supuesto, dada la hora, que ella estaría igual. Sencillamente, no quería complicaciones y bajar al restaurante. Creyó que ella se había ofendido, pero Abby sonrió por su incomodidad.

—Matteo, no pasa nada. El servicio de habitaciones me parece perfecto. Estoy muriéndome de hambre.

Abby pensó que, en realidad, era lo mejor que podría haberle dicho. Uno de los inconvenientes de revelar unos secretos tan delicados era que tenía consecuencias. Había temido que él la mirara de una forma distinta o cambiase de opinión sobre ella, pero no le daba mayor importancia y eso le encantaba.

Fueron a su suite. Todo era mejor en su mundo. Ella había creído que había reservado la mejor suite para Pedro, pero, evidentemente, había otras para quienes eran como los Di Sione.

Era enorme, parecía más un piso que la habitación de un hotel. Tenía las contraventanas abiertas y se veía una vista impresionante de Milán, pero Matteo fue a cerrarlas.

—Estoy harto de vistas.

Ya habían llevado sus maletas y un mayordomo estaba guardando las cosas, pero se detuvo y le preguntó a Matteo si quería beber algo.

—Sí, por favor.

Allí, al contrario que en la nevera de la habitación de Abby, había un decantador que, seguramente, estaría lleno con el coñac preferido de Matteo. Sin embargo, Abby negó con la cabeza cuando se lo ofrecieron.

—Me encantaría un refresco.

—A mí también —añadió Matteo.

Les sirvieron sus bebidas enseguida y se quedaron solos, Abby con su refresco helado y Matteo con sus dos bebidas favoritas. Se bebió el refresco y paladeó el coñac mientras le preguntaba por las vueltas de entrenamiento.

—Tengo que reconocer que no espero que se repita lo de Dubái.

—Pedro conocía aquel circuito.

Abby asintió con la cabeza y con alivio de que él lo entendiera.

—Sin embargo, estoy preocupada. Hemos ganado una vez y hay mucha expectación.

—No por mi parte. He llamado a Pedro y le he dicho que cuente con mi avión durante una semana independientemente de lo que pase el domingo. También le he sugerido que se lo diga a Bernadette después de la carrera, termine en el puesto que termine.

Matteo se quitó la chaqueta y los zapatos.

—Pareces cansado —comentó ella.

—Lo estoy. Ha sido una semana infernal —Matteo bostezó—. Cosas de familia.

—Y además te detuvieron. ¿Qué tal el calabozo?

—Como siempre —contestó Matteo encogiéndose de hombros.

No quería pensar en aquella noche. No porque lo hubiesen detenido, sino por la pelea que había presenciado mientras iba al cuarto de baño. ¿Habría mirado hacia otro lado si Abby no le hubiese contado lo que le pasó a ella? No. Quizá hubiese llamado a la dirección del restaurante o… No lo sabía. Solo sabía que lo había visto todo rojo, que había separado a un hombre furioso de su pareja y que le había dicho que descargara su rabia sobre alguien que tuviera alguna oportunidad. Aquel malnacido había aceptado su oferta.

Aun así, su familia y aquella noche no eran lo que tenía en la cabeza. Había sido un mes muy largo a pesar de la detención y de que hubiese salido muchas noches. Un mes muy insulso.

Había querido descolgar el teléfono y llamar a Abby muchas veces, o montarse en un avión. Tenía que andar con pies de plomo porque el sexo era la parte fácil para Matteo. Los abogados se habían ocupado del contrato y estaba cerrado. Lo que no sabía manejar eran los sentimientos. No podía quitarse a Abby de la cabeza y quería pasar el tiempo con ella. Sin embargo, sabía cuál era su reputación y no quería enviar mensajes equívocos, como lo mucho que la había echado de menos y que no podía quitársela de la cabeza.

Por eso, se levantó y ojeó la carta del restaurante, pero levantó la mirada cuando Abby, que estaba yendo de un lado a otro, se vio en el espejo y soltó un grito. Tenía la cara manchada de aceite.

—Creo que debería darme un baño y cambiarme antes de cenar —comentó Abby.

—Date el baño aquí… —Matteo no siguió e hizo una mueca de fastidio—. Quería decir…

—Lo sé —le interrumpió Abby—. Sé que estar en tu habitación debería ser violento para mí después de lo que te he contado, pero sinceramente, Matteo… —ella se encogió de hombros sin saber cómo decirlo— no lo es.

No se sentía nerviosa cuando estaba con él, se sentía así cuando no lo estaba.

—Matteo, ¿te pasa algo? —le preguntó ella porque se comportaba de una forma muy rara.

—Sí —reconoció él, acercándose a ella—. Así quería haberte saludado —él la rodeó con los brazos y la besó con delicadeza—. Te he echado de menos.

—Podrías haberme llamado.

—Creí que querías un patrocinador que no se metiera en todo.

En ese momento, él tenía las manos en su cintura y ella podía notar la calidez de sus palmas.

—No tienes que llamar solo para hablar del equipo.

—Lo sé, pero tampoco soy de los que llaman para ver qué tal te ha ido el día.

Era todo lo sincero que podía ser sobre algo que no entendía de verdad porque nunca había sentido la necesidad de estar en contacto con alguien por el mero hecho de estarlo.

—Además, si llamo una semana y no a la siguiente… —Matteo se encogió de hombros con cierta tensión—. No hago esas cosas.

Esa era la diferencia. A Matteo le costaba comprometerse a llamar una vez a la semana. Sus cabezas estaban en universos completamente distintos. Tal y como se sentía ella, una llamada a la hora sería poco.

—Ahora tienes aceite en la cara —comentó Abby mientras se separaba un poco para ver el desastre que le había hecho en la camisa.

—Date un baño. Dátelo abajo o dátelo aquí, pero estoy molido y voy a cenar en la cama, y tú no vas meterte manchada de aceite.

—¿No dormiste en el avión?

—No. Tenía que trabajar.

Él la soltó, tomó la carta y la leyó.

—Algunas veces, lo único que necesitas en un buen entrecot.

—Me parece muy bien —replicó ella—. El mío bastante hecho.

—Ignorante.

Él llamó y pidió la cena mientras Abby iba al cuarto de baño. Efectivamente, era un placer quitarse esa ropa sucia y meterse en una bañera profunda y perfumada, y saber que la cena estaba de camino y que Matteo estaba esperándola. Se quedó con los ojos cerrados, disfrutando de la sensación del agua y de la voz de Matteo, que charlaba por teléfono al otro lado de la puerta. Entonces, oyó que llamaban a la puerta de la suite y que la cena había llegado. Salió de la bañera. Había sido mágico. Estaba limpia y perfumada y toda la tensión del día se había disipado. Se puso un albornoz y se pasó el peine por el pelo. Salió del cuarto de baño y vio que Matteo no estaba en la sala, pero no tardó en encontrarlo. Estaba tumbado encima de la cama con un carro plateado al lado y se había quitado la camisa.

—Estaba manchada de aceite —le explicó él mientras ella intentaba no mirarle el torso desnudo—. Además, yo tengo que dormir en esta cama y tú no.

—Estoy muy acostumbrada al olor del aceite.

Entonces, como si él le hubiese dicho que pronto sería la hora de cierre en la suite Di Sione, ella se relajó. Le cena olía de maravilla y ella le entregó su entrecot poco hecho, y no pudo evitar mirarle el pecho. Era delgado, pero musculoso y se fijó en un ligero moratón, que supuso que era de la pelea del otro día.

—¿Qué tal el hombro? —le preguntó ella.

—Ya puedo moverlo casi completamente.

Hasta eso le parecía insinuante. Abby tomó su plato, rodeó la cama y se subió.

—Me encanta cenar en la cama —comentó Matteo echando pimienta a su entrecot.

—Creo que yo no lo he hecho jamás —Abby lo pensó un instante—. Bueno, menos cuando he estado enferma.

—¿Conoces esa sensación de querer estar tumbado? —le preguntó él—. Una vez pensé abrir un restaurante solo con camas. Dante y Dario me disuadieron.

—¿Tus hermanos?

—Son mucho más listos que yo y crearon Libertine.

—¿La aplicación para los ricos?

Abby había oído hablar de ella. ¡Esa familia estaba metida en todo!

—Sí, te proporciona lo que quieras siempre que puedas pagarlo. En cualquier caso, acepté su consejo de que mi restaurante con camas no era la mejor idea, aunque sigo creyendo que podría salir bien.

—Nadie se marcharía nunca —comentó Abby con una sonrisa.

Ella no quería marcharse.

—¿Qué me cuentas de…? —Matteo había estado a punto de preguntarle por su hermana, pero se acordó de que era su padre quien le había hablado de ella—. ¿Qué me cuentas de ti? ¿Tienes hermanos?

—Una hermana mayor. Se llama Annabel y nunca nos hemos llevado bien.

—¿Por qué?

—Porque, al parecer, yo complico las cosas. Ella está casada con mi padre —Abby puso los ojos en blanco—. Bueno, no con mi padre exactamente, pero…

—Me hago a la idea.

—Está embarazada —siguió Abby—. Es su primer hijo. A finales de octubre seré tía y no he visto a mi hermana desde hace años.

—¿En absoluto?

—Hablamos por teléfono en Navidad y esas cosas, pero he estado alejada de casa desde hace mucho tiempo.

—¿Años?

Ella asintió con la cabeza, pero no dio más explicaciones. No quería estropear esa noche con otras personas que no fuesen ellos dos. Era muy agradable comer, estar tumbados y charlar.

Como era tan agradable y estaban tan relajados, Matteo intentó decirle algo de lo que tenía en la cabeza. Los Orígenes de Ellos Dos, como lo llamaba él.

—Tu collar…

—No es mío —le interrumpió ella—. Es de mi padre.

—Sí, pero…

Él titubeó un instante y ella siguió hablando.

—Mi madre se lo dejó a él. Tiene un acto muy importante en julio y me ha dicho que quiere que vaya, que esté presentable y que lleve el collar.

Matteo tragó saliva.

—Sin embargo, no voy a ir.

—¿Por qué? —preguntó él con alivio.

—La verdad es que no nos hablamos. Bueno, desde… —ella no quería volver a hablar de ese asunto y cambió un poco el tema—. La misma noche se celebra una gran fiesta en Los Ángeles. Estarán todos los que hayan quedado entre los tres primeros en la Henley Cup y ya tengo un motivo para no asistir a la de mi padre —ella lo miró—. Tú también deberías ir.

—¿Por qué?

—Eres el patrocinador.

—¿Y?

El alivio porque ella no iba a ir al acto de su padre y por sentirse libre había hecho que se olvidara de los problemas que los atosigaban y empezó a jugar con el cinturón de su albornoz. Había decidido que le hablaría de su padre y el collar, pero lo haría en un momento mejor. Quizá, después de la carrera.

—¿Has pensado en lo que te dije de nosotros dos?

—Sí.

Ella contestó con toda la despreocupación que pudo, como si no hubiese pasado horas dándole vueltas a lo que había dicho. Ese era el momento de decirle que era la más disparatada de las ideas, pero estaban de costado, se miraban y sus dedos habían encontrado la protuberancia de su pezón a pesar del mullido albornoz y estaba acariciándoselo.

—¿Y? —le preguntó Matteo.

—No lo sé —reconoció ella.

—Mejor. Al menos, es un punto de partida.

Lo era. Ella podía notar sus dedos en lo más alto del pecho, pero, cuando la besó, posó toda la mano y la calidez de la palma fue deliciosa. Fue un beso distinto al que se habían dado antes. Ese era un beso sexy y ella le recorría el torso desnudo con las manos. Era extraño que tuviese veintisiete años y nunca hubiese hecho eso con un hombre. Él pasó una pierna por encima de las de ella y volvió a agarrar el cinturón del albornoz, pero no se lo soltó. Ella quería que lo hiciera y se arrepintió de haber hecho un nudo doble.

Matteo bajó los labios por su cuello y ella bajó las manos por el abdomen granítico hasta que llegaron al cinturón. Estaba deseando bajarlas más todavía, pero se contuvo. Él tenía una paciencia infinita, pero eso no lo inmunizaba contra el deseo y, si ella hacía el más mínimo gesto para detenerlo, se detendría. Sin embargo, siguieron besándose, le abrió el albornoz y sus pechos desnudos se encontraron.

—No me metas prisa —comentó Abby aunque era lo contrario de lo que sentía.

—Voy a echarte dentro de cinco minutos —replicó Matteo.

Entonces, tomó su mano y la puso donde ella quería tenerla. Su lengua acarició la de ella y lo tocó por encima de la tela. Era duro y turgente y anhelaba liberarlo, pero abrió los ojos y se encontró con su mirada.

Lo deseaba, pero también deseaba más. Más de lo que Matteo podría darle.

—No quiero crearte falsas ilusiones si no… —dijo Abby.

—Puedes creármelas cuando quieras.

—Voy a bajar —ella seguía tocándolo y la sonrisa de él hizo que ella también sonriera—. A mi habitación, quería decir.

—Lo sé, pero uno puede soñar.

Él hacía que se sintiera sexy, tanto que quería hacer lo que había insinuado.

Matteo pudo notar que Abby se bajaba de la cama a regañadientes y le pareció casi una victoria. Nunca había entendido cuando alguien decía que la espera había merecido la pena. Él nunca esperaba a nadie, sus impulsos nunca duraban tanto y los seguía cuando quería. Sin embargo, esperarla a ella sí merecería la pena.

Abby fue al cuarto de baño para recoger su ropa y Matteo la llamó.

—Abby, no puedes ponerte eso otra vez.

—Tampoco voy a bajar en albornoz.

—Entonces, el mayordomo te traerá una muda.

Matteo fue a descolgar el teléfono, pero Abby lo detuvo.

—No, él pensará…

—¿A quién le importa lo que piense?

—A mí me importa.

—Vaya, eres una puritana —comentó Matteo aunque no fue desagradable—. Iré yo y te traeré algo para que te lo pongas —Matteo se levantó de la cama y se puso una camisa limpia—. Así podré fisgar tu ropa interior.

Ella le dio la tarjeta de su habitación y Matteo fue a los ascensores. Apretó el botón del piso diez y pensó que quería que ella se quedara, pero no quería atosigarla. Entonces, el ascensor se paró en el piso dieciocho, Hunter entró y él cambió de opinión. Quería que Abby estuviera en su habitación y tuvo que contener la respiración solo de pensar que ella podría haber estado allí, solo con el albornoz puesto y con Hunter. Se apoyó en el pasamanos de latón del ascensor mientras Hunter y él se miraban. Sabía que Hunter sabía quién era porque notó que apretaba los dientes y que la tensión estaba llegando al punto de ebullición. Pensó que podría aprovechar la ocasión y que Hunter no pudiera correr al día siguiente, pero también sabía que a Abby le espantaría. Quería derrotarlo ella misma y a su manera.

El ascensor se paró en el piso diez, pero Matteo no se bajó, no quiso que Hunter sospechara siquiera que ese era el piso de Abby. Las puertas se cerraron otra vez y Hunter no pudo seguir callado.

—¿Pasa algo? —preguntó el piloto porque la mirada de Matteo podía derretir la pintura.

—Es el olor.

Entonces, se abrió la puerta y Matteo supo que debería limitarse a dejar que Hunter se marchara, pero, en vez de eso, dijo una palabra muy vulgar. Hunter se quedó rígido, pero no se dio la vuelta y siguió andando. Sin embargo, se creó una tensión muy peligrosa entre los dos y Matteo sintió que tenía el corazón acelerado mientras apretaba los botones entre el piso quinto y el decimosegundo y el ascensor empezaba a moverse otra vez.

Fue a la habitación de Abby. El servicio de habitaciones ya había pasado y había una chocolatina sobre la almohada. Todo estaba tranquilo, pero todavía tenía el corazón acelerado y se sirvió un vaso de agua. Abby le había dicho que siempre se alojaban en hoteles distintos. Cerró los ojos e intentó serenarse.

Tenían la misma profesión y, naturalmente, sus caminos se cruzarían. Eso no lo tranquilizó.

Fue al armario y sacó una falda y una camiseta. Luego, fue al cajón de la ropa interior. También escribió una nota y la dejó encima de la almohada antes de volver a su suite.

Abby supo que algo iba mal con solo mirarlo a la cara.

—Toma.

Él le dio la ropa y estuvo a punto de decirle que se vistiera y que él la acompañaría abajo o que no era una idea muy buena que se quedara en ese hotel y que se cambiarían, pero esa frase tan larga se condensó en cuatro palabras.

—Quédate aquí esta noche.

—Matteo…

—Hunter está aquí.

—Hubo un problema de seguridad y ellos…

—No, no —Matteo no iba a creérselo ni por un momento—. ¿Crees de verdad que él iba a permitir que lo rebajaras sin pelear, Abby? ¿Creías, mientras elaborabas tu plan maestro, que Hunter iba a quedarse de brazos cruzados y a dejarte que lo derrotaras?

—No va a pasar otra vez —replicó Abby.

—No estoy diciendo que vaya a pasar, pero has agitado una colmena y está enfadado.

—¿Dijiste algo? —le preguntó Abby.

—Él sabe que yo sé lo que pasó.

—¿Qué le dijiste? —gritó Abby—. Matteo, no le…

—No hice nada —le interrumpió él—. Él ya creía que yo lo sabía en la rueda de prensa. Esta noche solo le he comunicado que lo sé. Abby, ese tipo está merodeando y te aseguro que hará cualquier cosa para embarullarte la cabeza.

—Ya ha embarullado la de Pedro —reconoció ella.

Abby se dio cuenta de que Matteo tenía razón, de que no era una casualidad que Hunter estuviese allí.

—Quédate —insistió Matteo—. No voy a intentar nada —entonces, él gritó con delicadeza, si eso era posible—. ¡Solo quiero que te quedes en la cama conmigo!

—Matteo, no vas a estar siempre cerca.

—Vamos a ver qué pasa esta noche.

Estaba alterado, como no lo había estado nunca por otra persona, y lo último que se le pasaba por la cabeza esa noche era el sexo. No tenía nada que ver con eso. En realidad, era mucho más preocupante porque cuando se desvistió y se metió en la cama, necesitaba la piel de ella pegada a la de él.

Abby se quedó donde estaba mientras él se desvestía… completamente. Supuso que a él no le entraba en la cabeza meterse en la cama de otra manera. Podía pedirle que pusiera unas almohadas entre los dos o acostarse con el albornoz puesto y mostrando una reticencia evidente, pero no sentía ninguna reticencia. Le asustaban los sentimientos hacia Matteo, no él.

Se quitó el albornoz y se metió en la cama a su lado. Matteo apagó la luz y se pegó a ella. Le besó el hombro y la nuca y le pasó la mano por el muslo hasta la cintura. Entonces, se le apaciguó el corazón y Abby se quedó escuchando cómo dormía con la mano en su abdomen. Se fue acostumbrando lentamente a compartir la cama con alguien y esperó que moviera la mano o que cambiara de opinión sobre no intentar nada, pero Matteo estaba profundamente dormido y ella descubrió lo que era que la abrazaran estando desnuda y sin esperar nada. Probablemente, era mejor regalo que podían hacerle y, en ese momento, su mundo era el lugar más agradable, en la oscuridad, pegada a él.

Capítulo 8

Al principio, Abby creyó que se había despertado sobresaltada, pero se dio cuenta de que el movimiento lo había hecho Matteo.

Seguía dormido, pero tenía esa sensación de estar cayendo que ya conocía. Sin embargo, esa vez no estaba cayendo de un árbol. Estaba en la puerta de un ascensor y veía que la cabina caía con Hunter y Abby dentro. Intentaba agarrar el cable, pero no podía. Se sobresaltó, pero en el mismo instante notó la calidez de ella, supo que era un sueño y volvió a quedarse dormido.

Abby se quedó pensando en el hombre que tenía al lado, no en la carrera que la esperaba ese mismo día, y no quiso que sonara el despertador.

Naturalmente, sonó. Matteo gruñó y la estrechó más contra él. Tenían los músculos relajados y notó que la erección iba endureciéndose lentamente detrás del muslo, algo que le pareció contradictorio con la respiración reposada de él. La respiración de ella no era nada reposada. Notaba su mano en el abdomen, estaba dominada por los pensamientos y por el deseo. Ahora que ella estaba dispuesta a comprometerse, estaba con un hombre que no lo haría jamás. Se dio la vuelta y Matteo, aunque dormido, se movió para recibirla. Estaba dormido de verdad. Toda la tensión de la noche anterior había desaparecido y tenía la boca ligeramente abierta. Estuvo a punto de despertarlo con un beso, de dejarse llevar por el deseo que bullía dentro de ella.

El despertador volvió a sonar y vio que él hacía una mueca, que tomaba una almohada y se la ponía encima de la cabeza. Entonces, en ese momento, Hunter desapareció del mapa. Ya no pensó en la venganza, ya no hubo un pasado que tenía que superar, solo quedó la sensación de tranquilidad mientras estaba tumbada al lado del hombre que manejaba los hilos de su corazón.

Se dio la vuelta para apagar el despertador, pero él la agarró para que volviera a su lado.

—Matteo, tengo que marcharme.

Él hizo un esfuerzo para despertarse y empezó a acordarse de lo que había pasado la noche anterior.

—Te acompañaré —farfulló él mientras se sentaba.

—No necesito un guardaespaldas —replicó ella.

Solo lo necesitaba a él, pero sabía que Matteo se había dado de baja en el amor.

—Duérmete otra vez —añadió ella.

Se duchó apresuradamente, se vistió con la ropa que le había llevado él y volvió al dormitorio. Ya estaba despierto y la miraba. Parecía malhumorado y ella sabía el motivo, Hunter andaba por allí.

—Matteo, tú te marchas mañana. Yo me quedaré unos días para desmontar el coche y luego iré directamente a Montecarlo. Me parece un poco absurdo que ahora me acompañes a la habitación.

Matteo no dijo nada, no sabía qué decir. Abby tenía razón. Al día siguiente, a las seis de la mañana, ya se habría marchado y, sobre todo, él nunca había sido la sombra de nadie.

Se hizo el silencio entre ellos. No era una discusión, era un jaque. Existía la amenaza de que le atraparan el corazón y a él no le gustaba nada esa sensación.

—Buena suerte hoy —le deseó Matteo aunque en un tono algo forzado.

—Gracias —contestó ella en el mismo tono.

Se quedó tumbado cuando ella ya se había marchado. Efectivamente, al día siguiente estaría otra vez en Manhattan y decidió que se acostaría con alguien. Habían pasado… Prefirió no hacer cuentas. No quería reconocer que desde la primera vez que cenaron en Dubái había perdido el interés en esa mitad de la población que siempre había sido su terreno de juego.

No, no se acostaría con nadie, sabía que estaba mintiéndose. Pasaría las próximas dos semanas con los nervios de punta solo de pensar que ella estaba en Montecarlo con ese animal cerca. Tomó el teléfono del hotel.

Abby entró en su habitación para ponerse su preciosa ropa verde botella. Desenvolvió la chocolatina que estaba en la almohada, se la metió en la boca y tomó la nota que había al lado.

Querida Abby,

Necesitas ropa interior nueva. ¿Te llevo de compras o puedo elegirla yo?

Matteo

Entonces, sonó el teléfono.

—¿Has leído mi nota? —le preguntó Matteo.

Ella sabía que estaba llamando para comprobar que había llegado bien, pero le gustaba que no tuviera que reconocerlo.

—Sí —Abby sonrió—. Puedes elegirla —se puso seria—. Matteo, hoy no va a pasar nada. Todo el mundo está pensando en la carrera.

—Lo sé y lo dije de verdad, aunque no lo dijera muy bien; buena suerte.

—Gracias.

Matteo pasó la mañana en una boutique muy lujosa. Algunas mujeres se dieron codazos y se rieron, pero a él le dio igual, reunió una buena colección y pidió que la envolvieran y la mandaran a la habitación de ella. Luego, comió algo y se fue al circuito. Estaba rebosante de espectadores y le costó llegar hasta el box del equipo Boucher. Como siempre, se mantuvo al margen, pero Pedro dejo de jugar con el videojuego y fue a charlar un rato con él. Abby vio que Pedro sonreía por algo que había dicho Matteo e, independientemente de lo que sintiera hacia él, se alegró mucho de que fuese su patrocinador. Se portaba muy bien con Pedro, al contrario que el patrocinador que habían tenido el año anterior, quien le exigía mucho, sobre todo, antes de la carrera.

Sin embargo, cuando empezó la carrera, ya no pensó ni en Matteo ni en la venganza. Hunter solo era el coche que iba por delante de ellos… como otros ocho. Durante las dos horas siguientes, el equipo trabajó sin descanso para encontrar los mejores momentos de repostar. Matteo observó a Abby, quien daba instrucciones y daba consejos a Pedro sobre los coches que tenía delante.

El público italiano era más ruidoso que el de Dubái y fueron dos horas muy emocionantes. Cuando faltaban tres vueltas, Pedro ya había subido hasta el quinto puesto. Hunter demostraba su experiencia aunque Evan lo seguía muy de cerca. Entonces, se oyó un rugido estruendoso cuando Pedro se puso el cuarto. Matteo se dio cuenta de que estaba mordiéndose las uñas y de que era la última vuelta. Miró a Abby. Estaba pálida, pero hablaba con mucha calma con Pedro aunque tenía que estar histérica. Hunter estaba muy alejado de Pedro con Evan pisándole los talones. Era una batalla por el tercer puesto y cuando Pedro aceleró a la salida de la curva, él supo que iba a conseguirlo. Abby tenía razón. Ese chico era un genio. El muchacho de veintiún años, pálido y con aspecto enfermizo que se había montado en el coche convencido

de que iba a quedar el último, había conseguido quedar el tercero mientras el equipo Boucher vitoreaba y se abrazaba.

Abby no estaba pensando en él en esos momentos. Con esfuerzo se abrió paso para llegar hasta un eufórico Pedro.

—¡Qué increíble! —le gritó Abby con una sonrisa de asombro.

—¡Volaba! —gritó Pedro—. ¡Ella salió volando!

Ya estaban hablando del coche como si fuese una persona. Ese tercer puesto era más placentero todavía que el primero.

La rueda de prensa fue muy distinta que la anterior. Abby y Matteo se quedaron agarrados de la mano mientras Hunter no paraba de hablar de su experiencia. Evan, un hombre de pocas palabras, se limitó a encogerse de hombros cuando le preguntaron qué predecía para la última carrera. Estaban igualados y cualquiera de los tres podía conseguirlo. Pedro estaba sentado con una sonrisa de satisfacción y lo único que dijo fue que tendrían que esperar a Montecarlo.

Sin embargo, la celebración de esa noche fue muy distinta. El equipo Boucher llenó un restaurante maravilloso. Abby no tuvo tiempo para cambiarse, pero a nadie le importó. Ella comió la mejor pasta con calamares que había probado en su vida y Pedro dijo que el coche era perfecto. Fue fantástico y, cuando la fiesta empezaba a desmadrarse, Abby y Matteo decidieron volver al hotel, pero antes, Matteo se llevó aparte a Pedro y habló un momento con él.

—¿Más compras? —le preguntó Abby.

Matteo se encogió de hombros. Había estado hablando con Pedro, pero de algo más serio que ir de compras, aunque no iba a decírselo a ella.

Efectivamente, esa noche las cosas parecían distintas y, cuando salieron del ascensor en el décimo piso, Matteo le recordó a ella el trato que habían hecho.

—¿Qué pasa cuando subimos al podio?

Como no había nadie cerca, él le recordó que tenían que besarse. Volvieron a cuando la besó contra la pared en Dubái. Sin embargo, esa vez no hubo factor sorpresa, solo avidez, y ella le tomó la cara entre las manos mientras le devolvía el beso con los hombros clavados en la pared y el vientre contra el vientre de él.

Su habitación parecía a kilómetros de distancia y siguieron besándose mientras andaban. Era un beso tan voraz y abrasador que se tropezaron con una bandeja que habían dejado en el pasillo antes de que entraran en su habitación.

—Por fin… —susurró Matteo.

La apoyó en la puerta y le soltó el cinturón negro y los botones del pantalón verde botella de hombre. Miró hacia abajo y se rio.

—Me parece raro…

A Abby le parecía perfecto.

La besó hasta que se quedaron sin respiración y medio desvestidos.

—No estoy preparada.

Ella estaba jadeando, se sentía una provocadora, pero dominada por el deseo.

—¿Para qué?

Él introdujo una mano por los pantalones y la encontró tan húmeda como sabía que estaría. Le acarició el clítoris por encima de las bragas, le pasó la lengua por los labios y notó que Abby cerraba los muslos. Retiró la boca, pero no la mano y ella se estremeció.

Lo deseaba, lo deseaba, pero le daba más miedo perder el corazón que el dominio de sí misma.

—¿Qué te parece un desfile de moda? —preguntó Matteo.

Ella miró por encima del hombro y vio los paquetes que estaban encima de la cama. Él seguía con la mano entre sus piernas acariciándola y excitándola, mientras se excitaba a sí mismo, pero, de repente, la retiró. O se subía los pantalones o se los quitaba, y Abby eligió lo segundo.

—Eres muy ordenado, ¿verdad? —comentó Abby mientras él recogía los zapatos y los pantalones y los tiraba dentro del armario.

—Un poco —reconoció Matteo—. He cometido muchos errores en mi vida, pero me llevaría un susto de muerte si me despertara mañana y los viera junto a la cama.

Él hizo que se riera. Matteo hacía que se sintiera a gusto llevando solo unas bragas muy feas y una camisa verde oscuro.

Abrió los paquetes uno a uno e hizo lo mismo con los botones de la camisa. Parte de la ropa interior que había elegido tenía los colores del verano, amarilla como el limón o verde menta, pero otra tenía los tonos del pecado.

—¿Sabes por qué he elegido esas? —le preguntó Matteo.

Ella se había quitado la camisa, llevaba solo el sujetador y miraba unas bragas color violeta.

—¿Porque no tienen… entrepierna?

Abby se rio mientras metía los dedos a través del agujero.

—La verdad es que no lo sabía —contestó Matteo—. Las elegí porque no eran de seda solo por fuera.

No lo eran. El interior era suave y sin costuras.

—Pensé que podían ser agradables.

Matteo le explicó lo que había pensado y ella tragó saliva.

—Póntelas.

—No estoy preparada para acostarme contigo, Matteo.

Él se encogió de hombros, le quitó el sujetador y le acarició los pezones para endurecérselos.

—Sin embargo, un buen orgasmo no estaría mal…

Él lo dijo como si estuviera eligiendo un plato de la carta del restaurante, aunque había algunas cosas que no eran tan fáciles como descolgar el teléfono… ¿o sí lo eran?

Ella pensó en esa mañana, en lo excitada que había estado entonces y en lo excitada que estaba en ese momento, y asintió con la cabeza entregándose a él.

¡Hasta el más mínimo orgasmo sería un milagro!

Matteo era un libidinoso y, en cuanto ella asintió, él ya estaba desvistiéndose y elevando la temperatura a la de Dubái a mediodía. Además, ¡le dijo exactamente cuál era su intención!

—¿Te acuerdas del desfile de moda que tuvimos que ver? —le recordó él—. Estuve imaginándote con toda la ropa interior que pasaron. Fue la media hora más incómoda que he pasado en mi vida —él le sonrió y ella casi se cayó de espaldas—. Fuiste mi fantasía de Dubái… y mira hasta dónde hemos llegado.

Él lo dijo en un tono casi desapasionado, pero a ella le pareció un desapasionamiento muy sexy mientras Matteo elegía un brandy del minibar y se tumbaba desnudo en la cama con la erección rampante. Ella tomó la ropa interior y fue hacia el cuarto de baño.

—Llévate unos zapatos de tacón —le pidió él.

Efectivamente, ¡hasta dónde había llegado ella! Estaba con la ropa interior más sexy del mundo y se puso los susodichos zapatos de tacón. Incluso, se recogió el pelo y se pintó un poco los labios. Era un juego para él y eso la ayudaba a ella, aunque no sabía por qué. Quizá fuese porque era algo divertido en lo que Matteo no implicaba unos sentimientos que no podría mantener a la cruda luz del día.

Cuando salió del cuarto de baño, Matteo se acordó de aquella belleza cohibida y nerviosa que había salido del ascensor con un vestido plateado. Esa mujer había desaparecido completamente en ese momento. Abby cruzó la habitación y se dio la vuelta. Estaba nerviosa, pero no cohibida.

—Ellas mueven más las caderas —comentó Matteo mientras daba un sorbo de la botella y ella recorría la habitación—. Así está

mejor, pero más despacio.

—¿Vas a desfilar tú para mí? —preguntó ella poniéndose muy recta.

—Cuando quieras.

Ella lo miró. Estaba acariciándose la erección y ella apretó los labios preguntándose si podría hacer lo mismo. Era muy excitante.

—Quítate el sujetador.

Se le notaban los pezones a pesar de la doble capa de satén y mientras se quitaba el sujetador pudo ver que tenía el pecho sonrojado y el vientre tenso por el deseo. Ya no pudo esperar más.

—Ven aquí.

Ella estuvo a punto de ir corriendo. Matteo la sentó sobre su abdomen, se echó lo que quedaba de brandy en la mano y lo pasó por sus pechos.

—Es la única manera de beber brandy.

Ella se inclinó sobre él, que se ocupó de que no quedara brandy en el izquierdo. A Abby le temblaban los muslos y tenía el cuello arqueado. Él puso una mano en su cadera y la otra fue directamente al grano. El pulgar se quedó en el clítoris e introdujo los dedos dentro de ella.

Cambió de pecho y ella estuvo a punto de perder la cabeza. La manipulaba con la misma destreza que ella ponía a punto un motor. Le dolía, era un dolor muy placentero, y, entonces, abandonó sus pechos hinchados, húmedos y ligeramente amoratados y empezó a acariciarse otra vez con la mano que le quedaba libre.

—Matteo…

—No voy a hacerlo.

Ella bajó la cabeza para mirarlos. ¿Quién era esa mujer con unas bragas obscenas y excitada?

—Ah…

Gimió ella cuando los dedos entraron más profundamente y el pulgar le presionaba el exterior hasta que pareció que el abdomen y la espina dorsal se tocaban. Aun así, no podía. Dejó escapar un sollozo de deseo y frustración y se sintió como si estuviese asfixiándose porque todo se tensaba dentro de ella mientras Matteo empezaba a llegar al orgasmo.

Él había notado que ella estaba a punto de llegar y dio gracias a Dios porque había llegado a un punto irreversible, aunque nunca se había dado tanto placer en un dormitorio, ni en ningún otro sitio.

Abby tuvo que cerrar los ojos y lo lamentó porque estaba

segura de que verlo ardiente y palpitante era algo digno de verse. Hasta que volvió a abrir los ojos y vio que él terminaba de eyacular y que la acariciaba con el miembro. Ella descendió sobre él en vez de retirarse. Era mejor compartir esas sensaciones tan intensas y se sentó en los muslos mientras intentaba tomar aire. Hacía media hora, había vislumbrado lo que podría sentir, ya lo sabía.

—¿Qué te parece? —preguntó Matteo acordándose de la intensidad de su primer orgasmo.

—Mejor que el sexo —contestó ella mientras se tumbaba al lado de él.

Él sabía hacérselo bien.

Capítulo 9

Matteo se despertó primero.

No habían dormido mucho. El desfile de moda había durado hasta altas horas y habían hecho casi de todo menos el amor. Había sido sexo, aunque tampoco del todo. Todo lo que habían hecho, y había sido mucho, había sido increíble para los dos. El sexo oral nunca le había sabido tan bien y Abby se había pasado la media hora anterior al amanecer de espaldas, con las manos de él sobre las suyas. Sin embargo, Abby quería que el primero no fuese un amante esporádico y él lo respetaba. A él no le gustaba, pero entendía que, como había esperado tanto, podía querer algo más que una llamada de vez en cuando o la promesa de más cuando él llegara a Montecarlo.

Lo más fácil en ese momento sería apagar el despertador, despertarla con un beso y dejar que el equipo de ella empezara a desmontar el coche mientras él empezaba a ocuparse de los muros que los separaban. Sin embargo, se quedó mirando al techo y acordándose de la promesa que había hecho hacía mucho tiempo. Efectivamente, le encantaba apostar, pero la miró mientras se despertaba y supo que lo que estaba en juego era excesivo. No iba a arriesgarse a hacer daño a un corazón que ya estaba maltrecho.

—¿Tienes que marcharte? —le preguntó ella.

Se había despertado, había captado su aire pensativo y había adivinado que él estaba preguntándose cómo podía darle un beso y despedirse con delicadeza.

—Sí —contestó él—. Y tú tienes que desmontar un coche.

Abby se quedó oyendo la ducha, con Matteo dentro, y supo que había hecho bien al contenerse. No se arrepentía de lo que había pasado, pero cambiaba irrevocablemente las cosas. Sentía un vacío desconocido por dentro porque las cosas que habían pasado la noche anterior le parecían muy distintas esa mañana. Quedaba muy poca sintonía mientras él entraba en el dormitorio y se vestía apresuradamente.

—Si necesitas algo para Montecarlo…

—Estamos muy bien surtidos —contestó ella.

—Perfecto. Si Pedro necesita…

—Se va unos días a Roma con Bernadette —le interrumpió Abby—. El equipo se reunirá cinco días antes de la carrera.

—Es posible que yo no pueda llegar hasta el mismo día, o poco antes.

—Una hora o así antes —replicó ella.

—No he dicho eso.

—No hace falta.

—Dependerá del trabajo.

Era un final espantoso para una noche maravillosa. Fue a darle un beso, pero ella apartó la cara y, si era sincero, fue un alivio que lo hiciera. Sencillamente, no podía hacer las cosas por obligación con Abby, ni siquiera eso. También se alegraba de que hubiese insistido en no tener relaciones sexuales la noche anterior. Había prometido dormir con ella, sin ataduras. Por primera vez, él se preguntó si sería capaz. Lo mejor era mantenerse alejado.

Él no llamó y ella sabía que no llamaría. Matteo era un maestro fijando sus límites y el más importante era que no tendría una relación sentimental. Ella tenía que aceptarlo.

Pedro y Bernadette volaron a Roma para pasar unos días mientras el resto del equipo iba directamente a Montecarlo. Normalmente, ella también habría ido para supervisar la llegada del coche, pero lo había retrasado. Montecarlo tenía muchos recuerdos malos para ella. Matteo lo sabía y, aun así, no la llamó.

Quería llamarla. Mejor dicho, quería una vida que había vivido antes de abril. Una vida en la que Las Amantes Perdidas solo eran una historia que había contado su abuelo. Una vida vertiginosa y repleta de sexo. No quería estar obsesionado por un recuerdo.

Matteo estaba enfadado.

Cada vez que pensaba en llamar a Abby se le presentaba la imagen de su padre y él mismo saliendo de un casino con treinta años de diferencia. Además, como si eso no fuese un recordatorio suficiente, recibió un correo electrónico de Ellison.

¿Algún avance? Abby ha declinado definitivamente mi invitación.

Matteo pensó que había hecho bien. El acto de Ellison se celebraba el viernes después de la carrera y estuvo tentado de contestar el correo con dos palabras gruesas. Sin embargo, él era tan cómplice como el padre de ella en el intento de que asistiera

con el collar. Hasta Giovanni le había llamado para que lo informara y él había estado inusitadamente cortante con su abuelo. Sabía que tenía que hablar claro con el anciano.

Sí, estaba enfadado. Abby no se lo merecía; ella estaba dispuesta a entregarse en una relación y él, como sus antepasados, no podría jamás. Además, aunque, por algún milagro, pudiera pasar eso por alto, sabía que todo acabaría en cuanto Abby averiguara el verdadero motivo por el que se interesaba en su equipo.

Jaque mate.

Por eso, el día que ella llegó a Montecarlo, le mandó un escueto mensaje de texto.

Espero que los preparativos vayan bien. Intentaré llegar para los entrenamientos

Mandó otro mensaje a Pedro para recordarle lo que habían hablado y esperó que se tomara su petición en serio. Pedro se la tomó.

Abby no soportaba estar allí. Se despertó, soltó el aire con tensión mientras comprobaba el teléfono y, naturalmente, Matteo no había llamado. Sin embargo, no estaba nerviosa solo por la inminente llegada de Matteo. Él había tenido razón; Hunter estaba jugando la baza psicológica y dos días antes de la carrera se había registrado otra vez en el hotel del equipo Boucher. Era un hotel distinto al de la última vez que había estado allí, pero le desquiciaba el mero hecho de estar en un hotel en Montecarlo.

Llamaron a la puerta. Era el omnipresente Pedro, que quería bajar a desayunar.

—Solo quiero repasar algunas cosas —comentó él.

—Claro. Nos encontraremos abajo.

—Esperaré —replicó él.

—¿Qué tal está Bernadette?

La noche anterior, cuando ella volvió pronto de la cena, Bernadette había dicho que le dolía la cabeza y la había acompañado dando un paseo al hotel. Incluso, había subido a su habitación para tomar una taza de té y charlar sobre la rueda de prensa del día siguiente y los entrenamientos.

—Está bien —contestó Pedro.

—Me alegro.

Abby dejó a Pedro en el pasillo, agarró el bolso y bajaron al restaurante.

—¿Estás preparado para la rueda de prensa? —le preguntó ella cuando estuvieron sentados.

Pedro asintió con la cabeza, pero levantó la mirada y sonrió.

Ella entendió el motivo. Matteo estaba allí.

—¡Hola! —le saludó Pedro.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Matteo.

—Con mucha confianza en el triunfo —contestó Pedro—. En realidad, creo que voy a desayunar arriba. ¿Te importa? —le preguntó a Abby.

Ella negó con la cabeza y comprendió por qué Pedro y Bernadette no la habían abandonado ni un segundo.

—¿Le dijiste que me vigilara? —le preguntó Abby en tono airado mientras Matteo se quitaba la chaqueta y se sentaba.

—Sí —él aguantó la mirada de rabia de Abby—. No voy a disculparme.

—¿Puede saberse qué le has dicho? No le habrás contado a Pedro…

—Claro que no. Solo le dije que crucé un par de palabras con Hunter y que no me fío de él. ¡Pedro estuvo de acuerdo conmigo!

—¿De verdad?

—Sí. Él sabe lo malnacido que es.

—He estado defendiéndome durante los últimos dieciocho meses…

—Pero entonces no ganabas.

Abby pensó que Matteo tenía un aspecto espantoso. Tenía ojeras y parecía como si no se hubiese afeitado desde hacía varios días.

—¿A qué hora es la rueda de prensa? —le preguntó él.

—A las once.

—Me quedaré, pero luego tengo que marcharme. Voy a reunirme con Kedah y vamos a salir en el yate de un amigo. Volveré mañana, para la carrera, pero tengo que tomar el avión justo después.

—Matteo…

Abby tomó una bocanada de aire. Ni siquiera se habían acostado y estaban eludiéndose el uno al otro. Por eso, le dijo lo que había estado pensando desde que él se había marchado de su habitación del hotel.

—¿No podemos volver a la relación profesional?

Él cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—No tienes que eludirme —siguió Abby—. Mira, por mucho que me excites, no quiero acostarme contigo.

Ella lo dijo sin darse cuenta de que la camarera estaba a su lado esperando a que le pidiera el desayuno. Entonces, él se rio y dijo que quería los huevos fritos mientras Abby no sabía dónde meterse. Así, sin más, volvieron a ser amigos, pero, aunque sonreían, había algo más que ella quería decir.

—Matteo, gracias por aquella noche. Lo digo de verdad. No me arrepiento de nada, fue increíble, pero…

—Siempre hay un pero.

—La verdad es que no. Sé que tú no quieres llegar más lejos y lo entiendo. Lo respeto… —ella le sonrió— pero no tiene que gustarme.

A él le gustó que fuese sincera.

—Sin embargo, yo necesito algo más —siguió Abby—. He esperado mucho tiempo, o, mejor dicho, he estado tan desquiciada que me he perdido muchas cosas y solo quiero… bueno, cuando me acueste con alguien tiene que significar algo.

—Lo entiendo.

—Gracias por la oferta de darme una lección de sexo, pero no voy a aceptarla.

Matteo resopló con alivio y pesar. Alivio porque había terminado. Pesar porque nunca terminarían.

—¿Amigos? —preguntó ella.

Él le tomó una mano y se la apretó.

—Amigos.

Estaban juntos, sin tomarse la mano, mientras los protagonistas ocupaban sus puestos. Al día siguiente era la carrera definitiva y Evan, Hunter y Pedro tenían posibilidades. El ganador se llevaría la copa. Sin embargo, aunque el deseo de ganar era enorme, ya no estaba teñido de venganza. Abby pensó que quedaba tiempo por delante, que no tenía por qué ser en ese momento.

Esperaba al año siguiente, pero, sobre todo, quería que el equipo que había levantado siguiera junto. Entonces, un periodista le preguntó a Pedro la pregunta que estaba en boca de todo el mundo.

—¿Son verdad los rumores que dicen que el año que viene vas a firmar por el equipo Lachance?

Pedro miró a Abby y ella le sonrió y le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que podía contestar la verdad.

—Me han tentado —Pedro se encogió de hombros.

—¿Y?

—Ayer hablaron conmigo —siguió Pedro—, pero les dije que sus coches están tan desfasados como sus pilotos.

Se hizo un silencio de asombro por la provocación, las cámaras empezaron a disparar y Hunter se levantó y se marchó.

—Empieza la partida —comentó Matteo.

Los entrenamientos salieron bien y Matteo desapareció para prepararse para la noche que iba a pasar en la ciudad. Abby tenía que trabajar mucho con el coche, como el omnipresente Pedro.

—Vete —le dijo ella a Pedro cuando ya eran casi las siete—. Yo no necesito que me cuiden y tú tienes que dormir.

—Abby…

—Pedro —le interrumpió ella—. Tengo derecho a no sentir miedo y estoy intentándolo. Vete.

Pedro se fue a regañadientes y Abby trabajó hasta las diez para poner a punto el motor. Cuando estuvo todo lo satisfecha que podía estar, tomó un taxi para volver al hotel. Estaba dispuesta a acostarse y no pensar en lo que estaría haciendo Matteo en ese momento, cuando ella le había dado carta blanca. Se bajó del taxi preguntándose si pediría algo al servicio de habitaciones. En cuanto entró en el vestíbulo, se encontró con Matteo y Kedah, que iban como los dos playboys que pensaban ser esa noche. Matteo se había afeitado, vestía un traje y tenía ese brillo intenso y arrogante en los ojos. Ella supo que estaba dispuesto a ejerce su derecho a que… se acostaran con él.

—Abby… —él frunció el ceño al ver que estaba sola—. ¿Dónde está Pedro?

—En la cama, ¡donde tiene que estar antes de una carrera! —contestó ella con rabia—. No te metas en las cosas de mi equipo ni les digas lo que tienen que hacer. Te recuerdo que no ibas a entrometerte.

—Yo solo…

—¡Pues no lo hagas! Tu trabajo no es vigilarme y tampoco tienes derecho a interferir en cómo prepara Pedro la carrera.

Había un coche esperándolos, Kedah se montó y le hizo un gesto con la mano a Matteo para que lo siguiera.

—Tu amigo está esperándote —comento Abby—. Que te lo pases muy bien, Matteo.

Ella siguió su camino y se maldijo por no haber podido contener la rabia y los celos. Él no se lo merecía. Habían acordado tener relaciones sexuales sin ataduras y ella era la que se había

echado atrás. ¿Qué esperaba que hiciera él?, se preguntó mientras se quitaba el mono manchado de aceite. Abrió el grifo de la bañera y se sentó a la mesa para intentar escribir en el ordenador todo lo que había hecho en el coche, pero las cifras se le nublaron. Tenía que contestar unos correos electrónicos sobre los actos para después de la carrera, pero solo podía pensar en Matteo y dónde estaría en ese momento. Entonces, se acordó del baño.

Afortunadamente, no se había desbordado. Se metió en la bañera repleta y lloró. Lloró por él, por ellos, porque le habría gustado acostarse con él… una vez. Matteo habría sido el primero, el primero de verdad, y le parecía bien que lo fuera por lo que sentía hacia él. Lo que le dolía era que él no sintiera nada.

Se quedó en la bañera para relajarse con el agua caliente e intentó no pensar en Matteo y Kedah en alguna bañera sórdida. ¡Era un malnacido! No, no lo era, había sido encantador con ella.

Salió de la bañera; era casi la una. Tenía que levantarse a las cinco y estaba a punto de quitarse el albornoz para meterse en la cama cuando llamaron a la puerta. A pesar de la bravata de que no necesitaba un guardaespaldas, sintió una punzada de miedo. Matteo estaba fuera y Pedro estaría dormido. Lo sabía porque siempre se acostaba a las siete la noche previa a la carrera.

Volvieron a llamar y se dio cuenta de que estaba sudando. Se quedó mirando fijamente a la puerta y no pudo moverse ni para mirar por la mirilla.

—Abby…

Estuvo a punto de caerse por el alivio al oír la voz de Matteo. Abrió la puerta de par en par y él captó su pavor.

—Creí…

—Lo siento, lo siento —él la abrazó—. Debería haberte llamado.

—Creía que estarías en el yate.

—No pude subir.

Ella se rio.

—Ni siquiera lo intenté —reconoció él.

Se besaron precipitadamente, intensamente, antes de que pudieran pensar en todos los motivos que tenían para no hacerlo. Él le rodeó la cintura con el brazo y la estrechó contra sí. El miedo que la había atenazado dejó paso a una pasión cargada de rabia y lo besó mientras le quitaba la chaqueta y la dejaba caer al suelo. Le daba igual el día siguiente si podía tener esa noche.

—Abby… —ella estaba desabotonándole la camisa, pero él apartó la boca—. Tengo que decirte una cosa.

—No tienes que decirme nada.

Los dos estaban jadeando y ella no quería oír que no la amaba ni nunca la amaría.

—Abby, te mereces algo mejor que esto.

Se lo merecía porque estaba duro y podría tomarla allí mismo, contra la pared, pero no quería pasar otra mañana como aquella, cuando se mascaba la tensión en el aire y la conversación era forzada. Él no le haría eso.

—Tenemos que hablar.

—Lo dijo el playboy —entonces, ella se dio cuenta de que él también estaba hecho un lío, como ella—. Matteo, no necesito oírlo, ya sé que no vamos a ninguna parte.

—Estoy intentando decirte por qué.

Seguramente, era la decisión más responsable de vida, y la más lamentable porque había tanto deseo y energía entre ellos que echarse atrás parecía casi un delito. Tenía la camisa desabotonada y húmeda por el pelo de ella, pero se sentó al lado de la mesa mientras Abby se colocaba bien el albornoz y también se sentaba delante del ordenador portátil.

—Es como una vista al médico —ella sonrió, pero todo era tan doloroso que sus sonrisas duraban muy poco—. Sé que deberías estar dormida, pero tengo que decirte esto. Mañana tengo que irme después de la carrera, inevitablemente, y si no lo digo ahora…

—¿Estás bebido?

—Un poco —él asintió con la cabeza—. Ya sabes lo que dice todo el mundo, «no se trata de ti, se trata de mí».

—Bueno, en este caso, sí se trata de mí —replicó ella con una sonrisa—. Tengo más problemas y…

—No —le interrumpió él—. Se trata de mí de verdad —él tomó aire porque nunca había tenido esa conversación en la cabeza, y menos con alguien—. Hace algunos años tomé una decisión…

—No hace falta que hagas esto, Matteo —le interrumpió ella al ver lo incómodo que estaba y lo que le costaba contar más cosas de sí mismo.

—Sin embargo, quiero hacerlo. Ya sé que llevas muchas cosas a cuestas y no quiero que creas que no quiero tener nada contigo por lo que ha pasado entre nosotros o por lo que te pasó en el pasado. Tienes razón, deberías esperar a alguien que pueda darte todo lo que te mereces y yo no puedo, de verdad. No quiero tener… una relación.

—Lo sé.

Aun así, había una parte diminuta de sí misma que esperaba que cambiara de opinión algún día.

—Jamás —añadió él como si lo supiera.

Esa pequeña llama se apagó y ella lo aceptó en silencio.

—Mi padre tuvo muchas aventuras —siguió Matteo—. Ni siquiera sé si pueden llamarse aventuras. Fiestas, alcohol, drogas, revolcones de una noche…

Él cerró los ojos, como lo había hecho durante aquellos años, pero entonces estaba tumbado en la cama mientras oía las peleas. En ese momento, estaba intentando no pensar en un porvenir precioso con Abby.

—Nunca sabías cómo iba a acabar —le explicó Matteo—. Yo nunca sabía quién estaría allí a la mañana siguiente, y mi madre y mi padre tampoco. Algunas veces, solo estaba la niñera durante varios días. Los mayores se ocupaban de los más pequeños… —no estaba explicándolo muy bien—. Yo sabía que ellos podrían no estar por la mañana. Una mañana, no estaban, pero esa vez fue distinta. Estaba mi abuelo con otros familiares y había periodistas en la calle. Sin embargo, yo ya lo sabía. Dormía con la radio encendida porque me gustaban las voces y la música y había oído la noticia.

Abby se quedó en silencio. Podía acordarse de la conmoción por la muerte de su madre. Había sido inesperada. Ella había sido mayor, pero todavía se acordaba de la impresión por lo irreversible que era. No podía imaginarse lo que sería oírlo como el titular de una noticia con cinco años.

—Hubo un entierro por todo lo alto. La prensa estaba por todos lados y salía todo el rato en la televisión, como a mí me parecía normal. Era la noticia más importante de mi vida y como tenía cinco años me parecía que tenía que salir en todos lados… —Matteo esbozó una sonrisa forzada—. ¿Sabes lo pequeño que es tu mundo cuando eres pequeño?

Abby asintió con la cabeza.

—Entonces, fuimos a vivir a casa de mi abuelo y la vida siguió, pero había cambiado. Los mayores se fueron a distintos internados y Allegra se ocupaba de mis hermanas pequeñas.

—¿Y tú?

—Hacía lo que quería y siempre estaba metiéndome en líos, pero nunca me regañaban de verdad. Nunca entendí por qué mi abuelo no podía soportar mirarme. Casi nunca me decía nada, independientemente de lo que hiciera.

—Creía que estabais muy unidos.

—No estamos unidos, pero estamos más unidos que entonces. Él se mantuvo al margen mientras yo iba creciendo. Empecé a estudiar, pero, al cabo de un año, me di cuenta de que ya sabía cómo ganar dinero. Tenía algo del patrimonio de mis padres, pero no necesitaba que me enseñaran lo que ya sabía y dejé los estudios. Por primera vez, mi abuelo se enfadó conmigo. Tuvimos una discusión monumental. Me dijo que estaba desperdiciando mi vida, que iba a meterme en problemas, que ya había visto los indicios y que debería haber tomado cartas en el asunto antes…

Abby tragó saliva.

—Yo le dije que no lo había hecho. Le dije que, si no se había preocupado antes, por qué iba preocuparse en ese momento. Le dije que no soportaba tenerme cerca y que no sabía por qué.

Abby no dijo nada. Se acordó de la paciencia que había tenido él cuando le contó lo que le había pasado a ella.

—Mi abuelo me dijo que cada vez que me miraba veía a Benito.

—¿Tu padre?

—Sí. Me dijo que era como él. Un jugador, un mentiroso, un temerario. Me dijo que estaba abocado al desastre y que estaba cansado de quedarse de brazos cruzados mientras veía que la historia se repetía…

—Matteo —ella no iba a creérselo—, solo porque…

—Abby, soy todas esas cosas—le interrumpió él—. Cuando mi abuelo me dijo eso, solo confirmó lo que yo ya sabía. Entonces, decidí que no sería como mi padre. Efectivamente, es posible que tuviese sus rasgos, pero nunca haré a nadie el daño que él hizo.

—Matteo…

Abby no terminó la frase. Matteo la había dejado hablar, había dejado que elaborara las cosas a su manera. No le correspondía a ella decirle a él lo que sentía aunque creyera que se equivocaba al tener un concepto tan malo de sí mismo. Sin embargo, sí le dijo algo.

—Matteo, tu padre tenía hijos y una esposa, tú, no.

—Y pienso seguir así —replicó Matteo—. Él mató a mi madre. Ella se había enderezado y la depravación y el carácter de él la llevaron a la tumba —entonces, Matteo hizo lo que no había hecho jamás, mostró su miedo—. No puedo correr ese riesgo, Abby…

—Eres la persona que conozco que corre más riesgos.

—No con el amor —Matteo sacudió la cabeza—. Hay demasiado en juego. Siento no poder darte lo que te mereces. Nunca pensé que fuésemos a tener… una relación- Pero desde que

nos conocimos, desde hace un par de meses…

Abby esperó.

—He pensado en ti —terminó Matteo.

—¿Solo en mí?

—Abby, es posible que no vaya a casarme, pero eso no quiere decir que no esté loco por ti. He venido solo para decirte por qué no puede durar. No quiero acostarme contigo esta noche y que tú esperes que las cosas hayan cambiado mañana por la mañana. No habrán cambiado. Voy a marcharme y la próxima vez que te vea…

Matteo se encogió de hombros con desesperación y Abby miró a un hombre que pensaba en horas, no en días.

—¿Entiendes por qué hice que redactaran un contrato tan blindado? Se me dan bien los negocios, poco más…

—Matteo, no estoy esperando un anillo.

Al principio, Abby no estuvo segura de lo que estaba diciendo, pero miró los ojos del hombre que había estado a su lado, que había escuchado, que la había ayudado a desentrañar momentos muy sombríos hasta el punto de que le parecía que podía tener un porvenir. Aunque fuera sin él… y estaba segura.

—Voy a marcharme —dijo Matteo levantándose.

—Por favor, no te marches —Abby lo miró—. He escuchado la charla… y la entiendo. Solo quiero que signifique algo… que nosotros signifiquemos algo…

—Sabes que es así.

—Y eso es lo único que necesito saber.

Fuera lo que fuese lo que sentían el uno por el otro podría no madurar con el tiempo, pero podían celebrarlo en ese momento. Se besaron como los dos habían intentado no besarse, lenta, precisa y concienzudamente. Fue un beso tan cariñoso que la única marca que podía dejar era en el corazón… y marcó el de él porque nunca, ni una sola vez, se había permitido probar siquiera a qué sabía alguien con el corazón abierto.

—¿Seguro? —preguntó Matteo.

Sin embargo, Abby ya se había levantado de un salto. Él tenía la respiración acelerada mientras ella le quitaba la camisa y se besaban con una pasión que no tenía marcha atrás. Abby le acarició la piel del pecho para sentir su tensión y su fuerza mientras él terminaba de desvestirse. Sin dejar de besarse, Matteo le soltó el cinturón del albornoz y ella se lo quitó con un gesto de los hombros antes de rodearle el cuello con los brazos para que las lenguas volvieran a encontrarse. Matteo le acarició los costados hasta tomarle los pechos con las manos. Luego, bajó la boca y le

pasó la lengua por un pezón una y otra vez. A Abby le flaqueaban las rodillas, pero se mantuvo de pie y tuvo que contener la necesidad de pedirle más. Lo deseaba tanto que, cuando volvió a besarla, sofocó la petición y la llevó a la cama.

Matteo llevó la mano entre sus muslos y le acarició lentamente la húmeda calidez hasta que ella levantó las rodillas. Quería gritar. La piel, el olor y el deseo de él no se correspondían con esa lentitud. Se puso encima de ella y le separó las piernas. Abby miró sus ojos azul marino mientras la tomaba. Lo observó mientras entraba lentamente y alcanzaba lo más profundo de su deseo. Entonces, él le besó la cara y los ojos y se puso de costado con ella. Le acarició el muslo hasta la pantorrilla sin dejar de moverse. Le levantó una pierna y se la pasó por encima de la cadera para acometer más profundamente.

Abby había renunciado a intentar disimular lo que sentía, se movía con él y le gustaba que le separase el pelo de la cara para ver mejor su orgasmo. Jamás había sentido algo así. Sentía cómo aumentaba de tamaño dentro de ella y tuvo que contener un sollozo cuando él aceleró de repente. Lo atenazó con el muslo que tenía encima del él, pero solo aumentó la intensidad cuando él cambió ligeramente la posición para entrar más profundamente y derramar toda su simiente dentro de ella. Se quedó aturdido, como ella. Fue tan intenso que Matteo, durante un instante, llegó a creer que todo era posible.

Le retiró la pierna que tenía encima y la tumbó de espaldas con un beso sin salir de ella. Le aliviaba todos los pesares, menos el mayor de todos. Cuando él fue a remediarlo, cuando, llevado por la intensidad del clímax, estuvo a punto de decirle lo único que ella quería oír, Abby lo impidió con un beso precipitado, un beso necesario. No lo hizo por él, lo hizo por sí misma. No quería ni mentiras ni promesas. Le bastaba con que significara algo inestimable.

Capítulo 10

No me ayudas nada a preparar la carrera. Abby suspiró, se estiró e intentó no caer en la tentación de quedarse dormida. No habían dormido y, si se dormía, podría no despertarse hasta que Pedro la llamara para saber dónde estaba.

—Voy a llamar para pedir un café —siguió ella después de decidir que iba a necesitar cafeína para afrontar todo lo que le esperaba—. ¿Quieres uno?

—No —contestó Matteo con un bostezo—. Podría estropearme la larga cabezada que pienso echarme.

—¿Cómo de larga? —le preguntó ella con un gruñido y un gesto de fastidio.

Matteo cerró los ojos mientras ella hablaba.

—Bueno, son casi las cinco y Kedah no llegará hasta mediodía. Eso son unas siete horas…

Fue como si quisiera recordarle lo poco que había dormido ella. Efectivamente, le costaba muchísimo levantarse de la cama, pero lo consiguió, fue a ducharse e intentó centrarse en el que, antes, había sido el día más importante de su vida. Todavía lo era, pensó mientras se duchaba. La noche anterior lo hacía más importante, pero por motivos distintos.

El café ya había llegado cuando salió de la ducha. Tomó la taza, salió a la terraza y miró los hermosos edificios antiguos y el resplandeciente Mediterráneo. Efectivamente, Montecarlo era precioso y ya era como sus recuerdos. Se sentiría bien independientemente de lo que pasara entre Matteo y ella. La otra vez que se despertaron juntos había sido tensa y complicada. No lo era en ese momento y estaba decidida a que nunca más volviera a serlo. No se arrepentía de la noche anterior y nunca se arrepentiría. Había sido una decisión que había tomado premeditadamente.

Volvió adentro; Matteo estaba dormido. Se vistió con el mono verde botella del día de la carrera y salió para hacer frente al día más importante de su vida, de su vida laboral, se corrigió a sí misma.

Pasó en una nube la espera hasta la carrera. Pedro estaba

concentrado en sus videojuegos y Bernadette estaba hablando por teléfono con amigos. Estaba presente, pero no se metía en nada. Ella pensó que le alegraba que estuviese cerca.

Matteo y Kedah llegaron justo después de la una; había una sensación de calma en el equipo Boucher. Habrían ganado aunque llegasen los últimos. Estaban más unidos que nunca. Pedro ya tenía cierto prestigio y las dos carreras anteriores habían sido increíbles.

Cuando se acercó el momento de que empezara la última carrera de la Henley Cup, Pedro salió con su mono de cuero y parecía más decidido que tenso. Bernadette le dio un beso para desearle buena suerte y todo el mundo también se la deseó, pero era el momento de que él y Abby tuvieran la última charla antes de que ocupara su puesto. Esa vez, Pedro no apretaba los dientes por los nervios y no hacía falta decirle nada para serenarlo. Aun así, ella le dijo lo que había pensado decirle, que lo importante era participar y que recordara lo lejos que habían llegado. Que la Henley Cup sería la guinda del pastel.

—Tú siempre te comes la guinda primero —comentó Pedro con una sonrisa mientras se ponía el casco.

—De acuerdo, mentí —reconoció Abby olvidándose del planteamiento de que los perdedores también eran ganadores—. A por ellos.

Era una carrera espectacular. El escenario parecía sacado de un folleto turístico, el tiempo era perfecto y el coche que Abby quería tanto salió como una bala. Matteo bebía un refresco mirando por los prismáticos mientras los coches tomaban las maravillosas calles en cuesta. Más tarde, se arrepintió de haber bebido tantos refrescos porque, cuando solo faltaban cinco vueltas y los cinco primeros estaban igualados, tuvo que ir al baño; Pedro iba el cuarto. Volvió y Kedah le informó de que ya iba el tercero, con el equipo Lachance y Hunter en primera posición y el equipo Carter con Evan pisándole los talones.

Matteo miró a Abby y vio que estaba muy concentrada y hablaba por el micrófono. No se miraron ni una vez. Le encantaba que ella fuese así y volvió a mirar la carrera, pero, entonces, pasó algo, y no en la pista.

Bueno, algo pasó en la pista porque Pedro superó a Evan y la esperanza superó el miedo de Matteo. En ese segundo silencioso, dentro de un ambiente ruidoso, Matteo perdió el miedo que nunca había mostrado, o, mejor dicho, los miedos que solo había mostrado a Abby. Si Pedro ganaba, e iba a hacerlo, lo enderezaría

todo de alguna manera.

—¡Corre! —gritó Matteo.

Fue como si Pedro lo hubiese oído porque al salir de la última curva, Pedro no solo adelantó a Hunter, sino que estuvo a punto de sacarlo de la pista.

—¡Tráela hasta el final! —volvió a gritar Matteo, quien también estaba hablando del coche como si fuese una persona.

¡Había ganado! Fue maravilloso, fue un caos.

Además, cuando Hunter intentó dominar el coche, Evan lo adelantó y el equipo Carter quedó segundo.

Hubo música y champán. Se levantó la Henley Cup y todo fue como un sueño increíble hasta que llegó el momento de la rueda de prensa.

Abby estaba intentando localizar a Pedro y lo encontró hablando con uno de los organizadores. Hunter y Evan ya estaban sentados cuando el ganador entró entre aplausos. Abby se quedó a su lado y Matteo, en el centro de la habitación, miró su expresión indescifrable y se preguntó qué estaría pensando mientras empezaban las preguntas.

—Quiero felicitar a Pedro —dijo Hunter—. Tiene un talento impresionante. Sin él…

Hunter miró a Abby como si quisiera decirle que ella no valía nada, que sin su piloto…

Matteo la observó. A ella no le costaba respirar ni dijo una obscenidad con los labios ni hizo nada de lo que podría haber hecho con todo el derecho del mundo. Abby sonrió solo por un motivo, estaba feliz. Además, si había miradas que podían matar, había sonrisas que podían despedazar porque después de la rueda de prensa, y para alivio de Matteo, el avión de Hunter despegó sin esperar a nadie y, por fin, Abby y él pudieron estar solos.

—Lo has derrotado —le dijo Matteo.

—No —Abby sacudió la cabeza—. Hemos ganado.

Quería explicar mejor el cambio que se había producido en ella, los cambios en su corazón, quería decirle que, aunque no había un porvenir para ellos, guardaría para siempre el pasado como un tesoro, pero, en ese momento, no tenía tiempo.

—Hola, Matteo —le saludó Pedro—. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece qué?

—Me han dado permiso antes de que bajen las barreras. ¿Quieres dar una vuelta ahora?

—Matteo tiene que marcharse —intervino Abby para darle una excusa.

Ella sabía que le aterraba la mera idea de dar una vuelta en un coche de carreras, pero Matteo, como siempre, la sorprendió.

—Me encantaría, Pedro.

Matteo se preparó; la cara que desapareció dentro del casco estaba pálida, pero era algo que quería, que necesitaba hacer.

Abby lo miró mientras salía del box, recorrió su cuerpo enfundado en el mono de cuero. Lo miró de arriba abajo como él la había mirado el primer día.

—¿Está mal que te diga cuánto te admiro en este momento? —le preguntó ella.

—No me adules, Abby —replicó Matteo resoplando.

—No tienes que hacerlo.

—Ya, pero creo que sí tengo que hacerlo.

Se montó en el coche y se puso el cinturón de seguridad. Entonces, Pedro se acercó y comprobó su casco y su cinturón antes de montarse. Esa era la diferencia. Pedro, al contrario que su padre, era un experto. Se entrenaba para eso, todo lo que entraba en su boca era para mejorar y, además, se ceñía a las reglas. Como también podía hacer él. Él tampoco era su padre.

Todos esos pensamientos le rugían en la cabeza con más fuerza que el motor mientras comprobaba lo en forma que había que estar para soportar el calor y la fuerza de la aceleración cuando el coche trazaba una curva, y lo concentrado que había que estar. Efectivamente, era aterrador, pero también era estimulante y una de las mejores experiencias de su vida. Cuando se bajó del coche, el mundo le parecía distinto.

—Me siento como si me hubiese deshecho de un fantasma —le reconoció a Abby mientras se quitaba el casco.

Abby asintió con la cabeza. La noche anterior le había pasado lo mismo a ella.

Capítulo 11

Le habría encantado quedarse y participar en la celebración, pero Matteo tenía que marcharse y volver a Nueva York. Tenía que hacerlo con más razón incluso que antes.

Gracias a la diferencia horaria y al tiempo de vuelo, todavía era domingo, aunque a última hora de la tarde, cuando se dirigió hacia la residencia Di Sione. Giovanni tenía compromisos toda la semana y, si quería hablar con él, tenía que ser esa noche. Ya le había comunicado que iba a ir y sabía que su abuelo esperaba que fuera porque tenía buenas noticias. Se preguntó cómo se tomaría esa noticia.

Alma le abrió la puerta y le dijo que Giovanni estaba en la sala. Él le dio las gracias y fue hasta allí. Giovanni estaba sentado, mirando el lago, y él llamó con los nudillos en la puerta abierta para avisarle de que estaba allí.

—¡Matteo!

Su abuelo se dio la vuelta con una sonrisa de oreja a oreja y fue a levantarse, pero Matteo le hizo un gesto con la mano para que se quedara sentado, se acercó y le dio un beso en la mejilla. Sintió una punzada de remordimiento cuando notó sus frágiles hombros bajo las manos y vio el rostro cansado y arrugado de su abuelo.

—Has estado ocupado —comentó Giovanni.

—Sí. Tengo que reconocer que me gusta el mundo de las carreras de coches.

—Ya he visto que tu equipo ganó la copa. Me levanté temprano y vi la carrera —entonces, Giovanni se puso serio—. No es una buena noticia, ¿verdad?

A él le parecía una noticia muy buena. Estaba loco por una mujer por primera vez en su vida, pero no hacía falta que su abuelo supiera todo eso.

—La verdad es que no —contestó Matteo mientras se sentaba —. Seguí la pista del collar. Lo compró…

—¡Ellison! —Giovanni puso los ojos en blanco—. Lo adiviné cuando te vi con su hija. Creo que nunca te he visto tanto tiempo con una mujer.

—Se llama Abby y he patrocinado su equipo. Cuando me reuní

con Ellison, me dijo que quería que llevara a su hija a un acto que celebra este viernes. Si Abby lleva su collar, es mío.

—¿Y? —preguntó Giovanni frunciendo el ceño porque no veía el inconveniente—. Podrá ponérselo solo una noche.

—Es el collar de su madre. Abby se lo puso la noche que su equipo ganó la carrera. Estoy seguro de que significa mucho para ella y no voy a arrebatárselo. No puedo.

—¿Aunque sepas que significa todo para mí?

—Aun así —contestó Matteo.

—¿Estás enamorado?

—Eso creo —reconoció Matteo aunque no sabía qué era el amor—. Lo que sí sé con toda certeza es que voy a hacer lo que sea para no hacerle daño.

Giovanni se dio cuenta de que no era el hijo de su padre. Matteo era un hombre por sí mismo.

—Me espanta decepcionarte —siguió Matteo mientras Giovanni asimilaba la noticia—. Sé que te dije que te traería el collar, pero no puedo hacerle eso a ella.

Giovanni se dejó caer contra el respaldo de la butaca y miró el lago. Quería el collar con toda su alma. Había llegado a esperar que si encontraba Las Amantes Perdidas y las reunía otra vez, eso arreglaría su familia rota. Sin embargo, aunque anhelaba recuperar el collar que significaba tanto, también era posible que su magia ya hubiese dado resultado. Nunca había oído a su nieto hablar así de nadie.

—¿Podría volver a verlo? —le preguntó Giovanni—. ¿Crees que, si se lo explicas a Abby, ella me dejaría tenerlo en las manos una vez más?

—Creo que sí —contestó Matteo con cautela—. El asunto es que… —Matteo resopló—. Podría tardar un poco en que ella accediera. Voy a tener que decirle que me puse en contacto con ella por el collar y, si conozco a Abby, no va a tomárselo muy bien.

—Vas a meterte en líos otra vez —comentó Giovanni con una sonrisa.

—Desde luego. Déjame que me ocupe.

Fueron unos días muy atareados para Matteo, pero encontró tiempo para llamar a Abby y captó la sorpresa en su voz.

—Solo quería saber cómo había aterrizado todo el mundo después de la celebración —comentó Matteo.

—Bueno, creo que nadie ha aterrizado todavía —reconoció Abby—. No creo que nadie vaya a tocar tierra hasta dentro de

algún tiempo. El viernes tenemos la fiesta por todo lo alto en Los Ángeles. Podrías ir…

Ella intentó decirlo en tono desenfadado para no hacerse ilusiones porque la había llamado.

La verdad era que Matteo no podía ir a Los Ángeles, pero tampoco podía decirle el motivo.

—No puedo ir el viernes. ¿Irá Hunter?

—No —contestó Abby—. Ha desaparecido del mapa.

—Perfecto. ¿Cuándo volverás?

—El sábado por la tarde.

—¿Te gustaría salir a cenar?

Matteo lo preguntó como si no hubiese reservado ya el restaurante, como si todos los planes que había preparado esa semana no dependiesen de su respuesta. Se hizo un silencio eterno. Eterno porque ella no había esperado esa llamada y la invitación a cenar la misma noche que llegaba era más de lo que se atrevía soñar. Quizá solo quisiera hablar del equipo, intentó avisarse, pero su corazón no mordió el anzuelo. Rezó para que no le hiciera daño, para que no le creara falsas esperanzas porque había aceptado acostarse con él cuando él había dicho que no podía haber nada más.

—Sí —Abby se aclaró la garganta e intentó que pareciera que no era para tanto—. Me parece una buena idea.

—Entonces, quedamos el sábado. Mándame un mensaje con tu dirección y estaré allí hacia las ocho.

Él no esperó su respuesta, también estaba haciendo un esfuerzo para mantener las cosas en su sitio.

El viernes, Matteo entró en una joyería muy exclusiva.

—Nunca había trabajado tanto —le comentó el joyero.

Cuando le enseñó la pieza a Matteo, este pudo apreciar el trabajo y destreza que había dedicado el joyero a esa obra maestra. Aunque solo había tenido una foto, podría pasar por ser del mismo orfebre. La esmeralda lucía todo su esplendor en la montura de platino y era una auténtica obra de arte. No, no había encargado una copia del collar. No podría copiarse el original y Matteo sabía que el collar era el único original. Por eso, había encargado un anillo.

—No encuentro nada en la foto del collar que indique su origen —reconoció el joyero.

—Es todo un misterio.

Matteo también estaba intrigado, pero su abuelo se había mantenido hermético.

—Es una mujer afortunada —dijo el joyero mientras dejaba el anillo en el estuche que había encargado Matteo para que se pareciera al del collar.

—Es posible que tenga que recordárselo a ella —replicó Matteo al imaginarse la reacción de Abby cuando le contara la verdad.

Naturalmente, estaba nervioso por tener que contarle el asunto del collar, pero con ese anillo…

Volvió a su piso, guardó la foto y el anillo en la caja fuerte, se tumbó en la cama e intentó planear la conversación del día siguiente, pero no pudo llegar muy lejos. No pudo pasar de cuando le decía a Abby que había estado en el despacho de su padre y había trazado el plan de patrocinar su equipo… y ella le daba una bofetada en la cara. Decidió que tendría improvisarlo durante la cena del día siguiente y se quedó dormido.

Se despertó cuando oyó el zumbido del teléfono y vio el contorno de la ciudad sobre un fondo rosa.

—Abby… —él se sentó—. ¿Qué hora es allí?

—Las ocho —Matteo frunció el ceño porque parecía que estaba atardeciendo y en Los Ángeles eran unas horas menos—. Matteo, ya estoy en Nueva York.

—¿Por qué?

—Hunter llegó esta mañana y no quise estar cerca de él. Es la fiesta de Pedro y no quería que nada se la estropeara. Por eso he decidido volver.

—Muy bien.

—Necesito un favor —siguió Abby—. Bueno, no lo necesito, pero significaría mucho para mí que me hicieras este.

—¿Cuál?

—Estoy de camino hacia la casa de mi padre… —Abby tomó aliento—. Ya sé que dije que no iba a asistir, pero he cambiado de opinión. No es para tanto. Me pasaré por ahí un par de horas y sería fantástico si pudiera decir que vas a acompañarme.

—Abby —Matteo ya se había levantado de la cama—, te acompañaré. Me cambiaré y te recogeré.

¡Y confesaría! Ya estaba desvistiéndose mientras hablaba, pero la velocidad no iba a salvarlo.

—No, no hace falta —replicó Abby—. Él quiere que esté a las ocho y ya llego tarde. Entendería que no quisieras venir, pero me ayudaría mucho que vinieras. Te mandaré un mensaje con la dirección… —Abby miró por la ventanilla del coche y vio que ya había llegado—. Ya estoy aquí. Deséame suerte.

Había tomado la decisión en el último minuto. Había llegado a

su casa, había deshecho la maleta y había visto el maravilloso vestido plateado que se había puesto le noche que ganaron en Dubái. ¿Por qué no?, había pensado. Se había recogido el pelo para lucir el collar y había decidido que seguiría el juego durante una noche. Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de que nunca serían una familia muy unida, pero podía asistir a un acto de vez en cuando y reunirse con ellos.

El coche que le había mandado su padre se había parado delante de la casa que nunca había sido un verdadero hogar feliz y le habían abierto la puerta. Hacía años que no iba por allí. Solo había podido intercambiar algunos correos electrónicos y llamadas telefónicas desde aquel momento espantoso, cuando se sentó en una butaca del despacho de su padre y este le dijo que no haría nada para que Hunter respondiera por lo que había hecho. Estaba mucho más preparada para dejarlo atrás y, nueve años después, se sentía mucho más fuerte que la última vez que subió los escalones para entrar en su casa familiar.

—¡Abby! ¡Enhorabuena!

Oyó gritos por todos lados mientras entraba.

—¡Abby! —su hermana Annabel se acercó y le dio un beso en la mejilla, pero le pareció como la picadura de un insecto—. ¿Has cambiado de opinión?

—Sí.

—¡La hija pródiga ha vuelto triunfal!

Ella podría haber replicado algo hiriente. Annabel creía que había ido solo para regodearse porque su equipo había ganado, pero no tenía nada que ver con eso.

—Intenta portarte bien esta noche. Es muy importante para papá —añadió su hermana.

El marido de Annabel también se acercó y le sonrió con reparos.

—Abby…

La noche fue bien aparte del gélido recibimiento. Su padre estaba demasiado ocupado hablando con unos y otros como para prestarle mucha atención y eso le pareció perfecto. Entonces, su teléfono sonó y vio que era un mensaje de Matteo.

Ya estoy de camino

Ella contestó.

No hace falta que corras

Matteo le mandó otro.

Abby, tenemos que hablar

Ella frunció el ceño y se preguntó si Matteo estaría haciendo una de esas cosas que hacía para recordarle que él no tenía relaciones sentimentales y estaría fastidiado porque le había pedido que fuera. Decidió que ya le explicaría cuando llegara que no quería presentarle a su padre como si fuese su novio. Dejó de pensar en eso cuando se acercó un amigo de su padre y le preguntó por la carrera de Dubái.

—Fue increíble —contestó ella por enésima vez esa noche.

Sin embargo, le encantaba hablar de eso. Como sabía que Matteo tardaría un poco en llegar, subió para repasar el maquillaje y el peinado y se miró en el espejo de cuerpo entero. Efectivamente, el collar y el vestido quedaban muy bien, pero lo que había cambiado esa noche era la mujer que los llevaba. Se acordó de cuando salió del ascensor y de la sonrisa de Matteo cuando la vio. Se acordó de los momentos maravillosos que habían pasado juntos y se sintió impaciente por verlo otra vez.

Fue a bajar a la fiesta otra vez. Nunca le gustarían ese tipo de acontecimientos, pero se alegraba de haber hecho el esfuerzo esa noche. Se sentía segura… Que ella recordara, era la primera vez que se sentía feliz, segura y hermosa. Entonces, vio que el hombre que había conseguido esas tres cosas entraba en la casa de los Ellison. Llevaba un traje oscuro y se apartó el flequillo con la mano mientras miraba alrededor, para buscarla, supuso ella.

—¡Matteo!

Su padre lo había visto y ella frunció el ceño por lo complacido que parecía de que estuviera allí. Naturalmente, ellos se conocerían de otros actos parecidos, pero estrechó la mano de Matteo muy efusivamente. Incluso, le dio unas palmadas en el hombro y los dos desaparecieron en el despacho de su padre mientras ella bajaba las escaleras.

Matteo había esperado hablar con Abby antes que con su padre, pero acompañó a Ellison dispuesto a decirle lo que tenía que decir.

—Enhorabuena —le felicitó Ellison.

—Fue una victoria increíble.

Matteo miró las fotos que Ellison le había enseñado la vez que se conocieron y la rabia le atenazó las entrañas. Allí estaba la foto

de Abby con Hunter. Ese malnacido sabía lo que le había hecho a su hija y, aun así, tenía la foto en la pared.

—No me refiero a la victoria —replicó Ellison—. Me refiero a que hayas conseguido que Abby esté aquí. Pensé que podría venir, aunque fuera a regañadientes, pero ha sido la sensación de la fiesta. El collar es tuyo. Te lo has ganado con creces.

Abby se quedó junto a la puerta entreabierta y consiguió mantenerse de pie aunque parecía como si el suelo se abriera debajo de ella. ¿Qué había conseguido? Eso no tenía sentido. Aunque empezaba a tenerlo. Su padre había querido que ella asistiese esa noche con el collar y ella sabía lo rastrero que podía llegar a ser. ¿Por qué había tenido un concepto mejor de Matteo? Porque, a pesar de las advertencias, se había enamorado.

Estuvo tentada de darse la vuelta y marcharse, de fingir que no había oído nada y pasar la noche sin montar una escena. No tenía nada que ver con que le hubiesen dado instrucciones para que se portara bien; sencillamente, no quería que ese sueño terminara. El sueño de que Matteo la había querido de verdad. Pensó en su madre, que sonreía a la cámara fingiendo que todo iba bien en un mundo que estaba patas arriba, y se negó a recibir ese legado.

—¿Qué es eso que acabas de decir? —preguntó ella mientras entraba en el despacho.

Matteo estaba de espaldas, pero ella notó que se ponía rígido al oírla.

—Abby… —empezó a decir, pero Ellison lo interrumpió.

—Estaba felicitando a tu patrocinador —dijo su padre sin importarle lo más mínimo que ella los hubiese oído.

Matteo pensó que, si era tan insensible como para tener la foto de Hunter en la pared, eso solo era un poco más de dolor que añadía al conjunto

—¿Qué tiene que ver con eso que yo lleve el collar de mi madre? —preguntó ella, que ya estaba al lado de ellos y se enfrentó primero a su padre—. ¿Qué quiere decir que el collar sea de Matteo?

—¿Podemos hablar en otro sitio que no sea aquí? —preguntó Matteo.

—¿Por qué? —preguntó ella—. A mí me parece el sitio perfecto. ¿Por qué íbamos a divulgar toda mi desdicha fuera de esta casa? ¿Por qué le has dicho a Matteo que mi collar es suyo? —volvió a preguntar ella elevando la voz.

—En realidad, ese collar es mío —le corrigió Ellison—. Tu madre me lo dejó a mí. Yo sabía que tú necesitabas dinero. Matteo

quería el collar y le dije que si conseguía que vinieras con él puesto… —Ellison se encogió de hombros—. No es gran cosa —a ella se le empeñaron los ojos de lágrimas y su padre lo interpretó mal—. No te pongas tan sentimental, Abby. Tu madre detestaba ese collar.

—¡Y yo sé por qué! —gritó Abby—. Porque habías sido infiel otra vez y tú, otra vez, creíste que una joya arreglaría las cosas.

—Y las arregló. Tu madre sabía comportarse, como lo sabe Annabel. En cambio, tú, Abby…

—En cambio, ¡yo no cierro los ojos a todo!

—Abby, puedo explicarlo —intervino Matteo.

—No —replicó Abby—. No quiero tus embaucadoras mentiras. ¡Quiero oír la verdad dicha por mi padre! —gritó ella—. Él, al menos, no edulcora las cosas.

—Abby, baja la voz —le advirtió su padre.

—Entonces, contéstame. ¿Estás diciendo que chantajeaste a Matteo?

—Fue un trato entre caballeros.

—Ya lo he entendido, gracias.

Matteo agarró a Abby del brazo e intentó llevársela, pero ella se zafó.

—¿Cuándo se hizo ese… trato entre caballeros? —preguntó ella.

—Matteo vino a verme en abril para comprar el collar…

La reunión se había celebrado antes de que ella hubiese conocido a Matteo y ya no tenía que saber nada más. Fue a marcharse porque ya no tenía nada más que decirle a su padre, pero sí le dijo algo más a Matteo mientras pasaba a su lado.

—¡Que te den…!

Salió del despacho, llegó hasta el vestíbulo y se marchó de la casa. Los invitados la miraban con los ojos como platos y Annabel la miraba con los ojos como ascuas porque, una vez más, Abby había montado una escena.

—¡Espera!

Matteo bajó corriendo los escalones. Abby se quedó en el escalón más bajo y él se puso delante, pero ella miró hacia otro lado con frialdad para no desmoronarse.

—Te odio.

—No es verdad —Matteo la agarró de los brazos y casi la zarandeó—. Odias lo que he hecho, odias que estuviese dispuesto a engañarte, pero no lo hice.

—¿Cómo puedes decir eso cuando te reuniste con él en abril?

Mi equipo no te interesó en ningún momento.

Para Abby, las cuentas estaban muy claras. Ella no le había interesado jamás. Toda la felicidad, todos los recuerdos se disolvieron como una pastilla de jabón olvidada en la bañera. Se acordó de cuando fue a un restaurante muy exclusivo vestida con vaqueros y pareció darle igual. Claro, le había dado igual lo que llevara porque él estaba pensando en otras cosas esa noche. ¿Había estado dispuesto a tomárselo todo con tanta calma por el collar? Sintió náuseas mientras se amargaban esos recuerdos tan dulces.

—Abby, mi abuelo está enfermo y quería ese collar más que cualquier otra cosa, y yo iba a fingir…

—Fingir…. Empezaste a mentir incluso antes de conocerme.

—Sí, pero dejé de mentir cuando nos conocimos —replicó Matteo—. ¡Lo sabes! A la mañana siguiente ya estaba apasionado con tu equipo y una semana después me preocupaba por ti más que ellos…

—Déjame en paz.

Estaba más humillada, abochornada y dolida de lo que podía estar.

—He intentado decirte lo del collar…

—¿Cuándo?

Matteo resopló. Sabía que no lo había intentado de verdad, que lo había dejado pendiente durante demasiado tiempo.

—Toma —Abby se quitó el collar y se lo tiró, pero acabó en el suelo—. Llévaselo al viejo malnacido. Dile que ya tiene su precioso collar. Espero que todos seáis felices.

Matteo se quedó parado mientras ella se levantaba el vestido y se alejaba apresuradamente. Tenía un anillo en el bolsillo, pero una joya no iba a arreglarlo. Era posible que desvelarlo todo no aclarara gran cosa y llegara demasiado tarde, pero, aun así, fue tras ella.

—Si crees que los tres últimos meses han sido una farsa…

—Eso es exactamente lo que han sido, una farsa. Y tú eres el mayor farsante de todos.

—No puedo creerme que no vayas a escucharme siquiera.

—¡No necesito escucharte! —gritó Abby—. ¡Todos sois iguales!

Mientras lo decía, antes incluso de que viera la expresión de Matteo, Abby quiso arrastrase por el suelo, no para recoger el collar, sino para retirar sus palabras.

—¡Ni se te ocurra compararme con ellos!

Aunque ella tenía todo el derecho del mundo a estar furiosa,

vio la rabia de Matteo. No le asustó, en realidad, le avergonzó cuando Matteo siguió.

—Jamás me pongas a la altura de tu padre o de Hunter… —estaba harto de que lo culparan de los errores de los demás y de que lo compararan con su padre—. Nunca te haría daño intencionadamente.

—Sin embargo, me has hecho daño —replicó Abby empezando a llorar.

—Se llama una discusión, Abby…

—¡Y no la necesito!

Abby se marchó a su coche y él, también furioso, dejó que se marchara.

—¿Algún problema? —Ellison bajó los escalones, recogió el collar y se lo dio a Matteo sin dejar de hablar—. Abby es así, siempre monta un número. Aun así, tú cumpliste tu parte del pacto y tienes lo que querías.

Matteo no dijo nada y se guardó el collar en el bolsillo. Era mucho más seguro. Sin embargo, en vez de irse a su coche, subió los escalones de tres en tres, volvió a la casa y fue al despacho del que acababa de salir.

—¿Puede saberse qué estás haciendo? —le preguntó Ellison.

Matteo había arrancado la foto de Abby y Hunter de la pared y la había roto con la rodilla. No contento con eso, tomó la imagen, la hizo mil pedazos y se los tiró a Ellison.

—Lo que tú deberías haber hecho hace años.

Sin embargo, no se conformaba con romper la foto de Hunter, ¡ni mucho menos! Matteo se montó en el coche, se dirigió hacia el aeropuerto y pidió que le prepararan el avión.

—¡Ahora!

Cortó la llamada y tiró el teléfono por la ventanilla del coche. Ese malnacido estaba en Los Ángeles. No, eso no tenía nada que ver con arreglar las cosas. Se trataba de hacer todo lo que no se había hecho.

Capítulo 12

Abby se despertó después de mediodía. Todavía llevaba puesto el vestido plateado y tenía la cara hinchada de haber llorado hasta el amanecer. Matteo no había ido a darle explicaciones, cuando ella había esperado que quizá lo hiciera, pero entendía el motivo. Tampoco había contestado el teléfono las veces que lo había llamado y también entendía el motivo. Lo había puesto a la altura de su padre y, lo que era peor, de Hunter, y ese era el último sitio donde se merecía estar. Para un hombre como Matteo, a quien siempre lo habían comparado con su propio padre, había sido un golpe muy bajo.

Sencillamente, no sabía cómo arreglarlo.

Efectivamente, él le había mentido, pero ahora, cada vez que ella se enfadaba, cada vez que sentía un arrebato de rabia, se acordaba de lo amable que era, de lo sexy que era y de que la había ayudado a encontrarse a sí misma. Tenía todo lo que siempre había creído que quería. Tenía la Henley Cup, tenía un equipo ganador, se había vengado y había recuperado la sexualidad, pero no lo tenía a él. No le extrañaba que él no quisiera tener una relación sentimental, pero intentó localizarlo otra vez en su teléfono, aunque la mandaron al buzón de voz.

—Matteo, soy Abby. Anoche… Anoche dije cosas que no te merecías. Lo siento y… no sé qué más decir. Tienes razón, no puedo creerme que no escuchara tu parte de la historia, pero me gustaría hacerlo.

Cortó la llamada y se quedó sin saber qué hacer, hasta que oyó que entraba un mensaje y se abalanzó sobre el teléfono. Sin embargo, se desinfló cuando vio que era Bella.

¿Has visto las noticias?:—)

Abby frunció el ceño.

¿Qué noticias?

Ponlas

Abby las puso y vio a un periodista con gesto serio delante del local donde ella debería haber estado la noche anterior. El

periodista hablaba del muy unido mundo de las carreras de coches y negaba que Hunter hubiese bebido y se hubiese puesto detrás de un volante.

—El director del equipo Lachance insiste en que se cayó…

Entonces, pusieron la imagen de Hunter abandonando un hospital y Abby tragó saliva porque, si se había caído, lo había hecho desde una altura considerable. Llamó a Bella.

—¿Puede saberse qué ha pasado? —le preguntó Abby a su amiga—. ¿Se fue en coche?

—No, no fue un accidente de coche —contestó Bella en un tono exultante—. Tu encantador patrocinador lo visitó anoche.

—¿Matteo?

—Sí.

—No… —Abby se sintió mareada—. ¿Lo han acusado de algo?

—Precisamente, ¡Matteo quiere que lo acusen! —Bella se rio—. Cuando acabó con Hunter, sacó una tarjeta de visita, la tiró encima de él y dijo que estaba deseando explicar lo que había hecho delante de un juez. Abby, ha sido una de las mejores noches de mi vida. Todavía estamos bebiendo y brindando —entonces, Bella se puso seria—. Hunter me acosó una vez. Abby, no me hagas preguntas, pero…

—De acuerdo, lo entiendo.

Ya hablarían algún día.

—¿Dónde está él? —preguntó Abby.

—Creo que estás reimplantándole los dientes.

—No, me refiero a Matteo.

—No lo sé —contestó Bella—. Se marchó después y nadie sabe dónde está…

Abby sí lo sabía. Entonces, cuando cortó la llamada, oyó su voz y que llamaba a la puerta. La abrió y vio a Matteo tambaleándose y con un aspecto lamentable.

—Ya sé que te espanta la violencia… —empezó a decir él—, pero tenía que pagar.

Matteo tenía un ojo y los nudillos amoratados y un diente roto. Tenía que haber sido una buena pelea. Ella sabía cuánto se entrenaba Hunter para estar en forma y también sabía, en carne propia, lo violento que podía llegar a ser.

—Entra —le pidió ella mientras mantenía abierta la puerta.

—No. He venido solo para decirte una cosa. Dos, mejor dicho.

—Bueno, ¿no podemos hacerlo dentro? —le preguntó ella. Matteo asintió con la cabeza, pero ella habló primero—. He intentado llamarte.

—Tiré el teléfono por la ventanilla del coche.

—¿Por qué?

—Porque no quería que me disuadieras —contestó Matteo—. Lo habrías intentado y luego te habrías preocupado toda la noche. Además, estaba enfadado contigo. Lo que te hizo Hunter fue despreciable y no deberías consentir lo que sigue haciéndote. Deja de malgastar tu vida para vengarte.

—Ya lo sé ahora —Abby intentaba no llorar—. Incluso cuando ganamos la copa, yo intentaba explicar que estaba feliz porque habíamos ganado, no porque lo había derrotado.

—Perfecto.

Matteo se sentó en un sofá. Miró alrededor. Después de la noche que había pasado, le gustó relajarse en silencio. Debía de haber un árbol enorme fuera porque lo único que podía ver por la ventana eran hojas verdes.

—Pasaré a lo segundo enseguida —comentó Matteo mientras apoyaba la cabeza en el respaldo.

—¿Puedo ofrecerte algo?

—Sí, algo de beber.

Ella supo que no se refería a café.

—Creo que no deberías beber —dijo ella aunque le sirvió una copa de un coñac muy bueno.

—Y yo creía que tú no bebías —replicó él dando un sorbo largo y lento.

—Dirijo un equipo de carreras —le recordó Abby—. Se cansan de la limonada. En realidad, me lo regaló mi amiga Bella cuando quedamos quintos el año pasado. Lo he escondido de ellos desde entonces.

—Bien hecho.

Sin embargo, esa charla trivial no duró mucho.

—La segunda cosa —Matteo vio que ella se sonrojaba, que parpadeaba varias veces y que todavía tenía los ojos rojos de haber llorado—. No vuelvas a compararme con él jamás.

—Siento de verdad lo que dije.

—Y deberías sentirlo porque yo jamás trataría así a ninguna mujer.

—Lo entiendo, Matteo. Estaba enfadada, estaba molesta…

—¡No hay excusas! —le interrumpió él señalándola con un dedo—. Me encanta una buena discusión, pero si vuelves a arrojarme eso, saldré por la puerta y no volveré.

Fue una advertencia muy severa, pero, aun así, ella sintió que se encendía una tenue llama de esperanza en el corazón.

¿Significaba eso que quizá, solo quizá, podrían tener un porvenir? Naturalmente, él le había dejado muy claro que no sería gran cosa, pero había pasado tres meses en su corazón y ella no quería que todo acabara por una discusión.

—Y tampoco me compares jamás con tu padre —añadió él.

—No lo haré.

—¿Sabe él lo que pasó? —le preguntó Matteo.

Todavía no podía creérselo, pero Abby asintió con la cabeza.

—Sigue como si no lo supiera. No soporto que todavía tenga esa foto en la pared.

—Ya no está ahí. La destrocé.

—Gracias.

—También la rompí en mil pedazos, pero no me conformé y fui a buscarlo, y no me arrepiento —Matteo se levantó—. Voy a marcharme.

Quería darse un baño y adecentarse, ese día no debería estar así.

—No te marches todavía.

—Estoy hecho un desastre y quiero dormir.

—Te prepararé un baño y puedes dormir aquí.

Ella no podía soportar que todo se retrasara otras veinticuatro horas o, conociendo a Matteo, varias semanas.

Abby le preparó el baño y él se desvistió con la misma naturalidad de siempre. Se metió en la bañera y ella se sentó en el borde con el vestido puesto.

—¿Por qué lo llevas todavía? —le preguntó Matteo.

—Me dormí con él puesto.

—Eso es muy impropio de Abby…

—Bueno, últimamente, no tanto.

Él tenía un cuerpo precioso y ella pudo admirarlo tranquilamente cuando Matteo metió la cabeza en el agua un momento.

—Ya sé que no quieres oírla, pero voy a explicarte mi versión de las cosas —dijo Matteo.

—No quiero oírla.

—Entonces, tráeme mi chaqueta.

Ella se la llevó y él la empapó al rebuscar por los bolsillos. Sacó el collar y tiró la chaqueta al suelo.

—Sabes que nuestro abuelo nos crio, ¿verdad?

Abby asintió con la cabeza.

—Y te conté nuestra pelea y que, desde entonces, hemos resuelto las cosas. No hablamos mucho, pero hablamos. Lo saco de

casa y me ocupo de él. En abril me pidió que fuera a verlo y me dijo que está muy enfermo.

Ella ya lo sabía por la conversación que había tenido con Allegra.

—Cuando estábamos haciéndonos mayores, nos contaba la historia de Las Amantes Perdidas. La verdad es que yo no prestaba mucha atención, él no paraba de contarla…

—Cuéntamela.

—No… —Matteo puso los ojos en blanco e imitó la voz de un anciano—. «No me preguntes cómo las conseguí… un anciano tiene que tener secretos…».

Abby se rio.

—Bueno, él empezó a hablar otra vez de sus amantes perdidas y me dijo que quería que le encontrara una. Al principio, pensé que estaba un poco aturdido, pero no, me enseñó una foto del collar, me dijo que quería irse a la tumba en paz y me rogó que encontrara el collar. Le seguí la pista hasta tu padre y le hice una oferta, pero él la rechazó. Tu padre me dijo que, si quería el collar, tenía que conseguir que fueses a la recaudación de fondos con el collar puesto para que, por una vez, parecieras una mujer —él miró a Abby—. Debería haberme negado, pero acepté y fue un error. Le dije que no iba a seducirte ni nada parecido y él me sugirió que fuese como un inversor.

Le dolía oírlo, no podía pulir sus palabras como si fuesen una piedra. Le había mentido la primera vez que se conocieron.

—Yo creí que estabas interesado en el equipo —sonaba patético, pero no tan patético como si hubiera admitido que había esperado, casi desde el principio, que la deseara—. Dijiste…

—Abby, yo odiaba los coches y sabes por qué —ella asintió con la cabeza—. Sin embargo, dejé de odiarlos cuando fuimos a cenar.

Ella todavía se acordaba de que él le había dicho que estaba muy bien con aquellos vaqueros espantosos y cuánto la había tranquilizado. Le dolía una atrocidad saber que todo había sido mentira.

—Abby, yo creía que eras la mujer más mal educada que había conocido en mi vida. Tuve resaca y tu actitud me facilitó mucho que me marchara. Iba a decirle a mi abuelo que no había ninguna posibilidad o a hacerle una oferta mejor a tu padre. Sin embargo, cuando empezamos a hablar, a hablar de verdad, quiero decir, me cautivaste y dejé de fingir.

—Sin embargo, no me lo dijiste —replicó Abby, que ya no estaba enfadada, sino desconcertada.

—¿Cuándo? ¿Cuándo iba a decírtelo? —entonces, Matteo le dijo algo de sí mismo—. Abby, miento bien y, normalmente, no tengo remordimientos. Digo lo que tengo que decir para conseguir lo que quiero y se me da muy bien eludir las cosas. Cuando mis padres se peleaban, yo me encerraba en mi propio mundo. Cuando mi abuelo me dijo que estaba muriéndose, yo le propuse que saliéramos a beber algo. Cuando la mujer que me tiene loco me cuenta lo que le ha pasado y después baja, nerviosa y cohibida con el collar puesto… ¿Debería habértelo dicho aquella noche? ¿Te lo habrías tomado bien?

—No.

—El domingo por la noche, en cuanto llegué a Nueva York, fui a hablar con mi abuelo —siguió Matteo—. Le dije que no iba conseguir el collar, que yo no iba a hacerte eso —le entregó el collar—. Es tuyo.

—Teóricamente, es tuyo —replicó ella—. Un trato entre caballeros y todo eso…

—Tu padre no es un caballero y eso anula el trato. Es tuyo.

Abby tomó el collar.

—¿Qué dijo tu abuelo cuando supo que no iba a recuperarlo?

—Creo que le molestó, pero sobrevivirá —Matteo cerró los ojos—. Bueno, la verdad es que no —Matteo esbozó media sonrisa—. Me preguntó si podría verlo una vez más, ¿te parece bien?

—Creo que podemos hacerlo —contestó Abby levantándose.

—¿Entiendes ahora por qué no te lo conté?

Abby no contestó y fue hacia la puerta del cuarto de baño.

—¿Te marchas? —le preguntó Matteo.

—Sí.

Matteo se tumbó en la bañera y cerró los ojos. Naturalmente, se marchaba.

Capítulo 13

Abby fue a su dormitorio y vio por la ventana el mismo árbol que se veía desde la sala.

No podían acabar con una discusión. Los moratones habrían desaparecido dentro de unos días, recuperaría esa sonrisa resplandeciente y Matteo se marcharía en busca de horizontes nuevos.

Sin embargo, en ese momento, aunque le había mentido para abrirse paso en su corazón cerrado con siete llaves, ella se alegraba mucho de que lo hubiese hecho. Durante las semanas pasadas, ella se había abierto y era menos cautelosa, confiaba más en los demás. Matteo tenía razón, si se lo hubiese dicho entonces, ella habría desaparecido.

Había cambiado, todo había cambiado.

Se quitó el vestido, se puso el collar y así, desnuda y con la amante perdida en el cuello, volvió al cuarto de baño.

Lo amaba. Él la había defendido, había luchado por ella, la había aceptado plenamente, y ella lo aceptaba a él. No era perfecto, pero tampoco lo querría de otra manera. Durara lo que durase. No quería cambiarlo ni que Matteo la cambiara a ella. Solo esperaba que algún día él dejara de tener la imagen sombría que tenía de sí mismo y que supiera que era un hombre increíble.

Estaba tumbado y adormilado en la bañera humeante, pero abrió los ojos cuando ella entró. Efectivamente, esa mujer cohibida y nerviosa había desaparecido, aunque todavía conservaba cierta cautela en la mirada, como si no estuviera segura de cómo iba a recibirla cuando, por primera vez, ella tomaba la iniciativa.

—¿Está desnuda, señorita Abby? —preguntó Matteo en el tono de un sirviente mientras le tendía una mano para ayudarla a que entrara en la bañera.

—Basta de hablar así, pequeño Matteo —contestó Abby.

Todo rastro de incomodidad se evaporó como el vapor del agua mientras se reían. Ella se sentó entre sus piernas y él se incorporó un poco. Abby deseó que pudieran quedarse así para siempre y que él no tuviera que marcharse nunca.

—Ah, y lleva ese precioso collar. ¿Puedo tocar sus joyas?

—Sí, puedes.

Él metió una mano debajo del agua.

—Esta está muy bien —comentó Matteo mientras la miraba morderse el labio inferior.

Abby pensó que era un auténtico placer mientras él la abrazaba con las piernas.

—¿Puedo enseñarle algo, señorita Abby? —le preguntó Matteo.

Ella supuso lo que era, pero se equivocó.

—No hables —le pidió Abby.

Ya no quería jugar a los sirvientes y, mientras ella se montaba encima, Matteo se olvidó por completo de que había estado a punto de sacar un anillo.

No podían besarse porque él tenía la boca hinchada, pero ella se agarró a sus hombros y se movió sobre él como quiso. Él clavó los dedos en sus glúteos y le dijo algo que le haría mucho daño más tarde, le dijo que la amaba.

—Y quiero estar contigo para siempre —añadió Matteo.

Abby sabía que era un mentiroso. Diría cualquier cosa para salirse con la suya y lo consiguió, naturalmente, mientras la subía y bajaba más deprisa y con más fuerza. Ella estaba teniendo un orgasmo y, mientras lo tenía, él le dijo otra vez que la amaba.

—No juegas limpio —comentó Abby con la cabeza en su hombro mientras sentía los últimos estremecimientos.

Luego, se apartó y miró al hombre más complejo que podía llegar a conocer.

—¿Puedo enseñarte algo? —le preguntó Matteo con su preciosa voz normal.

—Sí.

—Tienes que levantarte —ella se levantó—. Ya que estás de pie…

Él hizo que saliera de la bañera, aunque estaba empapada, y que le diera la chaqueta.

—Iba a enseñarte esto antes de que me interrumpieras de una forma tan abrupta.

Matteo sacó una cajita de madera que era distinta, aunque también parecida, a la que ella ya conocía.

—¿Qué es? —preguntó Abby.

Entonces, abrió el cierre, levantó la tapa y se le puso la carne de gallina.

—¿A qué se parece?

—A mi collar —contestó Abby—. Pero es un anillo.

Era la esmeralda más maravillosa que había visto en su vida y

la montura era la misma que la del collar por el que habían luchado. El collar que los había unido aunque también los había separado un tiempo.

—Lo encargaste para mí.

—No —replicó Matteo—. Estaba pasando por delante de una tienda… Sí —él dejó de tomarle el pelo—. Lo encargué para ti cuando volví de Montecarlo. Iba a hablarte del collar y de tu padre, esta noche, para más señas, y luego iba a darte esto…

Qué mal lo había juzgado. Abby fue a ponérselo en el dedo corazón, pero era demasiado pequeño.

—Abby, no es un anillo de adorno —comentó Matteo totalmente en serio—. Es un anillo de compromiso.

Estaba tan nervioso como se había imaginado que estaría, pero no por lo que estaba pidiéndole, sabía muy bien lo que quería. Estaba nervioso porque temía que su pasado, que su padre, que las dudas que su propio abuelo había tenido sobre él, que él había tenido sobre sí mismo, hubiesen hecho mella en ella.

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella no podía creerse lo que estaba oyendo.

—No es que quiera casarme contigo, es que tengo que tenerte en mi vida. Iba a habértelo pedido anoche —añadió él.

—Creí que solo era una cena.

—¿Solo una cena? —preguntó Matteo—. ¿O también querías… sexo?

Abby sonrió mientras él la metía en la bañera otra vez.

—También quería… sexo —reconoció Abby.

—¿Y? —insistió Matteo.

—Algo más de tiempo —contestó Abby, pero miró a Matteo y no se habría conformado ni siquiera con unos meses más—. Esperaba más, pero nunca llegué a soñar con esto.

—Entonces, sueña a lo grande. Cuando no puedas, lo haré yo por ti.

Lo había hecho siempre.

Epílogo

Abby! —exclamó Matteo con firmeza—. No tienes que darle el collar. Era de tu madre.

—Pero quiero que tu abuelo lo tenga.

Estaban en el coche de él, fuera de la residencia Di Sione, y Abby sacó el collar del estuche y lo levantó con las manos. Miró las impresionantes esmeraldas que habían dado el color a su equipo de carreras, pero el collar no era su madre. Ella no necesitaba joyas para recordar a Anette.

—Me acuerdo de las discusiones —siguió Abby con una sonrisa forzada—. No de la que tuvieron cuando él le regaló esto, sino de que eso era lo que hacía mi padre una y otra vez. Por muy bonito que sea el collar, no tenía muy buenos recuerdos para mi madre. Sé que a ella le encantaría hacer feliz a tu abuelo. Evidentemente, significa muchísimo para él.

—Sí —reconoció Matteo—. No sé por qué.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Algún día…

Sin embargo, Matteo pensó, mientras Abby volvía a guardar el collar en el estuche, que esos días estaban acabándose.

—Vamos —dijo Abby.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Esa vez, sin embargo, no estaba preguntándole por el collar.

—Estoy segura.

Habían pasado dos semanas desde aquella discusión espantosa cuando los dos creyeron que lo habían perdido todo. En esos momentos, todo era distinto.

Matteo llamó a la puerta y los dos entraron en la casa donde se había criado. Sonrió a Alma, que se dirigía hacia ellos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Está muy guapa —le dijo Alma a Abby antes de mirar a Matteo—. ¡Se ha afeitado!

—Efectivamente.

—El señor Giovanni está esperándolos en el salón. ¿Le anuncio que están aquí?

—No —Matteo sacudió la cabeza—. Iremos directamente.

Matteo estaba nervioso porque no sabía cómo reaccionaría su abuelo, y no solo por el collar. Abby era la primera mujer que llevaba a su casa.

—Matteo…

Su abuelo fue a levantarse, pero Matteo le dijo que ahorrara las energías. Se acercó y le dio un beso en cada mejilla.

—*Nonno*, te presento a Abby…

—Abby Ellison, la ganadora de la Henley Cup —le saludó Giovanni—. ¡Enhorabuena! Fue una victoria increíble.

—Gracias.

Abby sonrió y decidió que ese hombre le gustaba. Cuando se había enterado de que Giovanni había comparado a Matteo con su disoluto padre y que había conseguido que dudara de sí mismo, se había enfadado con el anciano. En ese momento, sin embargo, había llegado a entender que Giovanni había hecho lo que había podido con todo lo que le había caído encima. Siete niños. Ocho si se contaba a Nate, el hijo ilegítimo de su hijo.

—He tenido muchas visitas durante las últimas semanas —comentó Giovanni.

—Eso está bien.

Matteo se sentó y Abby se sentó a su derecha. Él le tomó una mano y ella se dio cuenta de que estaba nervioso de verdad.

—Tenemos que darte unas buenas noticias —siguió Matteo.

No lo alargaron innecesariamente. Abby le entregó el magnífico estuche y Giovanni dejó escapar un grito muy leve al reconocerlo.

—Es el estuche…

Hasta eso emocionaba a Giovanni. Era de nogal pulido y sus dedos forcejearon con al pequeño cierre. Matteo observó a Abby mientras lo ayudaba a abrirlo y por fin pudo ver el collar.

—Oh…

Si Abby había dudado, y había dudado de si debía renunciar al collar de su madre o no, dejó de hacerlo en ese instante. Los ojos azules de Giovanni se empañaron de lágrimas y sus ancianas manos sacaron el collar.

—No podéis saber lo que significa para mí volver a tenerlo en las manos.

—Ni falta que hace —replicó Abby—. Al fin y al cabo, un hombre mayor tiene que tener secretos.

—¿Matteo te ha contado la historia?

—Sí.

—Matteo me dijo que no se acordaba.

—Es verdad —intervino Matteo—, pero claro que me acuerdo.

Giovanni miró el collar y a su nieto, al que tanto había intentado querer.

—Me equivoqué cuando te comparé con tu padre —reconoció Giovanni.

—¿Podemos dejarlo? —preguntó Matteo empleando su método favorito.

—Nos hemos callado demasiadas cosas —contestó su abuelo, quien miró el collar como si le diese fuerzas para hablar con el corazón—. No podía soportar ver el daño que hacía mi hijo. Cuando me hice cargo de sus hijos, quise enderezar las cosas, pero estaba hundido en mi propio dolor y arrepentimiento.

—Lo sé.

—Te pareces a él —siguió Giovanni—. Te ríes y actúas como él y estaba asustado por ti.

—Lo sé —repitió Matteo—, pero ya no hace falta que lo estés. Tengo una adicción nueva.

—Las carreras de coches.

—La verdad es que son dos.

Sin embargo, Giovanni estaba mirando el collar y estaba ensimismado en su mundo otra vez.

—Si pudiera quedármelo un día… —dijo Giovanni mirando el collar—. Solo un poco de tiempo para recordar…

—Es tuyo —le interrumpió Abby.

—No —Giovanni sacudió la cabeza—. Era de tu madre. Matteo me dijo que nunca te lo arrebataría, que has basado tu equipo en torno a estas piedras.

—Mi madre tenía los ojos verdes —comentó Abby—. Los recuerdo muy bien. No necesito el collar para recordarlos. Es tuyo, ha vuelto donde tiene que estar.

Ella miró a Matteo porque Giovanni estaba llorando y quizá no fuese el mejor momento para darle el resto de las noticias.

—Abby debería quedárselo para transmitírselo a sus hijos —insistió Giovanni.

—Es posible que lo haga —confirmó Matteo—. Al fin y al cabo, va a quedarse en la familia.

Giovanni frunció el ceño.

—No hemos venido solo para darte el collar —añadió Matteo.

—Vosotros… —habían acusado demasiadas veces a Giovanni de meterse donde no lo llamaban y estaba intentando no hacerlo—. Estáis prometidos —a Giovanni se le iluminaron los ojos otra vez cuando Abby le enseñó el anillo que llevaba en la mano—.

¿Cuándo pasó?

—Hace dos semanas —contestó Matteo—. Vamos a casarnos dentro de… diez minutos.

—No lo entiendo.

—Ni falta que hace. Alma lo tiene todo preparado y el oficiante ya está aquí…

—Tus hermanos…

Giovanni fue a levantarse para transmitir la noticia a la familia, pero Matteo sacudió la cabeza.

—Queremos que sea muy íntima —le explicó Matteo—. Abby ha pasado por muchas cosas y no queremos jaleo. La prensa se enterará, claro, pero será dentro de bastante tiempo y ya estará hecho para entonces. Vamos a casarnos ahora junto al lago y con Alma y tú de testigos.

Las cortinas estaban cerradas y Matteo las abrió para que entrara la luz de un precioso atardecer. Debajo del árbol del que se cayó una vez había un arco de rosas blancas donde ellos se casarían.

Alma ya se había cambiado y tenía un traje preparado para Giovanni. Abby se había peinado y se cambió para ponerse un vestido muy sencillo color café y las mismas sandalias con bisutería que había llevado en sus días favoritos.

Era tan sencillo y hermoso como eso.

Abby se repasó el pintalabios y la novia menos nerviosa del mundo salió afuera con Matteo y su abuelo. Una vez allí, Giovanni se sentó al lado de Alma. Era la boda más íntima que se podía celebrar.

Abby no llevaba el collar porque iban a empezar a crear sus propios recuerdos. En cambio, Giovanni tenía una de sus amantes perdidas en las manos y observó a su incorregible nieto con la mujer que amaba.

—Sé que siempre te cuidaré —dijo Matteo—. Has conseguido que el amor sea posible para mí y no lo olvidaré jamás. Te amo.

Abby dijo algo parecido.

—Siempre estaré a tu lado, como tú lo estás al mío. Has conseguido que el amor sea posible para mí y no lo olvidaré jamás. Yo también te amo.

Ella miró los ojos azul mar de él y supo que nunca había conocido una felicidad tan pura, esa confianza y aceptación absolutas.

Él le puso un anillo muy sencillo, bastaba eso como contraste del anillo de compromiso, y ella le puso un anillo más ancho en el

dedo. Matteo lo miró con detenimiento. Era un anillo de platino sencillo, pero tenía engarzada una esmeralda diminuta.

—Es un poco ostentoso…

Matteo sonrió porque jamás, ni una sola vez, se había imaginado llevando un anillo.

—Entonces, ponte la piedra hacia abajo —le recomendó Abby.

Matteo lo hizo. ¡Nunca se lo quitaría!

Entonces, el oficiante les dijo que estaban casados.

—Deberíamos llamar a la familia —le comentó Giovanni a Alma mientras los novios se besaban.

Él quería una celebración, pero, aunque Matteo adoraba a su abuelo, esa noche era solo para ellos.

—Vamos a marcharnos —le dijo Matteo tomando la mano de Abby—. Solo queríamos compartir con vosotros este día tan especial.

Le dio un beso a Alma, le dio las gracias por haberle ayudado a organizarlo y abrazó a su débil abuelo.

—¿Qué pasó con las otras amantes perdidas? —le preguntó Abby mientras se despedía.

—En otro momento —intervino Matteo precipitadamente. Si Giovanni empezaba, tardaría horas y él tenía otros planes para esa noche—. Tenemos que irnos de luna de miel.

Su abuelo se quedó sonriente, con el collar en las manos y mirando el lago. Efectivamente, tenían que irse de luna de miel, pero Matteo volvió para despedirse otra vez.

—Te quiero.

No le salió tan fácilmente como cuando se lo decía a Abby, pero lo dijo de corazón.

—Te quiero —dijo Giovanni.

Eso fue todo. Habían cerrado el círculo y no había más lamentaciones.

Matteo condujo hasta el aeropuerto. Allí, había un conductor que llevaría el coche a su casa, a la casa de ellos dos.

La cabeza de Abby seguía dándole vueltas. No había aterrizado desde que se conocieron y dudaba que lo hiciera algún día. Al menos, no aterrizaría en el mismo mundo del que le había arrebatado él.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella mientras se sentaban.

Además, como era un avión privado, despegaron enseguida. Cuando alcanzaron la altitud de crucero, los auxiliares de vuelo entraron en el dormitorio y el comandante habló por el altavoz.

—Enhorabuena por su matrimonio, señor y señora Di Sione.

Con viento de cola, el vuelo durará unas siete horas.

Matteo le tomó la mano y la llevó al dormitorio. La tripulación había esparcido pétalos de rosa por la cama y había un festín con champán y tantas exquisiteces que ella dejó de mirar al novio.

Había unos pasteles que parecían tartas de bodas en miniatura. Abby tomó uno y lo mordió, estaba relleno con una sabrosa *mousse* de chocolate.

—Siete horas de vuelo —comentó Matteo tomándola en brazos —. ¿Qué vamos a hacer…?

—¿Es un vuelo misterioso?

—No —contestó Matteo—. Vamos a París, la ciudad del amor. Creo que ha llegado el momento de recuperar algo del tiempo perdido. No hemos salido juntos de verdad y voy a enmendarlo.

Él enmendaba todo su mundo y Abby hacía lo mismo con el suyo.

—Nada de misterios —siguió Matteo—. Solo es el principio de nuestra aventura.

* * *

Podrás conocer la historia de Allegra di Sione en el segundo libro de *El legado* del próximo mes titulado:

EL JEQUE Y LA LADRONA

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

